

LOS VALORES Y LOS SIGLOS

una revisión de la historia
de la humanidad

Eduardo Mora-Anda

**LOS VALORES Y
LOS SIGLOS**

una revisión de la historia
de la humanidad



2001

LOS VALORES Y LOS SIGLOS
Una revisión de la historia de la humanidad
Eduardo Mora-Anda

Primera edición: Ediciones Abya-Yala.
Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla: 17-12-719
Teléfonos: 506-247 / 562-633
Fax: (593-2) 506-255
e-mail: admin-info@abyayala.org
editorial@abyayala.org
www.abayala.org
Quito-Ecuador

Diagramación: Ediciones Abya-Yala

Diseño de Portada: Raúl Yépez

ISBN: 9978-04-717-4

Impresión: Sistema DocuTech
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, 2001

Indice

Prefacio.....	vii
1 Humanidad	1
2 Evolución e involución	3
3 Culturas, civilizaciones y primeros estados.....	7
4 La religión egipcia.....	11
5 Las pirámides	14
6 India.....	18
7 China	20
8 Grecia.....	23
9 Roma y su imperio.....	26
10 Los romanos	29
11 La transición hacia la Edad Media y el Islam.....	31
12 La Edad Media	33
13 Germanos y vikingos	39
14 Los Celtas.....	41
15 La evolución europea: del imperio carolingio a la unión.....	42
16 El mundo del “Renacimiento”	46
17 Pueblos indígenas de américa	52
18 Los Mayas	54
19 Los Incas y su imperio	55
20 En torno al descubrimiento y la conquista de América	57
21 El siglo de España	60
22 Los Pieles Rojas	63
23 Los estados nacionales y la guerra de los 30 años.....	67
24 La Ilustración	70
25 La revolución inglesa y la Gran Bretaña.....	72
26 Los Estados Unidos de América	74
27 La Revolución Francesa	76
28 Reformadores sociales.....	78
29 La emancipación de los países iberoamericanos.....	81
30 La revolución industrial, los inventos y los cambios sociales...	83
31 El desarrollo del Capitalismo	87
32 África y los africanos.....	90
33 Evolución política de América Latina.....	92
34 La I guerra mundial.....	96
35 El nacionalismo.....	99

36	El imperio británico.....	102
37	Pueblos perseguidos.....	104
38	La evolución de la economía de América Latina	105
39	La II Guerra Mundial y sus consecuencias.....	109
40	Sacrificios humanos.....	114
41	La “Guerra Fría”	116
42	La integración hispanoamericana.....	120
43	El Medio Oriente en el siglo xx.....	124
44	La evolución del Derecho Territorial.....	128
45	La explosión demográfica y el desarrollo humano	132
46	El desarme	136
47	De la delincuencia.....	138
48	Hacia un nuevo concepto de seguridad humana.....	142
49	Variedad de las relaciones entre naciones y pueblos	143
50	Ejércitos para la vida.....	144
51	Falsos deportes	146
52	Árboles, bosques y areas verdes.....	147
53	El modelo norteamericano.....	149
54	La familia en el año 2.000.....	152
55	Repetición o progreso	154
56	Estilos de vida.....	155
57	Historia de los ideales	159
58	La reforma moral: <i>crear es una forma de amar</i>	172
59	La evolución intelectual (del siglo XVIII al XXI)	175

Prefacio

Este es un recuento y comentario acerca de diferentes etapas históricas de la humanidad. A pesar de la existencia de innumerables historias e interpretaciones de la historia, he querido hacer estos apuntes porque he sentido la necesidad de señalar algunos hechos que me parecen relevantes o que tal vez no han sido dichos o reunidos.

La historia humana es una serie de retos, de encuentros, de reacciones, de tomas de conciencia y decisiones. De decisiones, es decir, de reflexiones -o apresuramientos- y de conclusiones, acertadas o equivocadas. Así se va aprendiendo, o así deberíamos ir aprendiendo. El que mire con detenimiento la vida y la historia humana verá que los males y los bienes no son hechos aislados. Un mal lleva a otros males. Una estupidez lleva a otras estupideces. A menudo nos descubrimos repitiendo tontamente lo que siempre se ha hecho. cuando lo mejor bien se podía conseguir de otra manera. El mal es una cadena de errores, mentiras y mezquindades, que se va alargando y que hay que cortar por lo sano. Es mezquindad, confusión y ceguera, miedo e ignorancia. Y el bien es una corriente de actos creativos, favorables a la vida, como un río de luz.

La larga lista de los tiranos y los crueles se puede contrastar con la ilustre nómina de los grandes pensadores, inventores, creadores, libertadores y reformadores. Leemos sobre Nerón, Calígula o Hitler, pero también leemos sobre Haendel, Chagall, Wilberforce, Pasteur o la Madre Teresa.

A menudo vemos que han prevalecido la crueldad y el absurdo. La historia de los males es larga y terrible, pero también es monótona. Los males tienen su lógica y sus secuencias, La conquista por la fuerza, la destrucción de ciudades, la tortura, la crucifixión de los rebeldes, el asesinato de los inocentes, las luchas de los gladiadores y los boxeadores, el remar de los galeotes, el trabajo forzado de los esclavizados y los prisioneros, las masacres de niños y mujeres, las violaciones, las cruzadas, la esclavitud, las persecuciones religiosas, los horrendos genocidios, las absurdas guerras, son todos sucesos abominables y sin senti-

do, que se repiten incesantemente. Pero también hay un rastro de creatividad y una fuerza de espíritu que no se pierde, que resurge, que a veces detiene la lógica del mal. En medio de la maldad y la estupidez de la historia humana, la creatividad, el sentido común, el espíritu de servicio y de mejoramiento, vienen a dar sentido a nuestras vidas.

Dice el historiador holandés Hendrik van Loon: “La mejor brújula es un conocimiento a fondo de la evolución y experiencia de la raza humana”. Como las biografías, la historia nos muestra lo que es benéfico y también lo que es inútil o dañino. La inteligencia, la bondad y la creatividad brillan refulgentes a lo largo de los tiempos. La mezquindad, la maldad y la violencia han sido lamentablemente constantes. La luz del ideal pragmático, desde Buda, Aristóteles e Hipócrates hasta William James, Edison y Fleming, nos señala que verdad es aquello que es útil, que funciona, que da buen fruto, como decía Jesús, y que hay que desechar lo que no es provechoso para la felicidad humana y el crecimiento de las personas.

Los hechos son fugaces pero el espíritu es libre y eterno, puede comprender y crear. La aventura histórica ha costado muchísimos sufrimientos pero la conciencia humana se ha ido ampliando, la vida social y la relación entre los diferentes pueblos han evolucionado, y muchas personas han demostrado un coraje inusual para trabajar por el bien y la verdad y en favor del prójimo. El mundo cotidiano ha ido creciendo, rompiendo muros y prejuicios y la luz del espíritu se ha ido revelando en toda su belleza y esplendor.

Hay un sentido íntimo y vasto en todo este largo y doloroso aprendizaje. Es como si cada vez que resurgiéramos de las épocas de dolor, error y esfuerzo, lo hiciéramos con más humanidad, con más espíritu verdadero. Como ha dicho Annick de Souzenelle, cada etapa de realización del hombre lo obliga a considerarse el germen de la etapa siguiente. Y no se trata de una religión o de una ideología, sino de ser más, de caminar hacia la plenitud, con más vitalidad, con la mirada cada vez más llena de Dios. En este sentido la historia puede ser útil si tratamos de sacar lecciones de ella (Heródoto decía que la Historia es “una maestra”). Pero la Historia también puede ser una terapia: una historia veraz corrige nuestras perspectivas y aclara nuestros valores y a veces

nos consuela. Es como si nos curáramos de miopía o de presbicia. La Historia nos ubica en el mundo y en el tiempo y, si está bien narrada, es un encuentro con los hechos importantes.

Eduardo Mora- Anda
Buenos Aires, marzo del 2001

1

HUMANIDAD

El mundo es a la vez, pequeño y grande, diverso y el mismo. Los colores de piel son varios, los rostros son distintos, las palabras son diferentes, pero en todos los seres humanos late la misma necesidad de amor y viven los mismos anhelos básicos y sentimientos...

De tiempo en tiempo la gente se enceguece y se entrega a los ídolos y pasiones, pero los nombres sólo son nombres y lo racial es episódico: nos encaminamos a una humanidad mestiza. No existen razas inferiores o superiores. En los juegos olímpicos de 1936 los nazis quisieron demostrar que los arios eran mejores y el atleta triunfador, Jessie Owens, fue un despreciado negro. En todas las razas ha habido hombres notables e individuos malvados, genios y tontos. El racismo no es más que ignorancia y miedo a la diversidad.

Los primeros humanos eran nómadas. Quizá por eso caminar nos tranquiliza. Las primeras gentes recorrieron muchos países en busca de alimento y refugio. Vivieron junto al mar o en las montañas, caminaron por desiertos y llanuras, afrontaron las durísimas condiciones de las selvas y los páramos, hallaron acogedor refugio en los pequeños valles. Muchos sucumbieron a los rigores de la naturaleza y a la feroz competencia con las fieras y con otros hombres, pero algunos sobrevivieron. La diversidad humana se hizo grande: el medio les forzó a adaptarse y a valorar unas cosas más que otras, pero en el fondo siempre estaba la misma alma humana con sus eternas necesidades y sus eternos anhelos...

Quizá primeramente hablaban un solo idioma, un lenguaje “divino” (dado por Dios) dice la Biblia, del cual derivarían el hebreo, el chino antiguo, el sánscrito y el bantú, las lenguas “madres” que después han sido tenidas por sagradas. Cada idioma tiene sus virtudes y defectos, y su ingenio.

Diversas tradiciones (la sumeria, la griega, la hebrea) hablan de una “edad de oro” o vida paradisíaca que la humanidad habría perdido en el pasado. También hablan de una catástrofe climática (“El Diluvio”), que destruyó la vida de unas sociedades decadentes. Esta tradición se halla asimismo en algunos pueblos de América.

Con la agricultura aparecieron los grupos sedentarios, las primeras ciudades y las primeras luchas entre nómadas y sedentarios por el uso de los campos. Este problema está reflejado en la leyenda bíblica de Caín y Abel, (y es de algún modo parecido al enfrentamiento que se dio en el Oeste norteamericano en el siglo XIX). Abel era pastor y Caín agricultor. Los pastores eran trashumantes y no habían idolatrado a la propiedad privada. Caín, en cambio, representa al humano que se apodera de un pedazo de tierra y pone linderos para que los demás no entren en ella. Su actitud es pues mezquina y “no complació a Dios”. Al menos en la versión israelí, que es la versión de un pueblo de pastores.

2

EVO LUCIÓN E INVO LUCIÓN

Jean B. Lamarck y Charles Darwin pusieron sobre la mesa un tema avasallador: la vida evoluciona, la vida humana es el producto de una evolución. Indudablemente la vida en el universo experimenta un impulso o tendencia a perdurar y mejorar. En el mundo físico parece prevalecer la entropía, la tendencia a caer, pero hay un aliento que la contradice y que viene de la esencia de la vida. Ocurren la desintegración de los elementos, la muerte y corrupción de las criaturas vivas, pero hay también una creatividad que se expresa como adaptación para perdurar y como despertar y toma de conciencia. Hay una cosmogénesis y una antropogénesis, dice Teilhard de Chardin.

En el mundo conocido, la vida humana resulta la vanguardia del desarrollo de la vida y, a la vez, es un misterio vivido por ella misma. El ser humano es la criatura que reflexiona, que sabe que existe y que sabe que conoce o no las realidades. El instinto ha florecido en inteligencia y el ser humano tiene capacidad para pensar en abstracto, para prever, inventar y crear. Puede utilizar herramientas y puede incrementarlas. Puede amar.

Según lo expresa Teilhard de Chardin, la evolución ha seguido una serie de etapas: previda (energía, materia), vida elemental (virus, moléculas), nacimiento de las células, aparición de las especies animales, arribo del ser humano (reflexión) y humanidad... “Hay un adentro y un fuera, una faz y un interior.” “A mayor complejidad externa de una criatura, mayor conciencia”... No sabemos cómo, pero en algún momento, en la criatura más evolucionada, hace su aparición, se imprime o aflora, el espíritu...

El cerebro humano prácticamente es una reunión de tres cerebros. Es un resumen de la evolución de las especies. Estos tres cerebros corresponden a los diferentes reinos. El primero, el más primitivo, el de

las reacciones primarias de supervivencia, es el que se asemeja al de los reptiles. El segundo es típico de los mamíferos y supone convivencia y empatía entre los individuos, negociaciones, vida familiar e incluso ayuda desinteresada y colaboración. Los pájaros representan un caso especial de convivencia y solidaridad familiar. Se ha creído que todo el mundo animal es de lucha y competencia, pero esta es una verdad parcial. Especies como los delfines, ballenas, chimpancés y monos y muchas aves tienen comportamientos positivos.

El tercer cerebro, que lo usamos poco, es propiedad exclusiva de los humanos, es la corteza cerebral, la parte más inteligente del hombre, de alguna manera conectada al espíritu que es como una chispa o llama otorgada por Dios.

En el drama del Edén se dice que es la serpiente la tentadora de la mujer y del hombre. ¿Es una forma de decir que el ser humano se dejó llevar por ese cerebro más primitivo, por ese cerebro de reptil, competitivo, mezquino, agresivo, toscamente primario y elemental y no actuó guiado por lo mejor de sí, de modo que sus más altas cualidades y las de su cerebro superior (intuición, sabiduría, telepatía, clarividencia, el sentido de amor o comunidad que supone un idioma común - y el uso sanador y espiritual de la energía) quedaron enervadas o embotadas?. ¿Y que a ratos ni siquiera actuó conforme a su segundo cerebro, el cerebro de mamífero, que le lleva a velar por sus crías, a tener una solidaridad de familia o de grupo, a acunar y amamantar, a compartir con los suyos? El drama del Edén es una forma de narrar una o muchas elecciones equivocadas que, por decir lo menos, retrasaron el desarrollo y la evolución del ser humano y le hicieron infeliz. Elecciones tales como envidiar lo ajeno, matar al hermano, esclavizar al prójimo o usarlo como cosa, servir a objetos (idolatrías), constituyen actos de rebajamiento o reducción de la vida de la mujer y el hombre. Como decía Pelagio, no es que el hombre haya sido creado inmortal, pero si fue creado libre, con opciones para obrar bien o mal, para acertar o errar y así aprender. Santo Tomás de Aquino señala que esos seres débiles e ignorantes, que eran los primeros humanos, prefirieron quedarse en su condición "natural". Y así perdieron el goce de bienes mayores (espirituales). En una vida salvaje y rastrera, decimos nosotros. Lo contrario, entonces, la resolución de la tragedia, es el desenvolvimiento de la criatura: la huma-

nización en cuanto uso de todas las facultades humanas, la cristianización en tanto despertar del espíritu y apertura de la vida hacia nuevas dimensiones y hacia fases más creativas y de amor. La ruta hacia el ser humano pleno.

Al hablar de la vida de los seres humanos sobre la tierra se observa una creciente deformación. Parecería que hemos pasado de la primitiva inocencia al miedo propio de la ignorancia y la astucia, la crueldad y la maldad sistemática, propias de una “ciencia del mal”. Algunos pueblos que se han mantenido hasta hace poco aislados (los aborígenes de Australia, los polinesios, los esquimales, los bosquimanos del África) han resultado ser, a su modo, más inocentes y hospitalarios. Muchos grupos humanos degeneraron hasta llegar al canibalismo. Otros refinaron las torturas y practicaron la esclavitud y el genocidio. Se “perfeccionaron” las formas de explotación al prójimo así como se inventaron nuevos instrumentos de destrucción y de guerra.

El mal anda suelto en el mundo. Quizá el libro del Génesis, al hablar de la desobediencia de Adán y Eva, es decir, de los primeros humanos, lo que quiere enseñar es que la mujer y el hombre no pueden prescindir de Dios y de sus mandamientos e inventar una nueva “ciencia del bien y el mal”, desligada del orden natural. “La ciencia del bien y el mal” resulta de la arrogancia, la soberbia y la megalomanía humanas. Es el afán rastrero de actuar sin tener en cuenta que la única fuente de vida y de paz es el Creador.

En el antiguo idioma sánscrito había 96 palabras para decir “amor”. En persa antiguo, 80. En inglés sólo hay una. La pobreza idiomática revela el empobrecimiento moral.

La malicia, la mezquindad y el maquiavelismo han aumentado en la mayoría de las sociedades y se han constituido verdaderas “estructuras” del mal, “como un poder que nos lleva a donde quizás no querríamos ir” (L. González-Carvajal, “Esta es Nuestra Fe”). Generalmente la astucia mental y el engaño han prevalecido sobre la bondad. Los mezquinos y violentos han sido numerosos; los mentirosos y engañadores han sido innumerables; los veraces y generosos suelen ser pocos. El miedo y los apetitos rastreros conducen a la explotación del prójimo y a la violencia. Todo este fenómeno se halla reflejado en la leyenda de

Eva, Adán y la serpiente. La sabiduría, siempre leal, del árbol de la vida (un árbol es una voluntad de crecer y vivir), ha sido suplantada por la “ciencia del bien y del mal”, la creación mental del ser humano que elabora prejuicios, orgullos y “poderes” que nada tienen que ver con Dios y con la sabiduría del amor. Y esa conciencia maligna o errónea destruye la armonía personal, social y planetaria. Pero a lo largo de los siglos, la capacidad de luz del ser humano ha sido replanteada numerosas veces por la acción de los grandes profetas e inspirados, que han tratado de hacernos ver cuál es nuestra verdadera naturaleza (que es luz) y cuál es nuestro verdadero porvenir (el Amor, Dios).

Existe en lo interno de todo ser humano un núcleo de miedo, signo completamente opuesto al amor y a la unidad con lo Esencial. Este núcleo de miedo exige el encubrimiento, la mentira, el engaño y es el origen de las guerras, de las murallas y de la propiedad. El ser humano ha vivido escindido, dividido, disperso, combatiendo contra sí mismo, contra los demás y contra la naturaleza. Pero existe también en todo ser humano una esencia de luz y bondad, una esencia inmortal que debe ser rescatada y desarrollada. Quizá Dios permite el mal para que aprendamos y subamos a otro nivel, para que ayudemos al prójimo, desarrollemos la vida y hallemos en estas labores la realización personal. Los hombres y mujeres estamos llamados a crecer en conciencia y sensibilidad, de modo que la humanidad, que empezó en la inocencia, pase del sufrimiento de sus errores y adolescencia, a una etapa de sabiduría, madurez y plenitud.

3

CULTURAS, CIVILIZACIONES Y PRIMEROS ESTADOS

Las culturas suponen técnicas, valores, mitos y costumbres. Las civilizaciones implican culturas enraizadas en centros urbanos, en donde la relación humana y el intercambio de información son más intensos.

Un paso de trascendencia en la cultura y la vida social fue la invención de la escritura que, al parecer, ocurrió en la misma época en Egipto y en la zona del río Indo. La escritura permitió conservar y transmitir los conocimientos, sabiduría y experiencia. Los textos escritos además favorecen la reflexión. La escritura cuneiforme creada en Sumer, fue la más divulgada en el mundo antiguo y permitió que Ebla contase con una biblioteca de más de diecisiete mil libros en tablillas de barro cocido.

Las primeras civilizaciones conocidas coinciden con la aparición de los primeros estados, alrededor del quinto milenio antes de Cristo.

Se entiende por Estado a una organización social, económica y político-jurídica presidida por un gobierno central que controla un territorio y dispone de una fuerza militar o policial. Así pues, sus elementos esenciales son una población, un territorio y un gobierno con capacidad para imponer sus leyes.

Los primeros estados se dieron en el Medio Oriente y la Mesopotamia: Egipto, Sumer, Ebla, Ugarit, Urkesh y Lagash, en el Oriente Medio, y, luego, en la isla de Creta. Estos primeros estados pronto dieron muestras de querer dominar a otros pueblos.

La cultura Harappa, en el área del río Indo (5.000 a.C.) logró existir en condiciones diversas a la de la mayoría de pueblos antiguos:

no tenían clases sociales, eran pacíficos y al parecer, sus reglas sociales preestablecidas eran muy pocas. Hacia 1.900 a.C, por causas desconocidas, los felices Harappos se dispersaron.

Probablemente las periódicas inundaciones del río Nilo y el comercio a lo largo de esta vía forzaron a los egipcios, descendientes de Cam, hijo de Noé, a organizarse en dos reinos que luego se unificaron.

En Egipto se constituyó un gran Estado y una notabilísima civilización que conoció una larga historia (cinco mil años, cincuenta siglos!), más larga que nuestra civilización. Hubo épocas de esplendor y épocas de caos (y hasta momentos en los que dominaron los hicsos, invasores que venían del norte). En Egipto se crearon dos tipos de escritura, se produjeron numerosísimas obras literarias y religiosas, se desarrollan las Matemáticas, la Medicina y una hermosísima arquitectura, y se dió una religión espiritualista.

En Sumer (o Kensi) se desarrolló una civilización que incluía la rueda, la escritura cuneiforme, las obras de regadío y una religión politeísta. Los Sumerios levantaron torres (zigurats) para altares de sus dioses y para adorar las estrellas (lo que originó la historia de la Torre de Babel). Para los sumerios la vida humana estaba ligada a las influencias de los planetas y estrellas (Astrología).

Las tribus descendientes de Shem, otro hijo de Noé, hicieron efímero impacto en el sólido mundo de los egipcios pero, en cambio, sometieron de tal manera a las antiguas ciudades sumerias que la población primitiva desapareció o fue completamente asimilada. Pronto en la Mesopotamia no hubo reinos sumerios sino una sucesión de imperios semitas: el acadio de Sargón, el babilónico de Hamurabi, el asirio (con su capital Nínive) famoso por su crueldad, el segundo de Babilonia o Caldeo, que dominó todo el Medio Oriente y cuyo Rey Nabucodonosor embelleció a la ciudad de Babilonia (“los jardines colgantes”). Los caldeos desarrollaron la Astronomía, el Calendario, los sistemas numéricos decimal y duodecimal (la división del día en horas, minutos y segundos). Pero, como ocurre frecuentemente, los conquistadores fueron conquistados por la cultura de los dominados (lo que luego les ocurrió a los romanos en Grecia). Así pues, en la “Media Luna de las

Tierras Fértiles” siguieron rigiendo los mismos dioses sumerios, la Astrología y la escritura cuneiforme, hasta la llegada de los persas..

Por otro lado en Babilonia ocurrió un avance jurídico importante: con el código del rey Hammurabi (1792-1750 a.C.), se establece un orden jurídico confiable que va más allá de la arbitrariedad e introduce el principio de proporcionalidad entre lo prohibido y la pena y entre el daño y la reparación. Pero Hammurabi no era un ángel: hizo destruir la importante ciudad de Mari.

El imperio babilónico fue derrotado por los persas, encabezados por Ciro. Muchos pueblos de la Antigüedad que vivían oprimidos por el Imperio babilónico, consideraron a Ciro como un libertador.

Los semitas hebreos o israelitas mezclaron el monoteísmo y el nacionalismo excluyente, salieron de Egipto comandados por Moisés y conquistaron la Palestina, donde formaron un reino que llegó a su apogeo con Salomón y más tarde se dividió y desapareció. La expresión más alta de este pueblo fueron las palabras de sus profetas y poetas, recogidas en la Biblia.

De otra parte, en el Asia Menor y Siria prosperaron los hititas, pueblo guerrero y cruel, que descubrió el hierro, metal cuyo uso ha modificado notablemente la vida humana. Los hititas utilizaron el hierro para hacer armas, según una antigua costumbre humana, que tiende a usar todo descubrimiento para matar al prójimo.

La aparición de los primeros estados dio origen a ciertas prácticas de relación entre los pueblos como el envío de embajadores para misiones específicas y la concertación de tratados. (Por ahora el tratado más antiguo que conocemos es el de amistad y alianza celebrado por el faraón Ramses II y el Rey hitita Khattuschil en el año 1259 a.C.).

Por otra parte, el apogeo acadio originó la costumbre de utilizar su idioma en los tratos entre autoridades y enviados de los diversos reinos e imperios. Fue pues el acadio la primera lengua internacional y diplomática, papel que más tarde ha correspondido a los idiomas arameo, griego, latín, francés, inglés y español.

Por demás, en la isla de Creta se desarrolló la civilización minoica, antecedente de la griega. Es poco lo que sabemos de este pueblo, porque no se ha podido descifrar completamente su escritura. Pero las ruinas de sus palacios y centro poblados dan testimonio de una civilización más o menos refinada, liberal y deportista, que ejerció cierto dominio comercial en una parte del Mediterráneo. La civilización minoica habría fenecido por desastres naturales (recogidos en la leyenda de la destrucción de la Atlántida).

Gran parte del dominio del Mediterráneo pasó después a los fenicios, que ocupaban el actual territorio del Líbano.

Los fenicios, hábiles para el comercio y excelentes navegantes, fundaron a lo largo del Mediterráneo una serie de “factorías” o puestos de trueque, procesamiento e intercambio, avanzadas comerciales a modo de cañías en playas extranjeras. Este sistema originó importantes ciudades, entre ellas Cartago, que llegó a rivalizar con Roma, e Hipona. Más tarde el sistema de factoría fue practicado por algunos estados europeos, particularmente por Holanda y Portugal (las colonias de Goa y Macao resultaron de esta manera). Los fenicios exploraron las costas del África y el Atlántico Norte y tal vez toparon alguna parte de América.

Los fenicios difundieron en el mundo antiguo su alfabeto fonético, que desarrollaron a partir de algunos signos egipcios. Este alfabeto, más sencillo y perfeccionados que los anteriores, permitió el desarrollo de las escrituras griega, latina y cirílica.

4

LA RELIGIÓN EGIPCIA

En los textos herméticos se lee: “Día llegará, ¡oh Egipto!, en que tu religión y tu culto puro se convertirán en fábulas ridículas, increíbles para la posteridad y como monumentos de tu piedad solamente quedarán las palabras esculpidas en la piedra...” César Cantú, en su *Historia Universal*, cita estas palabras y por contrapartida, dice que en Egipto “confundíase el símbolo con el Ser Mismo multiplicando las divinidades” (Cap. XII).

El doctor Mohamed Ossana Abdel Mottaleb ha señalado que en el idioma del Antiguo Egipto no existía palabra para decir Dios, sino que había términos para señalar la presencia divina, para decir “aquí hay algo sagrado”. “Dios no se puede nombrar, explica, porque está en su propio secreto. Cuando Dios era uno, dicen los textos egipcios, estaba en su propio misterio, no había ningún testigo, por lo tanto nadie lo podía conocer pero Él fue creando en si mismo divinidades y formas y se multiplicó. Lo que llamamos dioses son las multiplicaciones de ese Uno. Por eso, cada dios es un velo o un rostro de aquel misterio que no se puede conocer ni nombrar”. El doctor Mottaleb concluye que los antiguos egipcios no eran politeístas ni panteístas, ni tampoco monoteístas en el sentido clásico. Dios para ellos era uno y múltiple a la vez, como una y múltiple es la Creación.

En el frontispicio de un templo egipcio se leía: “A Ti, divina Isis, que eres una y todo”. Y en el templo de Sais decía: “Yo Soy El que Es, fue y será: ningún mortal ha levantado el velo que me cubre”. Qué parecidas son estas palabras a las del Libro del Éxodo: “Mi nombre es Yo Soy El que Soy” (3:14), o, como dice otra traducción: “Yo seré el que seré”. ¡Y cómo nos recuerda la segunda frase las palabras de San Pablo: “A Dios no le vio nunca nadie...”

Es evidente que, como muchas otras, la religión egipcia tenía diversos niveles que iban desde el más craso politeísmo y la explotación del pueblo por los sacerdotes de Amón, hasta el más elevado espiritua-lismo. Como en tantas partes, el pueblo vivía entre la idolatría y la su-perstición, en la fase del miedo y del sacrificio, y había una clase sacer-dotal que cuidaba de mantener y mejorar sus privilegios, pero entre las gentes de desarrollo espiritual más elevado la vivencia era distinta. No falta quien considera que la religión egipcia, en su nivel más alto, fue el origen del Judaísmo y resulta una prefiguración de la Cristiandad (los mitos de Horus y Osiris y del origen del propio faraón prefiguran algu-nos pasajes de la vida de Jesús y de su resurrección).

Un error notable en la religión egipcia, como en otras, fue la dei-ficación del rey, del faraón. La sacralización e idolatría del poder polí-tico ha sido común en muchos pueblos. La hallamos, por ejemplo, en-tre los Incas y los Romanos (el culto al César) y en los totalitarismos modernos. Pero no hay hombre, rey o Estado que merezca ningún cul-to. Lo verdaderamente sagrado trasciende el poder político.

Como muchos pueblos, los egipcios antiguos sentían una gran preocupación por la vida después de la muerte y la suerte futura del alma. Toda la evolución de la persona así como el paso de la muerte, el juicio del alma y la vida futura estaban expresados en símbolos, alego-rías, figuras y escenas de “dioses”, algunas de las cuales perviven en el Tarot, el conjunto de cartas usadas para la introspección (por sincróni-cidad y asociación, supone Jung) y a menudo mal utilizadas por super-sticiosos y estafadores. Como los etruscos y los indígenas americanos, los egipcios creían que había que colocar víveres y tesoros en las tum-bas para que le sirvan al fallecido en la otra vida. Son expresiones de la fe en la inmortalidad humana, y del afán, demasiado humano, de inten-tar hacer algo frente a lo que esta fuera de su control. En todo caso, la noción egipcia del juicio del alma luego de la muerte, ante el Tribunal de Osiris, tiene el claro sentido de la evaluación moral de la existencia.

Frente al politeísmo, el sacerdocio de Amón y la deificación del faraón, la revolución de estricto monoteísmo de Akenaton asoma co-mo una herejía simplificadora y liberadora. Y parecería que es de esta herejía que toma Moisés su teología (aunque en el Pentateuco a veces

el nombre de Dios está en plural, seguramente por referencia a los aspectos personales o manifestaciones de Dios: la Trinidad). En realidad la idea de la Trinidad, tan sugestiva, con tanto resplandor en las transformaciones históricas, no amengua, antes enriquece la noción del Dios único, vivo y verdadero. Persona quiere decir “máscara” o actuación. La idea de la Trinidad expresa las formas en que el Dios único se manifiesta y actúa.

Por lo demás, Akenatón era iconoclasta: los templos de Atón, fuente universal de la vida, no tenían estatuas.

El mundo pagano era un mundo de miedos, supersticiones y magias sobre el que descansaba una estructura de poder, desigualdad y explotación. Akenatón, Moisés y los profetas hebreos, como los misioneros cristianos y otros reformadores, trataron de liberar a las gentes de sus miedos, ídolos y esclavitudes. Quizá Akenatón se equivocó al querer imponer su religión “desde arriba”, por decreto, y no mediante la prédica y el convencimiento, como lo hicieron Jesús y los apóstoles. Pero Akenatón fue el faraón más consciente: el gobernante que trató de transformar a su propio reino. Con Ramsés II la estática y estratificada sociedad egipcia volvió a consolidarse, todo fue como siempre y la Humanidad debió esperar a que la Luz inspire a otros humanos.

5

LAS PIRÁMIDES

Se las ve en el desierto de Egipto (en Giseh), en México y Centroamérica (en Chichén Itza, Teotihuacan, Tikal) y en el Perú (Mocha, Sipán). Cumbres artificiales, monumentos del silencio de los siglos, construcciones artificiales pensadas para prevalecer sobre el tiempo. El Ser humano, pequeña criatura dotada de una inquietud divina, último producto de la evolución y “flecha del universo”, anhela, busca, explora, tiene sed de vida, que es también sed de eternidad y de eternizarse... Y las pirámides son una forma de expresión de este anhelo de perennizarse, de no morir y alcanzar lo grandioso... Como la Capilla Sixtina, como las pinturas de Filipo Lippi y de Velázquez, como el Partenón, como todas las grandes obras de arte.

Henry David Thoreau consideró una estupidez que tantos miles o cientos de miles de hombres hayan dedicado sus cortas vidas a construir esas gigantescas pirámides, sólo para satisfacer la megalomanía o la superstición de algún faraón o sacerdote. Thoreau decía que más le hubiera interesado saber quién se negó a hacer tal cosa y prefirió disfrutar de la vida y llevar una existencia con sentido. No cabe duda que Thoreau tenía razón. Esto no obstante, las pirámides no dejan de ser sugestivas e impresionantes y dan para infinidad de meditaciones e investigaciones. También podríamos ver la cuestión desde otro ángulo y preguntarnos qué avances técnicos resultaron del desmesurado esfuerzo de levantar unas construcciones tan grandes, qué problemas sociales habrá generado su edificación, etc, etc.

Todas estas moles artificiales tienen una enorme base (la pirámide de Kheops cubre cinco hectáreas) pero, según la civilización, difieren en el remate y terminado. En las pirámides mayas no hay punta; las construcciones son trucas y arriba, en veces, existe un cuarto pequeño. En Egipto, en cambio, la figura piramidal esta completa: la cima es

puntiaguda, la pirámide se clava en la atmósfera y podría ser un receptor de energía.

Para los mayas tales construcciones constituían centros ceremoniales. Para los antiguos egipcios eran una dedicación al Más Allá, a la vida futura. Delante de las pirámides mayas se cumplían sangrientos sacrificios. En las faraónicas, en cambio, hay una serie de corredores, salas, vericuetos y cámaras secretas, perfectamente simuladas y selladas, las cuales podrían haber servido para que los hierofantes inicien a sus discípulos en las enseñanzas herméticas y en el sacerdocio de Osiris.

Las pirámides egipcias eran como grandes faros triangulares: estaban cubiertas de un material blanco que reflejaba la luz solar o el resplandor de la luna, de modo que eran visibles desde muy lejos.

En Mesoamérica, desde la cima trunca de la gran construcción los mayas contemplaban las estrellas (con una larga caña hueca, antecesora de los telescopios) y elaboraban su notable calendario. Al pie, lamentablemente, estaban las piedras para sacrificar a los prisioneros y agradecer a los falsos dioses...

En Giseh, en cambio, la gran pirámide nos recuerda, con sus exactas dimensiones y proporciones, las distancias del Sistema Solar (por ejemplo, la distancia entre la Tierra y la Luna y, curiosamente, la duración de algunas épocas de la historia humana...)

Hay pues entre la construcción mesoamericana y la del Nilo una distancia de ciencia y conciencia que no coincide con la cronología de las civilizaciones. Igual distancia se advierte en las respectivas escrituras: las serpientes emplumadas, los alambicados diseños de caras con que escribían los mayas, contrastan con la limpidez del dibujo y la armonía de los rasgos que cubren los papiros egipcios. El exterior revela la vida interior. De igual manera, las pinturas del Giotto y los óleos de Filippo Lippi y Boticelli, traen a la luz exterior esa ingenua precisión de las almas claras. Y es que entre la religión y la cultura egipcia y la religión y la cultura maya existen distancias notables. La civilización maya fue cruel, telúrica y guerrera, mientras que la egipcia fue trascendentalista. La pirámide ceremonial está a distancia de la pirámide iniciática y ésta, a su vez, está a milenios de las grandes catedrales. El gótico de

Chartres, de Notre Dame, de Colonia, de Reims, ya será una apoteosis: las paredes delgadas y como caladas, el ámbito de las naves noble, fresco y austero, pleno de armonía, las pinas torres encumbradas hacia el firmamento, como pías agujas para la ascesis del alma... Pensamos entonces en San Bernardo, en San Francisco de Asís, en San Buenaventura y San Juan de la Cruz. Y sin embargo, ahora, a veces, estas edificaciones se nos antojan un poco tristes, demasiado frías, vacías de vida y de calor excesivamente pétreas y preferimos los bosques o el mar...

Las pirámides son, en definitiva, triángulos. El triángulo representa el equilibrio entre confines, vale decir, entre afirmaciones. Simboliza los tres mundos: el espiritual, el intelectual y el físico; las tres posibilidades: acción, reacción y quietud; las tres realidades básicas: creación, transformación y permanencia; y la Trinidad que es la forma cómo Dios se manifiesta: Padre (o madre) creador, Hijo salvador o renovador y Espíritu Santo o iluminador.

Entonces ¿las pirámides no eran sólo una majadería costosa, una tumba desproporcionada, obra completamente absurda resultante de la egolatría y el ansia de inmortalidad de algunos faraones, una edificación monumental del totalitarismo antiguo, fruto del sudor y el sufrimiento de miles de gentes humildes, forzadas a duros e inhumanos trabajos? O, como se decía del Escorial:

“Edificio Paquidermo
para tumba de microbios” ?...

Indudablemente las pirámides resultaron de supuestas “necesidades” ceremoniales y supersticiones, y no cabe duda, de regímenes de injusticia y explotación del trabajo ajeno. Esto no obstante, las pirámides son y serán siempre un hito en la tecnología y una imponente sugestión para el espíritu sensible.

Las pirámides ¿son un imán de energía cósmica, como dicen algunos? ¿Cumplían algún papel que desconocemos? Hay demasiada especulación fantástica, pero no faltan los experimentos. Cuando ascendimos en Teotihuacán a la pirámide más grande y llegamos a su cúspide, sentimos una sensación de plenitud ante el imponente cuadro que se desplegaba a nuestros pies. “Cuarenta siglos os contemplan”, decía

Napoleón frente a la pirámide de Kheops, pero Napoleón y los faraones todos están muertos ¿Para qué han servido las piedras del poder y de la megalomanía? El viento de los tiempos las desgastan y las menguan. Sólo queda el Espíritu.

6 INDIA

Tribus de arios, procedentes de noroeste, invadieron el subcontinente indostano y encontraron allí a los Drávidas, de piel oscura. Traían diferentes valores y el choque cultural debió ser enorme. En los libros clásicos de la antigua India se da cuenta de innumerables combates y venganzas, que dieron lugar a una sociedad feudal y de castas, desfigurada por extremos de riqueza y pobreza. Después estos pueblos entremezclaron sus costumbres y cultos hasta formar un verdadero cóctel de dioses, sueños y prejuicios.

Rastros de esos choques culturales que se dieron en la antigua India son las leyendas y mitos recogidos por Vyasa (aproximadamente en el siglo IV a.C) en el Mahabarata y el Ramayana, así como los Upanishads (alrededor del 750 a.C) y los Vedas, la literatura épico-mítico-religiosa de la India.

Por otro lado, las cortes principescas y las clases ricas conocieron ciertos refinamientos que hallamos, en las costumbres, la poesía, las artes y la literatura erótica.

En el siglo VI a.C Buda predicó una doctrina de meditación y compasión que hacía caso omiso de las castas.

En el periodo que floreció el Budismo en la India, se destacó el emperador Asoka (Siglo III a.C), que unificó buena parte del país, fundó escuelas y hospitales y difundió las enseñanzas budistas. Asoka estableció un régimen de tolerancia religiosa e hizo grabar el dharma (la ley budista) en diversos monumentos de su reino, a fin de que esta ley de sabiduría sea conocida por todos. Más tarde el Budismo fue expulsado de la India y gran parte del país fue parte del imperio persa.

En el siglo XI llegaron los árabes musulmanes y fundaron un sultanato en Delhi. Luego invadieron los afganos (s. XII) y los mongoles (siglo XIV), que gobernaron tres siglos.

En el siglo XVI los portugueses conquistaron Goa. En el siglo XVIII llegaron a la India los ingleses y se quedaron hasta 1947. En 1857 hubo una rebelión de cipayos (soldados indígenas). En el cuarto decenio del siglo XX Mohandas Karamchad Gandhi encabezó la desobediencia civil no violenta para independizar al país de los ingleses. Pero el país no conservó su unidad: los valores y prejuicios de los gupos humanos eran distintos y la antigua India se dividió en un estado musulmán (Pakistán), otro de mayoría hindú (la República de la India) y al este, Bangladesh.

El “Mahatma” Gandhi combatió la discriminación social y racial y trató de reivindicar los derechos de los “parias” o “intocables”, la última casta social, a los que llamó de “hijos de Dios”. En 1997 la India reivindicó a la clase social más despreciada al designar al “intocable” Kочeril Ramal Narayanan como Presidente de la República, pero el sistema de castas -tan contrario a los derechos humanos- sobrevive.

Gandhi, el apóstol de la no violencia, fue asesinado por un fanático en 1948. Como los pueblos suelen hacer cosas absurdas, en 1998 un gobierno nacionalista proveyó a la India de armas atómicas. En las calles de Calcuta las gentes se mueren de hambre, pero la India tiene la bomba atómica. Lo mismo ha ocurrido en Pakistán. Así de absurdo es el nacionalismo. Deshumaniza.

7

CHINA

La China antigua y medieval vivió etapas de rivalidad entre pequeños estados y señoríos feudales y etapas de unificación (imperiales), con períodos intermedios de caos y de invasiones. ¡En 2.500 años de historia la China sólo ha conocido dos siglos de paz!. La historia de China se extiende así, por miles de años, desde el mítico Emperador Amarillo, a lo largo de una decena de dinastías.

Originalmente hubo numerosos pequeños estados que, como observa Octavio Paz, coincidieron, como las ciudades griegas y las repúblicas italianas del Renacimiento, con una gran fecundidad intelectual y artística y un activo debate entre filósofos. Fue el tiempo de Lao Tze, Confucio, Mencio (Mo-Tzu) y Chuang Tzu.

La sociedad y la cultura chinas se desarrollaron en base a una estructura feudal y patriarcal, de aristocracia y servidumbre, basada en el dominio del señor terrateniente y la sumisión y desprecio para la mujer.

Los valores de la sociedad china hallaron su máxima expresión en la ética de Kung-Fu Tzu (Confucio), cuyo ideal era la armonía social. Este ideal se inspira en la memoria mítica de los antiguos gobernantes rectos. Según Confucio, cada quién debe ocupar su puesto y cumplir sus deberes sea como padre, madre, cónyuge, hijo, gobernante, funcionario o ciudadano. Una persona correcta dará origen a una familia armoniosa, una familia armoniosa generará una sociedad ordenada. El sentido del deber, decoro, humanidad y sabiduría deben regir a la sociedad. La Psicología ha demostrado que el cumplimiento del verdadero papel que corresponde a cada cual respecto del otro, es en verdad, el camino para tener paz personal y para que las relaciones sociales funcionen. Para Confucio la virtud fundamental es la humanidad, benevolencia o bondad y ella se expresa, entre otras formas, como piedad filial y lealtad y en la aplicación de la regla de oro: “No hagas a otro lo que

no quieres que te hagan a ti”. Confucio creía que el individuo debe ser exigente consigo mismo y benevolente con los demás. Esto es discutible: el rigor con uno mismo puede llevar al maltrato de los demás. También hacía hincapié en la autoridad de los libros clásicos y en la necesidad de mantener el equilibrio social.

Por lo demás, la civilización china inventó el papel, la pólvora y la impresión de textos. El papel reemplazó con ventaja al papiro y al pergamino, más engorrosos y caros. La pólvora fue usada por los chinos para juegos pirotécnicos, que son peligrosos pero pacíficos; en cambio los occidentales la utilizaron para matar gente en forma más rápida. Hacia el año 1041 Bi Shing creó los caracteres móviles de terracota. En el Tibet se usaron caracteres tallados en madera. La moderna imprenta la inventará en Occidente Johan Gutenberg en Maguncia, Alemania, en 1445, utilizando tipos móviles de plomo.

La antigua cultura china produjo clásicos como el sabio I Ching, el bellissimo y sugestivo Tao Te Ching, los Analectas (libros de Confucio), los escritos y anécdotas de Chuang Tzu, hermosas poesías como las de Li Tai Po y novelas como “El Cuarto Rojo”.

En el siglo XX Lin Yu Tang (en “La Importancia de Vivir”, en su biografía de Confucio y en “De Pagano a Cristiano”) nos ha mostrado el gran mundo de la Filosofía y la cultura chinas. Asimismo Pearl S. Buck, que vivió largo tiempo en China, nos ha revelado muchas claves de esa sociedad.

En el siglo XIX las potencias europeas penetraron en territorio chino y, por intereses comerciales, se impusieron por la fuerza (guerra del opio, rebelión de los boxers).

En 1911 el doctor Sun Yat Sen proclama la república democrática y antimperialista y se inicia la modernización del país, todavía sumido en las inequidades del feudalismo y de la discriminación contra la mujer. Después de una etapa caótica, tras la prematura muerte de Sun Yat Sen, el país pasa por la dictadura plutocrática de Chiang Kai Shek y por largos enfrentamientos entre marxistas y nacionalistas. Al fin, China entra en una larga etapa de dictadura marxista encabezada por Mao Ze Dong y los nacionalistas de Chang Kai Shek se ven forzados a refu-

giarse en la isla de Taiwán, donde establecen un próspera República capitalista.

Mao gobierna totalitariamente. El régimen comunista es despiado e ignora por completo los derechos humanos. Fracasa en el llamado “gran salto adelante”, un intento de desarrollar al país con la creación de comunas populares y la producción de acero. El experimento termina con treinta millones de chinos en hambruna. Posteriormente la “Revolución Cultural”, promovida por el mismo Mao, quiere instaurar un comunismo fanático y puritano, pero sólo causa grave daño a la economía y a la vida de los chinos e inclusive a su patrimonio histórico. Por otro lado el ejército chino ocupó por la fuerza el Tibet, con el costo de un millón de muertos. El Tibet era un país independiente medieval, regido por monjes budistas.

A fines del siglo XX Den Xiao Ping inició paulatinamente una apertura de la China a la economía capitalista, pero conservando la dictadura política del partido único. En 1989 un levantamiento pro derechos humanos y libertades, en la plaza de Tiananmen, fue sofocado a sangre y fuego. Murieron allí cinco mil personas.

8

GRECIA

Luego de diversas migraciones de pueblos indoeuropeos, en la Antigua Grecia o Hélade brotaron numerosas ciudades-estado, pequeñas entidades políticas que constituyeron como un microexperimento sobre las posibilidades políticas y culturales de la Humanidad.

Bajo el claro cielo del Mediterráneo entre viñedos y olivos, brotó una civilización admirable, hecha de gentes alegres y libres a las que les gustaba conversarlo todo en las calles y ágoras.

La Mitología de los antiguos griegos recogió, en una serie de tipos humanos y “dioses” y una variedad de leyendas, los conflictos y complejos síquicos de los seres humanos. Pero algunos personajes dejaron de lado esa mitología y empezaron a razonar acerca del mundo y la vida y así dieron origen a la Filosofía y a las Ciencias.

Es de deplorar que Homero, al cantar en La Ilíada la guerra de Troya, iniciara en Occidente no sólo un género literario sino también la costumbre de alabar las matanzas militares. Contra esta tendencia a idealizar la violencia han surgido obra como “Abajo las Armas”, de Bertta Von Suttner (siglo XIX) y “Sin Novedad en el Frente” de Erich María Remarque (Siglo XX).

Tales de Mileto proclamó la inmortalidad del alma (espíritu), realizó importantes cálculos astronómicos, determinó las propiedades del imán y las palancas y estableció los teoremas básicos de la Geometría. Afirmaba, sin embargo, que “todas las cosas están llenas de dioses”. Heráclito llamó la atención sobre los cambios y, Parménides, acerca de la permanencia. Pitágoras creyó en la reencarnación y vio al universo como una combinación numérica. Demócrito, a su vez, decía que la materia está hecha de pequeñísimas unidades invisibles (átomos).

Licurgo dictó las normas por las que se rigió la militarista Esparta. Solón dictó las leyes fundamentales de Atenas y aconsejó el conocimiento de uno mismo, más tarde enseñado y practicado por Sócrates. Diógenes, el cínico, con dramáticos gestos, enseñó que cada uno ha de regirse por el criterio propio y no por el ajeno. Cleóbulo enseñó la moderación, principio moral que Aristóteles desarrolló en su “Ética” (“Los extremos son vicios”, decía).

Los antiguos griegos dieron origen a un abanico de opiniones y de escuelas filosóficas que incluyeron desde el austero Estoicismo, pasando por el Epicureísmo, hasta el hedonismo y la escuela cínica, el idealismo de Platón, el realismo de Aristóteles, el método de Sócrates (de dialogo inquisitivo) y el método pitagórico (de discipulado).

¿Qué es lo que produjo una floración tan grande y riqueza de opiniones, creaciones y criterios filosóficos, estéticos y morales? ¿Y por qué esto sé dió precisamente en las ciudades griegas y no en otras ciudades de la antigüedad? Quizá tres palabras nos sugieren la respuesta: debate, libertad, emulación.

Las ciudades griegas(o “polis”) sostuvieron durísimas guerras entre si y también, coaligadas, contra el entonces poderosísimo imperio persa. Así pues los antiguos griegos conocieron las ventajas de la solidaridad y las amargas y dolores de la desunión y la mezquindad. La lucha de los griegos para detener a los persas salvó para la posteridad lo más preciado que nos ha legado la Antigua Hélade: sus creaciones culturales.

En Grecia se dieron Esparta, señalado ejemplo de Estado militarizado y totalitario, y Atenas, la primera democracia (aunque restringida a los varones libres). Las bases de la prosperidad ateniense fueron puestas por el sabio legislador Solón, quien reconoció el voto personal de los ciudadanos y estableció limitaciones a la extensión de las propiedades agrícolas. Atenas llegó a su apogeo con Pericles.

Es muy decidir lo que ha ocurrido con estas dos ciudades-Estado: de Esparta sólo quedan su nombre y unas pocas ruinas; de Atenas, perviven las obras de sus filósofos, artistas y escritores y sus institucio-

nes han sido imitadas (por ejemplo, en la democracia suiza). La creatividad humana se da mejor en un ambiente de libertad.

Al filósofo Platón le pareció que las cuestiones públicas eran algo demasiado importante para dejarlas en manos de los políticos y los militares, y propuso que los pueblos sean gobernados por sabios y filósofos. Similar criterio tenía Confucio en China.

La vida de las ciudades- estados helenas termina con las invasiones de Filipo y Alejandro, audaces militares macedonios que se forjaron un inmenso pero efímero imperio que, eso sí, sirvió para difundir la lengua y las culturas griegas (“Época Helenística”).

La cultura griega influyó poderosamente en todos los pueblos del Medio Oriente y de las penínsulas Itálica e Ibérica. Alejandría, en Egipto, fue una gran ciudad fundada sobre cánones griegos, en donde funcionó la biblioteca más grande de la Antigüedad.

Los antiguos griegos pusieron las bases de la Cultura Occidental.

9

ROMA Y SU IMPERIO

Según el historiador Arnold Toynbee, la Antigüedad conoció dos imperios ecuménicos: el romano y el chino. Al decir “ecuménico” este ilustre historiador no quiere sugerir que eran imperios que abarcaban todo el Planeta, cosa que nunca se ha dado, sino que, para quienes vivían en ellos, incluían todo el mundo conocido.

El Imperio Romano resulta de la civilización latino-etrusca con fuerte influencia griega, que florece en las península Itálica. La civilización original de Lacio se basaba principalmente en las virtudes de la vida familiar, la noción de lo justo y el apego a la tierra. Roma crece y pronto sus legiones establecen un Imperio que abarca todo el mundo mediterráneo. Así pues, Roma evoluciona del régimen de derecho (república) y valores familiares hacia la tiranía (imperio) y la corrupción de la decadencia.

Al comienzo la economía romana se basaba en el trabajo de los campesinos, pero después dependió cada vez más de las labores de los esclavos. Habitualmente estos eran prisioneros de guerra o hijos de prisioneros. Así se llegó a la increíble noción, expuesta por Cicerón, de que “el trabajo o comercio es indigno de un hombre honesto”, pues el que vende su esfuerzo “se pone en el rango de esclavo”. La rebelión de Espartaco (73 AC-71 AC) es un intento fracasado que hacen los cientos de miles de esclavos para liberarse del pesado yugo romano. Fracasada esta rebelión, seis mil personas fueron asesinadas con el terrible castigo que Roma daba a los rebeldes: la crucifixión. Lo mismo ocurre con la rebelión judía que termina en la destrucción del templo de Jerusalén (año 70 DC). El culto a unos emperadores crueles y degenerados, pero divinizados, es un tremendo ejemplo del grado de servilismo alienante al que puede llegar un pueblo. La política de “pan y circo” es una triste muestra de cómo puede terminar la política.

Durante una etapa Roma mantuvo un duelo a muerte con Cartago, la importante ciudad fundada por los fenicios en el norte de África. Cartago era un gran centro de comercio que contaba con una especie de congreso para dictar sus leyes. Los cartagineses practicaban el horrendo culto a Baal, que incluía el sacrificio satánico de niños. La invasión del cartaginés Aníbal a la península Itálica no tuvo éxito y a la final Roma aniquiló a la urbe norafricana. En el apogeo del Imperio los romanos controlaban todas las orillas del Mar Mediterráneo (era el “Mare Nostrum”, “Mar Nuestro”) y dominaban España y partes de Germania e Inglaterra.

Roma tuvo muchos juristas y abogados y elaboró el Derecho Civil (Ius Civile), el Ius Gentium (relativo a los extranjeros), que eran tratados como gente de segunda clase, y el Ius Fetiale (sobre la guerra), pero para los esclavos no existían ni leyes ni derechos y la sociedad romana, viciosa y sádica, abusaba interminablemente de estas pobres gentes y se complacía en hacer luchar a los gladiadores, entre sí o con las fieras. El Cristianismo pone el germen, la levadura, que transformará estas condiciones sociales.

La caída del Imperio Romano se produce por diversas causas: escepticismo de las clases altas, ociosidad y corrupción de los gobernantes, crecientes invasiones germanas, degeneración del populacho... El campesino romano, fundamento de la República y del Imperio, desaparece. Las clases populares abandonan los campos y se instalan en las ciudades a mendigar el favor de los políticos. La demagogia prevalece. Las tierras quedan en manos de grandes latifundistas que las cultivan con esclavos, pero las guerras ya han cesado y no es fácil reemplazar esta mano de obra “gratuita”. Entonces se recurrirá al colonato: se entregan tierras a cambio de una parte de su producto. El colonato es un paso al feudalismo.

El ejército ahora está constituido por mercenarios germanos. Empujadas por los hunos, y cada vez en mayor número, los germanos penetran en el Imperio. Oleada tras oleada, las tribus de godos, visigodos, vándalos y ostrogodos producirán un remezón de tanto alcance que nada quedará igual: ni la conformación racial, ni los valores, ni las leyes, ni las costumbres. En adelante Europa será una mezcla de ele-

mentos griegos, romanos, germanos y judeo-cristianos. Los emperadores pierden poder y ya no son elegidos por adopción sino mediante el uso de la fuerza, por imposición de las legiones.

Al fin el Imperio se divide en dos: el de Occidente, que cae en manos de los germanos, y el de Oriente o Bizancio, más bien griego. La unidad del Imperio se ha roto. Luego, las conquistas musulmanas acabarán con la unidad cultural que existía alrededor del Mediterráneo.

En Occidente el poder se fracciona, mientras la Iglesia cobra fuerza autónoma. La ciudad de Roma será salvada de Atila y otros bárbaros no por las tropas imperiales, sino por el Papa León. En Oriente, hay emperadores, como Justiniano, que tratan de restaurar la grandeza del Imperio. Justiniano (527 DC) reconquista algunos territorios, dicta códigos y recopilaciones de leyes y cultiva una habilidosa diplomacia.

La caída del Imperio de Occidente (476 DC) marca para muchos el inicio de la Edad Media. El ideal del Imperio y de la “pax romana” (el “orden jurídico” y militar impuesto por Roma) perdurará en Europa por varios siglos. Bizancio recién desaparecerá con la conquista de los turcos otomanos (1543) y ello marcará el comienzo de la mal llamada “Edad Moderna”.

10

LOS ROMANOS

Los Romanos fueron grandes constructores de caminos, acueductos y edificios y desarrollaron notablemente el Derecho, pero el mundo de los césares fue un mundo cruel y corrupto, competitivo y militarista, idólatra y totalitario. El culto al César y a los símbolos imperiales es típico de una idolatría estatólatra que resurgirá en el Fascismo y el Nazismo. El noble ideal de la antigua familia romana, fundada en valores claros y sencillos, expresado en la veneración del hogar, se perdió con el crecimiento de Roma, el materialismo y las ambiciones.

En Roma no se desarrolló el pensamiento científico o filosófico como en la Antigua Grecia. Roma no fue original: copió de Grecia. Primaron allí el politeísmo popular y el escepticismo práctico y sólo hubo unos cuantos filósofos estoicos (Séneca, Marco Aurelio, Cicerón) y algún epicúreo (Tito Lucrecio). El filósofo más valioso del Imperio, Epicuro, (55DC-135DC), era griego y había nacido en la esclavitud. Epicuro propugnaba una vida sobria, independiente y serena, que no dependa de la voluntad de los demás. Por su parte, el poeta Horacio fue lo suficientemente sabio para cantar a la vida sencilla y los placeres de vivir junto a la naturaleza.

Jesús predica su doctrina de misericordia y reconciliación en una colonia romana, Palestina, y los ideales del Mesías llegan a Roma. Diocleciano, Nerón y otros emperadores persiguen a los extraños y pacíficos cristianos que rehusaban dar culto a “los dioses” y al emperador, y no querían participar en la administración del Imperio. Fueron los primeros objetores de conciencia: se negaban a prestar servicio militar (San Maximiliano,-en el año 295-fue decapitado por esta causa), Los ideales de Jesús son todo lo opuesto al mundo competitivo, inmisericorde y desigual de los Césares. Tampoco concuerdan con los ideales de los estoicos: éstos querían evitar el dolor y vivir en paz, su visión era de

prever; la visión cristiana es en cambio la de correr riesgos y entregarse al servicio de los demás.

La Iglesia, mientras vivió clandestinamente, alejada del poder romano, fue sencilla y revolucionaria, pero cuando fue oficializada por Constantino, se deformó, se institucionalizó y se corrompió. En contra de las ideas de Jesús, que fue un anticlerical, se establecieron privilegios para los eclesiásticos, se dio poder temporal a los obispos y abades y el Obispo de Roma (el “Papa”) se transformó en un monarca con territorios, vida cortesana, código y tribunales. Derruido el Imperio Romano de Occidente, es cierto, el Papa resultó el protector de la ciudad de Roma frente a las acometidas de los bárbaros, pero había errores: Jesús había dicho que había que dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, pero ahora se confundía la redención con el poder. La penetración entre la iglesia y el Imperio romano llegó a ser tan grande que la división política del Imperio (año 395 DC) termina en división de la iglesia, entre Roma y Bizancio. Lutero, con razón y vehemencia, habla de desromanizar la Iglesia, una tarea mal hecha en la época de la Reforma (porque se dieron palos de ciego), aún hoy inconclusa.

II

LA TRANSICIÓN HACIA LA EDAD MEDIA Y EL ISLAM

Al Imperio Romano le suceden una serie de pequeños reinos, ducados, principados y señoríos feudales, en una verdadera dispersión del poder político que, combinada con la influencia eclesial, dará la configuración típica de la Edad Media: la poliarquía, esto es, la feudalización del Continente en base a la institución de sucesivos vasallajes. Y también se dará la diarquía, porque en la cima de la pirámide social típica de la Edad Media estarán no uno sino dos príncipes, el Papa y el Emperador, que a veces chocarán entre sí. La unidad política de Europa sólo será alcanzada, de modo precario, alrededor del eje constituido por el río Rhin, con personajes como el Emperador Carlomagno (768-814) y Otón el Grande (siglo X).

La configuración del Mundo Medieval se completa con el surgimiento del Islam, que rompe la unidad cultural del Mediterráneo. El mundo cristiano vive en continuo riesgo y lucha contra “los moros” o musulmanes, los seguidores del “herético” Mahoma, el singular personaje que en poco tiempo funda en Arabia (siglo VI) una poderosa religión de monoteísmo riguroso y unifica a las tribus árabes, convirtiéndolas en una sola nación y una seria amenaza para la Europa cristiana. Los ejércitos islámicos avanzarán a paso rápido por el norte de África y la Península Ibérica hasta los Pirineos y por el este hasta las puertas de Viena. En Occidente son detenidos en la batalla de Poitiers (732DC.). Después resultan debilitados con las Cruzadas, son frenados en Malta (1565) por Valette y los Caballeros de la Orden de San Juan, y finalmente, derrotados en la batalla naval de Lepanto (1571), por la flota europea encabezada por el príncipe español don Juan de Austria.

Como resultado de los avances de las tropas islámicas, el norte de África y el Medio Oriente pasaron a manos de teocracias (los califatos),

rivales de los reinos europeos y el Mediterráneo quedó dividido entre dos civilizaciones antagónicas. En adelante algunos musulmanes practicaron la piratería y en Europa se fundaron ordenes religiosas especiales (mercedarios, trinitarios) para rescatar a los cristianos cautivos en los países islámicos.

La civilización árabe recogió elementos de la cultura griega y produjo notables personajes: médicos como Avicena (“Canon de Medicina”), filósofos como Averroes, poetas como Omar Khayyam (“El Rubayat”), matemáticos como Al Juarismi y Al Batani. La cultura árabe nos ha dado la más hermosa y amena colección de cuentos, “Las Mil y Una Noches”.

12

LA EDAD MEDIA

La Edad Media es la etapa más larga que ha vivido la cultura europea. Casi mil años. Se trata de un sistema de vida y de gobierno, el medieval, en el que cada persona tenía asegurado un lugar fijo, estático, con poca o nada de movilidad social para toda su vida. Esto acarrea muchas limitaciones y servidumbres pero parece también que daba cierta estabilidad síquica a las personas, porque, en general, nadie o muy pocos cuestionaban el sistema ni los principales dogmas religiosos y sociales. En cierta manera, las gentes aceptaban “el orden” y prioridades que existían y no soñaban siquiera con algo distinto. Los cuestionamientos a este orden fueron pocos: los Valdenses, Occam, Wicliff, Hus y los Cátaros, esos dualistas medio maniqueos reprimidos en una cruelísima “cruzada”.

Terminada la llamada “paz romana”, el mundo mediterráneo resultaba peligroso. El comercio se había reducido y abundaba la piratería. Eran frecuentes las correrías de los vikingos o normandos, procedentes de Escandinavia (llegarán hasta Sicilia), así como las de los sarracenos y húngaros.

Los campesinos buscan la protección de los señores, que exigen a cambio la entrega de productos, trabajo y servicio militar: nacen los feudos. A su vez los señores feudales, frente a las incursiones de huestes más poderosas, recurren a la protección de otros más fuertes. Así aparece el vasallaje: la obediencia a cambio de apoyo y protección. De este modo se configura la típica pirámide feudal o medieval. En la cúspide están el Obispo de Roma o Papa, que en Occidente ha logrado primacía indiscutida, y el Emperador, sea franco (cuando existía el Imperio Carolingio) o germano, (cuando se forma el Sacro Imperio Romano Germánico). Luego vienen los duques, condes, marqueses y más señores feudales y, tras ellos, los comerciantes y los artesanos y después los siervos de la gleba (dependientes de un feudo).

Pipino el Breve le otorga al Papa los Estados pontificios, que durarán hasta 1871. Carlomagno, consolida su imperio y una gran parte de Europa. Carlomagno pone las bases de una verdadera unidad europea: promueve la fe religiosa y las creaciones artísticas. Ello produce un breve renacimiento cultural.

Luego de la muerte del emperador, el imperio se divide, pero el ideal imperial reaparece con Otón I (alrededor del año 936) quien forma el Sacro Imperio Romano Germánico, que tendrá su esplendor con Federico Barbarroja y que brillará en la época de Carlos V Habsburgo, para después hundirse. Debilitado por la Reforma y las guerras de religión, posteriormente Voltaire dirá graciosamente que no es sacro, ni imperio, ni romano.

Las relaciones del Papa con los emperadores germánicos no resultan tan fáciles como con Pipino y Carlomagno. Los obispos se han convertido en señores feudales y el Emperador quiere intervenir en su nombramiento y en el otorgamiento de prebendas. El Papa Gregorio VII (Hidelbrando) depura a la Iglesia e impone un rígido orden jerárquico. Hildebrando y el Emperador Enrique IV se enfrentan. Esta lucha -llamada Querrela de investiduras- incluye una invasión a Italia y las sucesivas humillaciones de los dos personajes. Como apuntó Luis de Oteyza, en realidad era una disputa “entre el Absolutismo y el Clericalismo”. Ninguno de los dos tenía toda la razón. Tanto el Papa como el Emperador actuaban saliéndose de sus fueros, pero ninguno de los dos veía las cosas claras.

Los árabes, organizados en el Califato de Bagdad y luego, con la división de éste, en los de Córdoba y de Egipto, crean una civilización sui generis que hace de intermediaria para el traspaso a Europa del legado de la cultura griega (sobre todo de las enseñanzas de Aristóteles, Hipócrates y Tales de Mileto). En el Califato de Córdoba se distingue Hixem I (788-796) como un gobernante caritativo y sencillo, frente a otros que eran crueles y mezquinos.

Después llegan los Turcos u Otomanos, que destruyen Bagdad (año 1.253) y arrasan con buena parte del haber cultural de los árabes. Convertidos al Islam, los Turcos formaran un enorme imperio, que

existirá hasta 1914 y que sujetará a duro yugo a los pueblos de los Balcanes y del Oriente Medio.

Los Judíos, por su parte, cumplen un papel de transmisores de cultura y también se convierten en prestamistas que facilitan dinero a los reyes y señores. Alcanzan notable prosperidad en Holanda y España.

La Iglesia, para frenar las “guerras particulares” entre señores feudales, proclama la “paz de Dios” (prohibición de guerrear en días domingos o de fiesta religiosa) y promueve las “Cruzadas” contra los musulmanes para reconquistar Jerusalén y el Santo Sepulcro. Durante noventa años se consigue constituir un reino occidental en Jerusalén. Las “Cruzadas” alteran notablemente el modo de vida y las costumbres de los europeos y se genera así la necesidad de comerciar con Oriente. Las Cruzadas causan serios daños a Bizancio, pues los cruzados no muestran sentimientos o valores de solidaridad con los cristianos de Oriente. Estas expediciones terminan en el fracaso, pero detienen la expansión islámica y modifican irreversiblemente la vida europea.

En el siglo XIII los mongoles (hunos) invaden parte de Europa, cometen una serie de atropellos, asesinatos y abusos, forman un efímero imperio de grandes proporciones y retroceden al Asia. Caballería eficaz, destrucción, rapidez, y nada más. Ningún fruto ético o cultural. En 1.440 el ducado de Moscú se libera de los mongoles y de ahí nace el reino de los zares, que asume la versión bizantino ortodoxa del Cristianismo.

* * *

Luego poco a poco en Europa las ciudades renacen y crecen: el comercio les da vida y los reyes las fortalecen a fin de apoyarse en ellas y someter a los señores feudales. El comercio empieza a fluir en el Continente por varias rutas. Los señores feudales se endeudan para hacer sus guerras y los prestamistas y casas comerciales (bancos) prosperan. En las ciudades se forman asociaciones: los gremios de artesanos y las guildas de comerciantes. Artesanos, operarios y aprendices forman pequeñas comunidades de trabajo, bastante solidarias. Algunas ciudades forman ligas comerciales como la Hanseática, en el norte de Alemania.

* * *

Las condiciones de higiene y salud son ínfimas y prevalece la ignorancia. Sólo los árabes practican el baño frecuente y tienen lugares apropiados para la higiene personal. La medicina es prácticamente inexistente y en el mejor de los casos se limita al uso de hierbas y bálsamos. Las expectativas de vida son muy cortas. Se considera que una persona a los cuarenta años ya es “anciana”. Ocurren hambrunas y epidemias. Incluso cuando ya ha empezado el Renacimiento la peste negra (la bubónica) mata en cuatro años a unos veinte millones de personas (la cuarta parte de la población de Europa). En vano Nostradamus predica la necesidad de higiene y aire puro: no le hacen caso. La asepsia es desconocida por la mayor parte de los supuestos médicos y de las personas.

Se desarrolla la Alquimia que en cuanto ciencia se transformará en la Química y en cuanto sabiduría derivará en Esoterismo. Algunas prescripciones medicinales de Hipócrates y Galeno llegan a través de los árabes, sobre todo de Avicena. En Inglaterra el franciscano Roger Bacon inicia, solitario, el experimentalismo científico.

* * *

Las peregrinaciones generan la necesidad de documentos de viaje (tratoria) y facilidades de paso para los viajeros. Todos los cristianos europeos quieren peregrinar a Santiago de Compostela, a la tumba del apóstol “hermano” de Jesucristo. La peregrinación a Santiago es signo de fe y de unidad cultural. Los romeros que van a Santiago gozan de derechos de paso a lo largo de la ruta.

No hay límites territoriales precisos para los reinos e imperios sino áreas de contención de eventuales enemigos. Las “marcas” son zonas fronterizas con baluartes y fortalezas.

Se concluyen diversos acuerdos y tratados, casi siempre sancionados por la autoridad moral de la Iglesia. El Papa es el gran árbitro del mundo “cristiano”.

Se inician las universidades: Bolonia, París, Oxford, Salamanca, como comunidades de estudiantes y profesores. El pensamiento medie-

val se halla dominado por la Escolástica, una filosofía que utiliza la armazón de la lógica y combina las enseñanzas de Aristóteles con los dogmas de la Iglesia.

* * *

Los tratados entre reyes y señores feudales son efímeros y ocasionales. Se refieren a la paz, a matrimonios por “razones de Estado” (es decir, nulos) y a alianzas. Las ciudades van estableciendo lazos más sólidos (económicos, culturales) y los reyes poco a poco van formando ejércitos propios de mercenarios, que llevarán a la constitución de los Estados Nacionales.

En el campo del Derecho, el decreto de Graciano, al que ha precedido el Código de Justiniano, sirve de base para el Corpus Iuris Canonici y la legislación subsiguiente. A menudo se confunde lo jurídico con lo religioso. En los procesos penales eran muy comunes el absurdo y la crueldad. La tortura se utilizaba como procedimiento “normal” para obtener confesiones.

En el año 1.215, en Inglaterra los nobles se rebelan contra un Rey mezquino y debilitado y el Rey Juan reconoce ciertos derechos básicos de los “hombres libres”. Tal reconocimiento se recoge en la “Carta Magna”, primer texto jurídico europeo sobre los derechos de las personas frente al poder político.

En Castilla y León, Alfonso X el Sabio, (siglo XIII) dicta las “Siete Partidas”, principal entre las primeras fuentes del Derecho español. En el notable reinado de Alfonso X conviven pacíficamente cristianos, judíos y musulmanes, en un modelo de sociedad paternal y tolerante (pero no igualitaria). Por eso a este monarca le gusta llamarse “el rey de las tres religiones”. Bajo sus auspicios funciona en Toledo una escuela de traductores, en la que trabajan sabios judíos, musulmanes y cristianos, pasando libros de un idioma a otro. Los demás reyes castellanos no serán tan admirables. El régimen de Alfonso el Sabio dará lugar a un fortalecimiento cultural y dará paso a los talentos de Ibn Al Arabi, Avicena, Averroes, Maimónides, el autor del cantar del Mío Cid, Gonzalo de Berceo, el Arcipreste de Hita y otros. Es un sueño que no durará mucho tiempo.

El enfrentamiento con los musulmanes llevó a crear las órdenes militares que tuvieron activa participación en las Cruzadas y la defensa contra los turcos. La Orden militar de los Templarios alcanzó demasiado poder económico y militar y, por ambición de un mezquino rey de Francia, fue disuelta y sus inmensas propiedades fueron confiscadas para beneficio de ese monarca y de algunos nobles. Hay quienes han querido ver en esta Orden (influida por Oriente) el origen de las logias masónicas y rosacruces.

* * *

En la Edad Media floreció la poesía de los juglares, especie de poetas y músicos ambulantes que cantaban al amor (romances, poesía provenzal de “las cortes de amor”) y a las hazañas militares (cantares de gesta). En muchos conventos de monjas y en las comunidades de “beguinas”, se cultivaban la poesía y la música. En la Provenza surgen la poesía romántica y el ideal del amor romántico. Italia dio grandes poetas: Dante Alighieri, con su “Divina Comedia”, Francisco Petrarca y San Francisco de Asís. Los libros eran copiados a mano por los monjes, de modo que eran tesoros muy caros, que no estaban al alcance de cualquiera.

13

GERMANOS Y VIKINGOS

Origen de los escandinavos, alemanes, holandeses y sajones, las tribus germánicas ocuparon el norte de Europa y penetraron en diferentes oleadas en el Imperio Romano y en las Islas Británicas. Su idioma originó el inglés, el alemán, el holandés, el flamenco y las lenguas nórdicas.

Tenían muchos dioses. Como anotaba Carlyle, el paganismo surgió del asombro y temor que sentían los hombres primitivos: les maravillaban los poderes de la naturaleza. Su mente era infantil. Los antiguos germanos y escandinavos creían en dioses monstruosos y hostiles, que eran personificaciones de las fuerzas naturales (los truenos, la lluvia, etc) a las que había de pacificar con ofrendas y ritos. También rendían culto a los héroes (Wotan u Odín, por ejemplo).

Eran gentes robustas y belicosas. En sus conquistas se comportaron en forma dura y destructiva. Algunos - los Vikingos- combinaron su habilidad para navegar y comerciar con su pasión guerrera y practicaron el saqueo.

Con Canuto (Knut) en el siglo XI formaron un efímero reino que incluía Inglaterra, Dinamarca y Noruega. Colonizaron Islandia. En ese mismo siglo Erik el Rojo descubrió Groenlandia y su hijo, Leif Eirikson, halló “Vinland” (América). Los vikingos establecieron una pequeña colonia en tierra americana, pero este hallazgo no tuvo resonancia en Europa. Por ello es la epopeya de Colón la que verdaderamente “descubre” la realidad americana y amplía la visión de los europeos. Hacia el Siglo XIV la colonización vikinga en “Vinland” habría desaparecido.

Los escandinavos además se adentraron en el Este de Europa y llegaron hasta el Mar Negro. Se mezclaron con los eslavos y dieron así origen al reino de Kiev (Ucrania) y a Rusia. Autorizados por el rey de

los Francos, los Vikingos o Normandos (“Northmen” -hombres del norte) también se establecieron en el noroeste de la actual Francia (hacia el año 900 d.C), en donde formaron la región por eso llamada Normandía. Pronto se mezclaron con los francos. En 1.066, con Guillermo El Conquistador, los normandos invadieron Inglaterra.

Las hazañas de los escandinavos y, sobre todo, de los islandeses, se hallan recogidas en las “sagas”, relatos orales parecidos a las novelas.

Los mitos germanos inspiraron al profundo músico Richard Wagner. La habilidad guerrera de los germanos en una época semisalvaje, dio origen al mito racista de los arios utilizado por gentes como Gobineau, Goebbels y Hitler. Un mito que ha hecho inmenso daño.

14

LOS CELTAS

Pueblo mágico y lleno de nostalgias, apegado a sus querencias, y a su música tan bella. Los celtas poblaron lugares verdes y húmedos: Escocia, Gales, Irlanda, Galicia. Se compenetraron con los ciclos de la naturaleza y construyeron santuarios astronómicos. Primero se guiaron por adivinos y sacerdotes paganos, los druidas. Luego se hicieron cristianos, desarrollaron el monasticismo y evangelizaron una gran parte de Europa del Norte. Los Celtas fueron dominados en muchos lugares por los belicosos germanos: vikingos, daneses, sajones, normandos y visigodos y, más tarde, por los descendientes de ellos, los ingleses.

En Rosalía de Castro, gallega, se encuentra la sensibilidad y amor del celta por su terruño: “Airiños, airiños, aires, /airiños da minha terra...” En el siglo XX Richard Llewellyn, galés, ha destacado el amor al terruño en su hermosa novela “Cuán Verde era mi Valle” John O’Donohue, en “Anam Cara”, ha destacado la sabiduría celta.

15

LA EVOLUCIÓN EUROPEA
Del imperio carolingio a la comunidad

Los intentos de imponer el orden imperial en la Edad Media - Carlomagno, que se hace coronar Emperador en el año 800, Otón I en el 962- no lograron abarcar sino algunas regiones (principalmente Alemania, Francia y Norte de Italia) y nunca fueron duraderos, pero marcaron, en todo caso, una realidad cultural y religiosa -la Europa de la civilización occidental y cristiana- que luchó contra la influencia disociadora - tan poderosa- de los regionalismos y localismos.

A fines del siglo XI el Papa consigue movilizar a Occidente para la primera cruzada. Las “Cruzadas” contra los musulmanes extienden la idea de que toda la Cristiandad es una unidad presidida por el Papa. El Papa Inocencio III (1160-1216) prácticamente llegó a dirigir el destino de Europa entera.

Las rivalidades entre los Papas y el Emperador fueron negativas para ambos lados y para la unidad europea: el papado se debilitó con los cismas, los escándalos de las elecciones influenciadas por la política y el cautiverio de Avignon (siglo XIV). Los Emperadores, en sus intentos por ganar espacio, fueron perdiendo el poco poder que les quedaba. El llamado Gran Cisma, (con la presencia de dos papas electos y cuestionados) desgarró a la Iglesia y los Concilios de Pisa, Constanza, Basilea y Ferrara no afirmaron la teocracia papal sino que dieron lugar a largos debates en los que se defendió la superioridad de los concilios sobre el Papa.

El imperio reunido bajo el cetro del Emperador Carlomagno (768-814), se dividió a su muerte, con el Tratado de Verdún (año 843), en tres partes: Francia, Lotaringia y Alemania. Esta división ha tenido una honda repercusión en la vida europea, pues ha persistido, hasta el siglo XX y ha dado lugar a numerosas confrontaciones. Desde entonces

Francia y Alemania o Alemania se constituyeron en rivales y la zona del Rin, eje del poder unificado bajo Carlomagno, se convirtió en área de choque de las dos potencias. La Lotaringia, situada entre las dos potencias, ha sido el origen de varios pequeños estados y territorios.

La reforma religiosa encabezada por Lutero y la represión contra los hugonotes dividieron a los europeos, pues a las diferencias de idiosincrasia e idioma se sumó la de religión. Alemanes y nórdicos se hicieron protestantes, mientras los franceses, españoles e italianos continuaron siendo católicos. La diferencia religiosa coincidió así con diferencias de temperamento.

* * *

Francia evoluciona: de reino de San Luis y los reyes Capetos, con la Revolución se transforma en República jacobina y luego, con Napoleón Bonaparte, en breve Imperio; posteriormente se alternarán la monarquía y la república hasta llegar a la Francia de Foch y de De Gaulle, una de las potencias vencedoras en las dos Guerras Mundiales. El filósofo René Descartes es quizá el que más pesa a la hora de definir el modo de pensar de los franceses: escepticismo elegante, catolicismo galicano, claridad y concisión. También hay que citar la gran influencia del primer ensayista, Montaigne, del actor y autor de teatro Molière, de pensadores como Pascal, Voltaire, Montesquieu y Rousseau, del orador católico Bossuet, de los grandes novelistas Víctor Hugo, Balzac y Flaubert, del humorista Alphonse Daudet y los pintores Renoir, Monet y Cezanne. Todo ello ha conformado el “espíritu francés”.

* * *

Alemania, por su parte, evoluciona desde un laxo imperio constituido por numerosos principados, hasta la consolidación de Prusia. El nacionalismo alemán es avivado por los discursos del filósofo idealista Fichte y exasperado por gentes desmesuradas y totalitarias como los filósofos Hegel y Nietzsche y el músico Wagner. En el siglo XVI el genio de Juan Sebastián Bach dedicaba toda su vida a Dios y a la música y en el siglo XVIII Goethe vive para el ideal estético neorenacentista. Otro espíritu distinto es el que conduce a Otto von Bismark. Este político militarista unifica a Prusia, derrota a Dinamarca, a Austria y a

Francia (Guerra Franco-Prusiana) y forma el Reich (Imperio alemán). La derrota de Alemania en la I Guerra Mundial lleva a la constitución de una frágil república, la de Weimar, que cae al poco tiempo por sus debilidades internas y la crisis económica. Entonces se instaura la tiranía nazi y Adolf Hitler funda el III Reich (1.933), que iniciará la II Guerra Mundial (1939) y causará terrible impacto en el mundo.

Con la caída de los nazis y la ocupación del territorio alemán por parte de los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, por un lado, y la URSS, por otro (1945), se constituyen dos repúblicas: la Federal, en Bonn, de corte liberal capitalista, y la comunista del Este. El fin del Marxismo permitirá la fusión de las dos en una república federal capitalista, integrante de la Comunidad Europea.

* * *

Lotaringia se denominó al cinturón de países que se hallaban entre Francia y Alemania, desde Holanda hasta el norte de Italia. Esta región se disgregó en diversos dominios que corrieron distinta suerte. Los llamados “Países Bajos” y Flandes fueron un tiempo colonia de España. Tras sangrienta rebelión, Holanda se independiza (1.579) y conoce una época de apogeo económico y comercial. Los territorios flamenco y de Bravante pasarán a los austriacos, a los franceses y holandeses y a la final en 1.831, se constituye allí el Reino de Bélgica (donde ahora rivalizan flamencos y valones). En el país flamenco y Holanda se da una gran pintura de corte clásico (Van Dyck, Rembrandt y otros) y posteriormente un genio postimpresionista: Van Gogh.

En el norte de Italia prosperaron varias ciudades-estados de notables alcances culturales: Florencia, Génova, Bolonia, Venecia.

La aristocrática República Serenísima de Venecia, creada en año 679 era una república oligárquica y aristocrática al servicio de los mercaderes. La presidía el Dux, un senado y el gran Consejo de las familias principales. Dominó en el Mediterráneo, como potencia naval y comercial, hasta que el descubrimiento de América (1492), el avance del Imperio Otomano y la apertura de nuevas rutas marítimas debilitaron su poder. En 1797 Napoleón la ocupó, terminó con su autonomía y la entregó a Austria.

El norte de Italia estuvo sujeto a dominio de los austriacos y después se unificó con el resto de Italia bajo el trono de Saboya y a expensas de los “Estados Pontificios” (cuyo rezago es la ciudad-estado del Vaticano. La Italia unificada llega a ser una potencia importante en la I Guerra Mundial y después, con Mussolini, intentará constituir un efímero imperio en Etiopía, Eritrea, Somalia y Libia. Tras la II Guerra Mundial la administración Demócrata Cristiana logra la industrialización y el desarrollo de Italia, pero la corrupción, las mafias y el centralismo minarán su sistema social, y a fines del siglo XX, éste tiende a modificarse.

Por fin, la zona de Alsacia y Lorena será un territorio largamente disputado por Francia y Alemania.

* * *

A fines de la Edad Media los estados nacionales emergieron en reemplazo de la poliarquía medieval. Posteriormente las trágicas lecciones de dos guerras mundiales llevan a una serie de pensadores (Jean Monet, Ortega y Gasset y otros) a difundir el “europeísmo”, que mucho antes, a su modo, pregonara Erasmo. Charles de Gaulle y Konrad Adenauer reconcilian a los franceses y alemanes. Así se va rehaciendo la unidad europea que se perdió con la partición del Imperio de Carlomagno. La cooperación y la integración se extenderán entonces a muchos campos, en tanto que el escepticismo y el ecumenismo enervarán las diferencias religiosas, que perderán importancia. Ahora los europeos caminan hacia una gran comunidad continental, la Unión Europea. Tienen un gran haber intelectual y económico, pero tienen también una gran deficiencia: les falta la concepción trascendente, religiosa. Son ateos prácticos. Les falta el alma. Por eso el Papa Juan Pablo II ha querido rehacer el Cristianismo europeo, elemento indispensable en la civilización del Viejo Continente. En el menguado mundo de los escepticismos, se requiere de una presentación espiritual nueva y, a la vez eterna, válida para católicos y protestantes y eficaz para las nuevas generaciones.

16

EL MUNDO DEL " RENACIMIENTO "

Los siglos XIV, XV y XVI. En Europa se produce una transformación profunda. Es como si se abrieran muchas puertas, grandes cortinas. De pronto el panorama del hombre resulta más amplio.

Los descubrimientos geográficos amplían el mundo conocido: Marco Polo explora China y se asombra con la corte multinacional del Gran Khan, los portugueses se aventuran alrededor del África y llegan a la India, San Francisco Javier predica en el subcontinente Indio y en el Japón. Cristóbal Colón, en su inolvidable expedición, descubre América y "completa" el Planeta. Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano dan por primera vez la vuelta al mundo (1519-1522). Son los inicios de la unificación de la vida en el planeta Tierra: por primera vez la Humanidad se encamina a vivir una misma existencia (el tiempo planetario) y un mismo proceso de aculturaciones y compenetración de las civilizaciones.

La técnica para fabricar papel y el invento de la imprenta de tipos móviles (J. Gutemberg, 1314-1468) revoluciona la producción de libros, antes tan caros y difíciles de obtener. Ahora la palabra escrita circulará con facilidad, a precios módicos, y los escritores adquirirán una influencia inmensa sobre el ciudadano común. Los monjes ya no serán los únicos que disponen de buenas bibliotecas. La Biblia será leída por todo el mundo y cada cual empezará a opinar por su cuenta.

La Edad Media finaliza. Se cuestionan muchas nociones, se rompe la pirámide de servidumbres del Medioevo y se destruye la uniformidad relativa en el modo de pensar. También se perfecciona el mal: se inventan nuevas armas, como el cañón y el arcabuz y de nada servirán ya las armaduras, los castillos, el poderío rural de los señores feudales...

Los pensadores rechazan la apologética medieval y la Escolástica y se vuelven hacia Grecia en busca de valores humanos y estéticos permanentes. Las viejas doctrinas medievales les parecen estrechas y se prefiere a Platón antes que a Aristóteles. Con la caída de Bizancio muchos profesores y eruditos bizantinos emigran a Occidente y difunden los textos originales de los autores griegos. Surge una gran admiración por la cultura greco-romana y un desprecio inmoderado por todo lo medieval. Destacan en este movimiento “humanista” Erasmo de Róterdam, Tomás Moro, Juan Luis Vives y Pico della Mirándola, entre los intelectuales; Leonardo da Vinci, Rafael Sanzio y Miguel Ángel Buonarroti, en la pintura y escultura. Leonardo además diseña una serie de inventos mecánicos. El ideal del renacentista es un ser humano completo, que busca la realidad y la belleza, que sabe de ciencias y de artes y que mira sin apasionamiento a los dogmas.

Erasmo de Rotterdam defendió la compatibilidad de la cultura clásica con la fe en Cristo y promocionó el ideal de la unidad europea y la depuración ecuaníme de la Iglesia.

Tomás Moro, por su parte, en su obra “Utopía”, propone el ideal de una república comunista centrada en la familia, en la que realmente se apliquen los ideales cristianos.

Es curioso: al mismo tiempo que los pensadores del Renacimiento predicaban su ideal cosmopolita, los reyes estimulan la formación de las nacionalidades, tratan de ganarse a los burgos, debilitan a los señores feudales y procuran imponer las llamadas “fronteras naturales”. En la historia repetidamente se registra esta tensión y lucha entre el nacionalismo y el ideal cosmopolita. Mientras los intelectuales humanistas persiguen la unidad y la solidaridad humana, los reyes y políticos promueven -exitosamente- la desunión y las rivalidades, las luchas entre manadas.

España se va unificando hasta transformarse en una gran potencia militar: los Reyes Católicos derrotan a los reyes moros y amplía sus posesiones a la mayor parte de América. Pero cometen dos grandes errores: expulsan a los judíos y refuerzan la intolerancia, la Inquisición. El progreso técnico e industrial de la Península se detiene tres siglos. España, hasta cierto punto, se queda en el Medievo, y el oro de las co-

lonias de América servirá para comprar productos industriales a los ingleses y holandeses. Se dará, eso sí, un gran desarrollo literario y pictórico: el Siglo de Oro.

En Italia, el arte, la literatura y la inventiva florecen a la par que la diplomacia secreta, las conjuras y la más páfida política. Prosperan las ciudades-estado: Florencia, Venecia, Génova.

Maquiavelo divulga una idea inmoral: la razón de Estado.... “El fin justifica los medios”. El político ha de engañar y no ha de cumplir con su palabra. Para conservar el poder hay que estar “dispuesto a ser bueno o no según las circunstancias”... Todas estas prácticas inmorales son viejas. El maquiavelismo es más viejo que Maquiavelo, pero nadie lo había planteado con tanto cinismo, “científicamente”. Hay una ciencia del mal sobre la tierra. “El Príncipe” de Maquiavelo contribuyó a ella.

Por otro lado, los Papas de la época olvidaron el mundo de la fe para patrocinar el mundo de las artes, del boato y de la vida palaciega. Jesús no pedía palacios ni grandes templos: pedía misericordia y solidaridad humana; decía que a Dios no se le había de honrar en este monte o en tal templo, sino en todas partes, “en Espíritu y Verdad”, pero Alejandro VI Borgia, Julio II y León X Médicis preferían las edificaciones lujosas y el boato. Con su conducta ellos mismos abrieron el camino para la rebelión de Lutero.

A la final no prevalecerá el ideal cosmopolita, culto, de los renacentistas sino el proceso de formación y afirmación de las nacionalidades, promovido por los reyes y los políticos codiciosos.

Tampoco prevalecerá la unidad de los Cristiandad sino las disensiones y la lucha contra el que opina de otra manera, las denominadas “Guerras de Religión”, un verdadero absurdo. En 1.572, en la “Noche de San Bartolomé” miles de “Hugonotes” (protestantes franceses) son asesinados en nombre del Catolicismo. Luego sigue un largo período (“Guerra de los 30 años”) de horrendas matanzas y persecuciones recíprocas entre “cristianos”.

Se desmorona la unidad cristiana y asoma el Nacionalismo, que es idolatría.

Y se produce un creciente uso escrito de las lenguas locales (en desmedro del latín, la vieja lengua supranacional).

* * *

En Medicina se deja de lado la autoridad de Hipócrates, Dioscórides y Galeno y asoman innovadores. Paracelso propugna la investigación, Andreas Vesalio realiza estudios de Anatomía, Ambroise Paré desarrolla la cirugía, Miguel Servet descubre la circulación de la sangre, Nostradamus recomienda la higiene contra las pestes.

* * *

En el campo económico se busca la autarquía nacional. A fines de la Edad Media regía una suerte de libertad de cambio (*intercursum*). Ahora hay que pagar muchos aranceles. Proliferan las aduanas, los peajes, los controles. Lo nacional se sacraliza y asoma una pluralidad de poderes que ya no están sujetos al Emperador y al Papa. Los pueblos se encierran detrás de las fronteras.

Usos de la época: en tiempos de paz hay el “derecho de ir y de venir” (“*ius communicationis*” de Francisco de Vitoria) y se dan facilidades para el paso a las ferias y peregrinaciones. Durante las guerras se producen expulsiones masivas y medidas contra los súbditos del enemigo. Las fronteras son imprecisas. En Francia los extranjeros pagan impuestos y tarifas de correo más altas. En épocas de crisis económica se producen estallidos de xenofobia. Los extranjeros se agrupan por nacionalidades bajo la dirección de un “Cónsul”, esto es, un comerciante designado por ellos o por su gobierno (cargo que en Francia era subastado).

En tiempos de guerra hay un supuesto derecho de ejecutar a los prisioneros o devolverlos a cambio de rescate. Se llama “buena guerra” a la práctica por la cual dos ejércitos se ponen de acuerdo para no ejecutar a los prisioneros o canjearlos. Se denomina “orden de hacer el gasto” a la práctica de quemar las cosechas y robar el ganado. Se vive utilizando eufemismos. Tratados de contribución: los pueblos pagan a los ejércitos para que no les perjudiquen. El asalto implica el pillaje, pues la infantería es de mercenarios. El concepto de “neutralidad” estaba muy extendido. El neutral podía comerciar con ambos beligerantes.

Se le reconoce el derecho de no sufrir daños por los combates. Treguas de comercio y de pesca: estas actividades no se interrumpen por los conflictos bélicos. Sólo se prohíbe el comercio de armas, granos y caballos.

Se llama “oradores” a los embajadores extraordinarios y “residentes” a los permanentes. Hay resistencia para aceptar embajadores permanentes y se los trata con suspicacia. Alguna vez quedan de rehenes. No se les reconoce un alto rango sino uno inferior: son informadores. La Santa Sede igualmente tiene los legados (extraordinarios) y los permanentes (nuncios). Venecia, como República, desarrolló una diplomacia más perfeccionada a fin de apuntalar su imperio comercial mediterráneo. Allí el cargo de Embajador era un honor inexcusable y obligatorio. Los Embajadores debían enviar los “despachos” (día a día) y “relaciones” (más elaboradas, para el Senado). No había reciprocidad en el envío de misiones.

La proliferación de Estados nacionales da lugar al llamado “Derecho de Gentes”. El padre Francisco de Vitoria (1486-1546) dominico español de tendencia humanista, en su obra “Las Relaciones” incluye tres capítulos (De Temperantia, de Indis, De Iure Belli) que prácticamente son la iniciación de las doctrinas básicas del Derecho Internacional Público.

En la corte española solían disputar los juristas, que representaban a los conquistadores y encomendaderos, y los teólogos, que llevaban las denuncias de los misioneros. Vitoria condenó el trato dado por Pizarro a Atahualpa. Asimismo condenó las agresiones contra los indios americanos. Decía que las tierras de América pertenecían a éstos pero justificaba la ocupación española para evangelizarlos, civilizarlos y apartarlos de prácticas inhumanas como los sacrificios de personas y para proteger las comunicaciones entre las naciones, amenazadas, según él, por los hábitos de los salvajes.

Vitoria, en dos célebres disertaciones, condenó las guerras su época (guerra de Italia, “Guerras de Religión”, etc.). En “De Iure Belli” sostiene que: 1. Los cristianos pueden hacer la guerra si es justa; 2. Puede declararla quien representa al país; 3. No son causas de guerra justa la diversidad de religión, ni la conveniencia o engrandecimiento del príncipe; la única y sola causa es la injuria grave recibida; 4. Sólo se ha

de acudir a la guerra cuando se han agotado los medios pacíficos; 5. En ella no se debe pretender la ruina del enemigo sino la reparación del daño y la defensa patria para procurar una paz estable; 6. Las sanciones posteriores a la guerra deben ir únicamente contra los reyes, no contra el pueblo. A estas alturas de los tiempos, yo creo que nunca se debe acudir a la guerra. Y no sé de ninguna guerra que sea “justa”. Todas son absurdas, inhumanas y criminales. Lo único aceptable es la defensa legítima y proporcionada.

Fray Bartolomé de las Casas (siglo XVI) defiende los derechos de los indígenas americanos, que sufren el genocidio y los malos tratos de los conquistadores europeos. Lo malo fue que este ilustre fraile recomendó la importación de esclavos negros, para trabajar en los climas cálidos en reemplazo de los indígenas.

Otro notable defensor de los indígenas americanos fue don Vasco de Quiroga, sacerdote que veló por algunas comunidades indígenas de México.

El holandés Hugo Grotius (Grocio o Van Groot) (1583-1645), logró establecer un tratado anglo-holandés para el comercio con las Indias. Este tratado llevó a su apogeo a las marinas de Inglaterra y Holanda.

En su obra “Mare Liberum”, Grocio sostiene que el mar está abierto a todas las naciones y no es apropiable por ninguna de ellas. Así rechaza la tesis del inglés John Selden, que sostiene la tesis del “Mare Clausum”, el mar dominio de la potencia más fuerte. La tesis de Grocio se impondrá sobre la de Selden.

En su escrito “Iure Belli ac Pacis”, Grocio trata de disminuir los horrores de la guerra: propugna la protección a la población civil, el buen trato a los prisioneros, heridos y enfermos, etc. Sus ideas son parcialmente recogidas en el Tratado de Westfalia (1648), que reúne, entre otras cosas, las primeras normas de Derecho Internacional.

1492 es un año singular: los reyes españoles se toman Granada, completando la expulsión de los árabes de la Península Ibérica, y Cristóbal Colón llega a América.

17
PUEBLOS INDÍGENAS
DE AMÉRICA

Trópico, puna, selva, llanura, montañas: la rica, varia y amplia geografía de América dio albergue a innumerables pueblos, en su mayor parte de origen asiático.

Sólo citaremos algunos que nos han impresionado.

Primeramente, en el Norte Polar, los cordiales esquimales, sumidos en la dura lucha contra un medio enteramente hostil. Como anota Toynbee, esta lucha cotidiana les impidió mayores creaciones culturales.

Luego, en Norteamérica, las pieles rojas, tan libres y tan unidos a la Naturaleza, amigos de las grandes llanuras.

En el Yucatán y Mesoamérica, los misteriosos Mayas y los desmesurados Toltecas.

La cultura Valdivia, en la costa del actual Ecuador, de cinco mil años de antigüedad y posible origen japonés. Una sociedad matriarcal y sensual.

La cultura Mochica, en la costa norte del Perú, con sus pirámides y ritos sangrientos, sus joyas y su sistema de regadío.

Los inteligentes Shuar en la selva Amazónica.

Los Guaraníes en el Paraguay, con su dulce idioma.

Los misteriosos Tiawanaku, en el altiplano boliviano. Sabían de Astronomía y dominaban el uso de la piedra.

En el sur, los valerosos Araucanos y los Patagones.

Después vinieron los Aztecas, de sanguinarios ritos, y los disciplinados e imperiales Incas.

18
LOS MAYAS

No se sabe por qué sus ciudades, su civilización y sus reinos desaparecieron de golpe, como los dinosaurios. Sabían de arquitectura (pirámides, templos, urbes) y de astronomía (el calendario) pero ignoraban el alma humana: sus ritos sangrientos revelan crueldad, desmesura, terror, supersticiones. Los mayas se regían por reyes y sacerdotes privilegiados. Su escritura era difícil y alambicada, tal vez porque así era su alma; pero de algún modo eran intuitivos: sabían de la llegada de los blancos y previeron diversas etapas de dominio y servidumbre, dicen que hasta el año 2010.

Su libro sagrado, el “Popol Vuh”, recoge relatos y mitos arcaicos sobre la creación del mundo y de “los hombres de maíz”, habla de guerras, migraciones y acciones de dioses múltiples y demonios. Los dioses eran considerados emanaciones del Creador.

Las últimas líneas el “Popol Vuh” recogen una oración de acción de gracia que es muy interesante: “Dos veces gracias, tres veces gracias por habernos hecho gente... nos reproducimos, hablamos, oímos, meditamos, nos movemos, nos sentimos... ¿Acaso no vemos lo grande y lo pequeño del cielo y la tierra? Muchas gracias, pues nos hicimos gentes..” Y sin embargo, pese a esta conciencia, los mayas sacrificaban a otras gentes en honor de dioses imaginarios y terroríficos, sobre grandes piedras que todavía guardan las huellas de esos crímenes.

Las guerras entre ciudades los agotaban. El talento artístico brillaba pero no podían pensar en conceptos filosóficos, pues los enfrentamientos y el trópico agotaban sus fuerzas y vivían aterrorizados por los cuchillos rituales... Todavía ahora los descendientes de los mayas son tímidos y apocados y quizá guardan una oscura violencia...

19

LOS INCAS Y SU IMPERIO

Amplio el territorio de la América del Sur que llegó a abarcar el Tawantinsuyo, el gran imperio de los Incas. En el siglo XV, desde Pasto en Colombia hasta el río Maule en Chile y Tucumán en la Argentina, incluyendo las actuales repúblicas de Ecuador, Perú y Bolivia. Los Incas avasallaron numerosas tribus de diferentes orígenes. Se calcula que a la llegada de los españoles el Tawantinsuyo tenía unos quince millones de habitantes.

El régimen incásico era piramidal, teocrático y clasista. Tenían tres normas principales: “Ama súa, ama llulla, ama quella”. “No robes, no seas perezoso, no mientas”. Consecuentemente castigaban con severidad el robo, la ociosidad y la mentira.

La economía se basaba sobre todo en el cultivo del maíz, la quinua y otras gramíneas, mediante ingeniosos sistemas de terrazas y regadíos. Aprovechaban de la llama como animal de carga.

Cuenta el padre Juan de Velasco (“Historia del Reino de Quito”) que los Incas “dividían sus tierras cultivables en tres partes: una del Sol; otra del Inca y otra del pueblo. La del Sol debían trabajarla todos en común, siendo su trabajo el homenaje debido a la deidad. De su producto, conservado en los almacenes, se mantenían el templo, sus ministros y las vírgenes consagradas al servicio del mismo templo; y esta parte se trabajaba primero que las otras. La parte del Inca se trabajaba asimismo en común; y este trabajo era un tributo que a su Príncipe debían pagar los vasallos. De su producto, conservado en los almacenes reales, se sustentaba el Inca, se sacaban los gastos públicos del Imperio y se reservaba todo el remanente en beneficio del pueblo para años de penurias. De la tercera parte, se señalaba primero una buena porción para las viudas, huérfanos, enfermos, viejos y soldados, que estaban en la armada, la cual se trabajaba también en común, inmediatamente después

de la parte del Sol y primero que la del Inca. Las demás tierras eran distribuidas a proporción entre las familias del pueblo, y trabajadas en particular”.

Para imponer su dominio sobre tribus, los Incas obligaron a emigrar a poblaciones enteras (los “mitimaes”). Quizá esto, unido a la influencia del medio (la puna, las desoladas montañas, el altiplano) infundió mucha tristeza en las gentes andinas. Su música es nostálgica y profunda.

Los Incas construyeron excelentes caminos, fortalezas y palacios, pero no conocieron la rueda. El “camino del Inca”, entre Quito y el Cuzco, en algunos tramos era superior a los que existían por entonces en muchos países europeos. Tenían un avanzado sistema de correos (los “chasquis”) y desarrollaron un método de cuentas (“quipos”), pero no tuvieron un verdadero sistema de escritura.

Benjamín Carrión observa que el mundo incásico era demasiado piramidal y a la gente común no le dejaba ninguna iniciativa. Por esto el audaz grupo de hispanos que llegó al Tawantinsuyo pudo tomarse el país en poco tiempo: el pueblo estaba acostumbrado a una obediencia servil y algunas tribus que habían sufrido a manos de los Incas, como los cañaris, incluso recibieron a los españoles como libertadores y les dieron ayuda.

20 EN TORNO AL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Viajes como los de Marco Polo, del Capitán Cook y del “Beagle”, las expediciones de Vasco de Gama, Colón, Magallanes y Orellana y esfuerzos misioneros como los de San Francisco Javier, Mateo Ricci y Livingston producen la unificación de la Historia humana. En los siglos XIX y XX la tecnología acelerará la unificación de la vida humana en la Tierra.

Razas puras no existen. Con Don Cristóbal Colón llegan los españoles, que eran una mezcla de iberos, fenicios, griegos, romanos, judíos, germanos y árabes. Mestizos de habla castellana. Más todavía, como ha observado Alfonso Anda Aguirre, es acá en América donde realmente se cruzan los vascos y andaluces con los extremeños, castellanos y gallegos, de modo que el español integrado se forma en América y en América el español a su vez se cruza con lo indígenas y luego vendrán los negros y una nueva migración de europeos, de modo que en adelante América Latina será un mundo de mestizos, más o menos blancos, más o menos iberos, más o menos judíos, más o menos mulatos, mas o menos cobrizos.

¿Choque de culturas? Ciertamente que la cultura que tenía los libros, la rueda, los mejores transportes y las mejores armas - la europea - predominó sobre la indígena, pero no quedó pura: la cultura resultante contiene elementos de ambas.

Colón quiso fama, poder y mayores conocimientos. Fue un hombre excepcional y valiente, inteligente e ilustrado, incluso recto. Desdenar su figura es ignorancia. Gentes crueles y despiadadas como Pedro de Valdivia, Benalcázar, ó Pizarro eran quizá de otra clase... La enco-

mienda, la mita y los demás abusos coloniales fueron la obra de gentes codiciosas y mezquinas como las hay en todas partes. En unos sitios se optó por explotar a los sometidos. En otros, por aniquilarlos. Muchos criollos americanos, incluso republicanos, mantuvieron el rebajamiento del indio. Los recién llegados alegaban el llamado “derecho de conquista”. En Salamanca, hacia 1530, el padre Vitoria refuta este pseudo-derecho. Los encomendaderos decían acatar las “leyes de Indias”, dictadas por los monarcas españoles para morigerar el trato a los sometidos, pero no las cumplían. Eugenio de Hostos decía que la raza indígena fue “envilecida por el coloniaje” y “desamparada por la independencia”. Independencia hecha por blancos y mestizos nacidos en América, en la que los indígenas sirvieron de peones a ambos bandos.

Por su lado, los ingleses no tuvieron mayores contemplaciones con los indios. Algunos altruistas, como William Penn firmaron tratados con los “pieles rojas”, pero la mayoría de esos convenios no fueron respetados por las autoridades de Norteamérica y, luego de la independencia, el Gobierno de los Estados Unidos actuó sin contemplaciones.

Mucho se habla de los malos españoles que asesinaron y degradaron a los indios y robaron a porfía. Germán Arciniegas ha observado que allí donde los indígenas compartían la tierra y el respeto a la Naturaleza, los españoles introdujeron el egoísmo, el robo, los candados y los muros. Pero también se debería hablar de los españoles y europeos que actuaron creativamente en América. Fray Jodoco Ricke, por ejemplo, trajo a Quito el trigo, los gorriones, los geranios, y estableció clases de artesanías que originaron la importante Escuela Quiteña de escultura y pintura, que dará artistas como Caspicara, Pampite, Miguel de Santiago, Gorívar y Olmos. Precisamente el Tata Vasco, en Tasco, México, amparó y educó a los indios y San Pedro Claver, en Cartagena, se preocupó de la suerte de los esclavizados. Es admirable el trazado de las 600 ciudades y pueblos que levantaron los castellanos en América. Sólo el jesuita Samuel Fritz (hacia 1.700) creó 38 misiones y pobladas en la Amazonía. Y los Jesuitas en el Paraguay establecieron grandes y numerosas misiones en las que trataron de aplicar los altos ideales de la “Utopía” de Tomás Moro: hacer una república verdaderamente cristiana. En fin, la primera universidad en suelo americano fue fundada por los españoles en la isla de Santo Domingo el año 1.541 (la primera uni-

versidad inglesa en América, Harvard, data de 1.781, doscientos cuarenta años más tarde).

Por lo demás, la evangelización colonial fue en gran parte una superposición de religiosidades y hasta un autoengaño de los misioneros. En una palabra, fue superficial. En el Cuzco los indios iban al templo de Santo Domingo para inclinarse ante el sitio donde estuvo el disco del Sol. Muchos cristianos europeos no dieron buenos ejemplos: los conquistadores eran crueles, los encomendaderos eran rapaces, pero siempre hubo excepciones: San Francisco Solano, con su violín y su buena alma, el Hermano Pedro - en la Antigua Guatemala- con sus hospitales, el padre Las Casas y su defensa del indígena... Es una lástima que a la América Hispana llegó una versión medieval del cristianismo. España recién salía de su tremendo esfuerzo por echar a los moros, había expulsado a los judíos, vivía con la Inquisición a cuestas y en el país no se había permitido el debate de las ideas de los humanistas y de la Reforma. ¡Incluso los tranquilos erasmistas habían sido perseguidos!. Así pues, lo que recibimos fue una versión estrecha de Cristianismo, y esto hizo que aquí se aclimataran la ignorancia, el paternalismo, las prácticas masificadoras y una estéril resignación. La evangelización, como siempre, está por hacerse...

En México, en Guatemala, en los Andes, el movimiento indígena quiere ahora recuperar las haciendas, la tierra, la Pachamama. Ello no debe suponer una nueva forma de discriminación, esta vez hacia el mestizo y el blanco. Las nuevas generaciones no tenemos la culpa de lo que hicieron o dejaron de hacer nuestros tatarabuelos. Los pueblos nativos requieren tierras, espacio, autoexpresión, autonomía y los niños indios necesitan escuelas, alimentación, atención médica, higiene, oportunidades. No como dádivas sino como derechos. Derechos con la obligación de cumplir, a su vez, con las respectivas responsabilidades sociales. El indio, el nativo, como el mestizo y el blanco, todos, debemos participar en una sociedad plural.

El porvenir de América no será indio ni blanco, sino mestizo. Y la futura cultura de América no será hispana ni india, sino universal, de la Humanidad unificada, que integra lo mágico y lo racional, lo masculino y lo femenino, lo telúrico y lo espiritual.

EL SIGLO DE ESPAÑA

El siglo XVI presenció la contienda entre los intereses de España y el Imperio de Carlos V Habsburgo, por un lado, y los reinos de Inglaterra, Holanda y Francia, por otro. El inmenso Imperio español-germánico, que incluía a la mayor parte de América (desde California hasta Chile), Filipinas, partes de Italia (Nápoles) y Flandes, sufrió los embates de la piratería inglesa y la paulatina erosión de su vida económica. Como recién salía de la Edad Media y de las luchas contra los moros, el Imperio español carecía de manufacturas y derrochó el oro de América en conseguirlos de manos de los ingleses y holandeses, que ya contaban con una industria textil importante. Holanda fue colonia española pero, con la Reforma Protestante, se independizó y desarrolló su marina y sus industrias. El desgaste del Imperio se completó con el costo de las guerras de Italia y Flandes, en la época de Felipe II, sucesor de Carlos en España, con la derrota de la “Armada Invencible”, que debía atacar Inglaterra. La “Armada Invencible” (130 naves, 30 mil hombres) fue aniquilada en gran parte por una tormenta. “Yo no envié la flota a luchar con los elementos”, dijo Felipe II.

Además el Imperio español junto con otras fuerzas europeas, tuvo que hacer frente a los turcos y musulmanes, que fueron derrotados en la batalla naval de Lepanto.

El conflicto de intereses entre España y Portugal por las tierras de América fue zanjado con el Tratado de Tordecillas, que entregó el este del Brasil a los lusitanos.

En América los españoles establecieron unas seiscientas ciudades y poblaciones, en una impresionante obra de urbanismo y colonización. Esta obra se llevó a cabo, eso sí, a costa, de los pueblos indígenas, que fueron masacrados o sometidos a servidumbre y cuya cultura se trató de erradicar (en realidad se debilitó y replegó). Las leyes de Indias

se dictaron para morigerar tales males pero, como denunció Fray Bartolomé de las Casas, una cosa era lo que se ordenaba en Sevilla y otra lo que se hacía en territorio americano. “Acato pero no cumplo” era la consigna de los encomenderos. Para ciertas áreas donde los indígenas fueron diezmados, se “importaron” negros del África a fin de que sirvieran como esclavos. Muy pocos se preocuparon de la terrible suerte de las gentes sometidas a esta dura servidumbre (San Pedro Claver fue una excepción). Con todo, la gente de raza negra tuvo personajes como San Martín de Porres y tuvo una gran influencia en el folklore, la música y las costumbres americanas.

Los religiosos venidos de España extendieron el Catolicismo en América y los portugueses trataron de hacer lo mismo en la India (Goa) y el Japón (San Francisco Javier y otros jesuitas). Lamentablemente España y Portugal no tuvieron un buen sistema de educación popular y no promovieron la responsabilidad individual. Por el contrario, toda la vida fue regida por el clero, las autoridades y los encomenderos y hacendados, en una suerte de paternalismo medieval que llevó a la irresponsabilidad y el consecuente subdesarrollo de los pueblos. Sólo el experimento de las misiones jesuíticas en el Paraguay tuvo un carácter distinto e intentó desarrollar la personalidad de los indígenas, pero los encomendaderos españoles y los “bandeirantes” portugueses se encargaron de debilitar esta obra hasta que el Rey expulsó a los Jesuitas.

El siglo XVI vio el esplendor de las letras y las artes españoles. Don Miguel de Cervantes inventa la novela moderna al escribir “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”; inmensa inspiración y fuente ella misma, de tantas inspiraciones, en la que Don Quijote representa al idealista y Sancho Panza, al sentido común y el interés material. Lope de Vega (con “Fuenteovejuna” y otras mil obras), Juan Ruiz de Alarcón, Tirso de Molina y Calderón de la Barca (“La Vida es Sueño”) llevan el teatro español a su cenit. Santa Teresa de Ávila, Sor Juana Inés de la Cruz, San Juan de la Cruz, Francisco de Góngora y el propio Lope se destacan en la poesía. Diego de Velásquez, Bartolomé Murillo y “El Greco”, entre otros, son notabilísimos en la pintura.

Tanto esplendor de las letras españolas sólo volverá a lucir con las generaciones de 1898 (Unamuno, Azorín, los Machado, Valle Inclán,

Juan Ramón Jiménez y otros) y 1927 (García Lorca, Gerardo Diego, Alberti, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, Leopoldo Panero y demás).

El Imperio de España fue quizá el más extenso del mundo. Nos dejó un tesoro: el idioma de Cervantes y Neruda. Y ahora hay un imperio mejor que crece sin cesar: el del idioma español o castellano, patrimonio del humanismo latino y de la humanidad.

22

LOS PIELES ROJAS

Los conquistadores europeos y yanquis pensaban que los pieles rojas eran salvajes porque sus costumbres eran diferentes y no habían constituido un Estado. A la verdad parece que los pieles rojas eran más libres, auténticos y felices que muchos europeos. Y en cuanto a crueldad, no eran menos crueles que los “civilizados” británicos o españoles que utilizaban la horca, el garrote y la tortura. Indudablemente los pieles rojas eran más libres y más felices que los mayas, olmecas y aztecas, sujetos a regímenes crueles y sanguinarios, en los que los jefes y sacerdotes trataban a los demás como esclavos. Probablemente los pieles rojas vivían en forma más espontánea que los pueblos andinos, sujetos a un rígido régimen piramidal.

Los “pieles rojas” no eran “buenos salvajes”, según el mito de Rousseau. Entre ellos había mucha gente ruda, cruel e ignorante, pero entre ellos también se encontraban personas de considerable sentido espiritual. Los escritos del cacique Seattle son tan lúcidos y elevados como lo más alto de la literatura europea y los himnos y plegarias religiosos de los sioux y los iroqueses bien se pueden comparar con algunos himnos egipcios y con determinados salmos hebreos.

El piel roja no se había separado de la Naturaleza. Su sentido de unión con ella se halla maravillosamente expresado en la carta que escribió al Cacique Seattle al presidente de los Estados Unidos. El jefe Seattle expresa su sorpresa ante el hecho de que los blancos quieran comprar tierras que para el Piel Roja “son sagradas”. El cacique de Seattle continúa: “las fragantes flores son nuestras hermanas; el venado, el caballo, el águila majestuosa, son nuestros hermanos; las crestas rocosas, las savias de las praderas, el calor corporal del potrillo y el hombre, todo pertenece a la misma familia (...). Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestra manera de ser. Le da lo mismo un pedazo de tierra que el otro porque él es un extraño que llega en la noche a sacar

de la tierra lo que necesita. La tierra no es su hermana sino su enemiga. Cuando la ha conquistado, la abandona y sigue su camino (...). Trata a su madre, la tierra, y a su hermano, el cielo, como si fuesen cosas que se pueden comprar, saquear y vender (...) Su insaciable apetito devora la tierra y dejará tras de sí sólo un desierto...”

Como decía el indio Alce Negro, de la tribu Sioux Oglala, “la tierra es tu abuela y madre, y es sagrada; cada paso que se da sobre ella debe ser como una plegaria...” Un texto de los iroqueses dice: “Damos gracias a nuestra madre, la Tierra, que nos sostiene. Damos gracias a los ríos y a los arroyos que nos dan agua. Damos gracias a todas las plantas que nos dan remedios contra nuestras enfermedades. Damos gracias al maíz y a sus hermanas las habas y las calabazas, que nos dan la vida. Damos gracias a los setos y a los árboles que nos dan sus frutos. Damos gracias al viento que mueve el aire (...) Damos gracias al Sol que ha mirado la Tierra con mirada complaciente...” Son textos que parecen escritos por San Francisco de Asís.

En fin, el propio jefe Seattle explica: “Cada parte de esta tierra es sagrada, en el sentir de mi pueblo. Cada ladera, cada valle, cada llanura, y cada arboleda ha sido santificada por algún acontecimiento triste o afortunado en días desaparecidos hace largo tiempo. Hasta las rocas, que parecen mudas y muertas, pues se abrasan al sol a lo largo de la orilla silenciosa, se estremecen con los recuerdos (...) y nuestros pies desnudos son conscientes del contacto compasivo”... “La tierra, afirma el mismo Seattle en otra parte, no pertenece al hombre sino que el hombre pertenece a la tierra. El hombre no ha tejido la red de la vida: es sólo una hebra de ella. Todo lo que haga a la red se lo hará a sí mismo. Lo que ocurre a la tierra ocurrirá a los hijos de la tierra(...). Todas las cosas están relacionadas como sangre que une a una familia” (...). “Todo lo que afecta a la tierra afecta a los hijos de la tierra. Cuando los hombres escupen en el suelo, se escupen a sí mismos”. El piel roja ha vivido con una conciencia, con una sensibilidad especial de unión con las demás criaturas, una comunión que también asoma en la poesía taoísta y en los textos franciscanos.

En cierto modo un individuo del siglo XX, que por afán de dinero tala los bosques, contamina las aguas y ensucia el aire, resulta mucho

más salvaje que un piel roja, que sólo cazaba por necesidad y que mantenía un fraterno respeto hacia los ríos, las plantas, y los animales. Dice el mismo jefe de Seattle: “He visto miles de búfalos pudriéndose sobre las praderas abandonadas allí por el hombre blanco que les disparó desde un tren en marcha. Soy un salvaje y no comprendo cómo el humeante caballo de vapor puede ser más importante que el búfalo, al que sólo matamos para poder vivir. ¿Qué es el hombre sin los animales?. Si todos los animales desaparecieran, el hombre moriría de una gran soledad de espíritu. Porque todo lo que ocurre a los animales pronto habrá de ocurrirle también al hombre...” Esta actitud del piel roja sólo nos trae recuerdos elevados: la pasión de Zaratustra por mantener limpias la tierra y el agua, el amor de Francisco de Asís al hermano lobo y los hermanos pájaros, la predicación de San Antonio de Padua a los peces...

* * *

La llegada de los misioneros blancos resulta traumática para los pieles rojas. El jefe séneca Chaqueta Roja dice que los misioneros “hablan al Gran Espíritu, y le piden luz para que podamos ver como ellos lo hacen, cuando ellos mismos son ciegos y disputan acerca de la luz que los guía. Estas cosas no las entendemos; y la luz que nos dan convierte en oscuro y triste el camino recto y llano que nuestros padres hollaron. Los pieles rojas no conocían la inquietud hasta que ésta llegó el hombre blanco; tan pronto como cruzaron las grandes aguas quisieron nuestro país, y a cambio siempre han estado dispuestos a enseñarnos a disputar acerca de su religión. Chaqueta Roja nunca puede ser amigo de tales hombres”. Seattle llega escribir: “Aún el hombre blanco, cuyo Dios se pasea con el y conversa con él de amigo a amigo, no puede estar exento del destino común. Quizá seamos hermanos después de todo. Lo veremos. Sabemos algo que el hombre blanco tal vez descubra algún día: que nuestro Dios es su mismo Dios. Ahora pensáis quizás que sois dueños de nuestras tierras, pero no podréis serlo. El es el Dios de la Humanidad y su compasión es igual para el hombre de piel roja como para el hombre de piel blanca”.

Algunos pieles rojas martirizaron cruelmente y con saña a los misioneros y a familias de colonos europeos (mujeres, ancianos y niños).

Pero también había personas de elevada moral y mística, como el cacique Seattle, el sioux Ohiyesa y Alce Negro.

Con los Pieles Rojas se practicó el genocidio. En 1838, por ejemplo, a pesar de las gestiones del mítico David Crockett, el Presidente Andrew Jackson y el General Winfield Scott deportaron por la fuerza a 13,000 indígenas Cherokees, que vivían en Tennessee. Cuatro mil de ellos murieron en el camino al Oeste. Los Cherokees habían colaborado primero con los ingleses y luego con los yanquis en su lucha con los indios Creek. El jefe Janaluska le había salvado la vida a Jackson. No eran salvajes: eran sedentarios, tenían casas de material sólido y el Jefe Sequoyah incluso había inventado un alfabeto para el idioma Cherokee. Pero los blancos querían sus tierras y el oro de sus tierras. Generales dignos de un tribunal penal como Sherman, Sheridan y Custer no sólo inauguraron la “política de tierra arrasada” en la Guerra Civil, sino que además liquidaron a gran parte de los indios Cheyenne, que defendían sus terrenos y sus áreas de caza. Los sobrevivientes fueron reclusos en áridas “reservaciones”, donde no se les ofreció ninguna clase de educación; muchos cayeron en la ociosidad y el alcoholismo. Y así fue también con los Apaches, los Sioux, los Dakotas, los Nez Perce, los Pies Negros, los Shoshone y tantos otros...

Parecida política, pero en menor escala, se llevó a cabo con los indígenas de la pampa en la República Argentina, sobre todo durante el Gobierno de Julio Argentino Roca.

2 3
LOS ESTADOS NACIONALES
Y LA GUERRA
DE LOS 30 AÑOS

El siglo XVII ve en Europa la consolidación de los Estados nacionales. El culto de los intereses del Estado, que empieza con el Renacimiento, se desarrolla sobre todo en Inglaterra con Isabel I y en Francia con el Cardenal Richelieu. Esta idolatría tendrá su apogeo con Bismark, Mussolini y Tojo.

Richelieu quiso fortalecer la monarquía absoluta y centralista y debilitar a sus enemigos políticos (los nobles), y a los países rivales de Francia (España, el Imperio Germánico). Persiguió a los protestantes hugonotes, (sitio de la Rochelle), y les obligó a emigrar. Todo valía para consolidar el Estado francés.

La Guerra de los 30 años (1618-1648) es una contienda de ambiciones mundanas, disfrazada con pretextos religiosos. De un lado están Suecia, Dinamarca, Francia y los electores alemanes protestantes, que quieren independizarse del Emperador germánico y desean que se les reconozcan las confiscaciones de bienes eclesiásticos. De otro lado se hallan el Emperador, los electores católicos y España. El Gobierno Francés quiere llegar a las que considera son sus “fronteras naturales”. El Emperador quiere tener más poder y someter a sus díscolos súbditos, los electores alemanes. El rey de Suecia quiere evitarse vecinos peligrosos. Y todos buscan expandir sus territorios y su poder político y militar. El perfil de la guerra de los 30 años cambia conforme se incorporan los diferentes protagonistas: la primera etapa se da entre los electores del Imperio Germánico; la segunda, incluye la intervención danesa; en la tercera, participan los suecos y en la cuarta los franceses. La verdadera naturaleza del conflicto se hace evidente en la participación

de Francia, país católico que se alinea con los protestantes, porque lo que le importa a París no es la religión sino sus intereses geopolíticos.

La Guerra termina en 1648, con el Tratado de Westfalia, cuya negociación da lugar a la primera reunión de las potencias europeas. Francia obtiene Alsacia y Suecia amplía sus dominios en el Mar Báltico. El poder imperial se debilita: los electores quedan en libertad para hacer política internacional, para participar en guerras y pactar la paz. Además consiguen que se les adjudiquen los bienes eclesiásticos que habían usurpado. Brandenburgo (después llamada Prusia), acrecienta sus territorios. Prima en general la idea del “equilibrio europeo”, germen de muchos recelos, alianzas y guerras posteriores. Europa ha vivido largo tiempo entre las competencias y recelos de los Estados Nacionales.

Por cierto, el Tratado de Westfalia recogió algunas normas humanitarias, sugeridas principalmente por Hugo Grocio, sobre la protección a los no combatientes, el trato a los heridos y prisioneros, formas de evitar pillajes y masacres, etc.

España no adhirió al Tratado de Westfalia y siguió combatiendo hasta ser derrotada en 1659, en que se firma el Tratado de Los Pirineos, por el que cede a Francia el Rosellón (Cataluña Norte) y se establece la norma, más tarde aplicada, de que si un rey español muere sin descendencia, el Trono ha de pasar a un Borbón francés, (con lo cual se busca debilitar a la familia de los Habsburgo). España ya no es la potencia del siglo XVI.

Los conflictos europeos en el siglo XVII se reflejaron en la América del Norte, en el Canadá, donde los colonos franceses e ingleses se enfrentaron entre sí, en alianzas temporales con las tribus indígenas.

Posteriormente Luis XIV, de Francia, que encarnó la soberbia (decía “El Estado soy yo”), pone de moda la inicua teoría del “poder divino” de los reyes según la cual los monarcas serían delegados de Dios para mandar. Luis XIV nunca se acordó del pueblo y dilapidó los recursos de Francia en la construcción de inmensos palacios (¡sin agua corriente!) y en los gastos de una corte de ociosos. Todavía más, trató de ampliar su poder hasta amenazar el así llamado “equilibrio europeo”, con lo cual se produjeron nuevas guerras: con los Países Bajos, el Pala-

tinado y España; contra España, Holanda, los príncipes alemanes, el Imperio e Inglaterra, y la de sucesión de España -(doce años que terminan cuando Inglaterra ocupa de Gibraltar). Con el Tratado de Utrecht (1713) aparecen dos nuevos Estados: Saboya y Prusia, origen de los futuros Estados de Italia y Alemania.

Por lo demás, el estatismo nacional y el centralismo de Luis XIV, que deformaron a Francia (y llevaron a la hipertrofia de París) se ve en todos los campos: en el mercantilismo del Ministro Colbert, en la formación del ejército profesional francés con Louvois, en el desarrollo de la artillería, en la creación de la Corte de Versalles, que transforma a los nobles provincianos en intrigantes sirvientes del rey. A Luis XIV no le importaba el pueblo francés, sino su vanidad y vanagloria, que confundía con el mito del Estado. Tampoco le importaba el Cristianismo pero en nombre del Catolicismo persiguió a los hugonotes. La propia monarquía puso las semillas para la Revolución de 1789.

24

L A I L U S T R A C I Ó N

Aplicar la razón natural, promover la libertad del hombre y desarrollar las Ciencias: he aquí las ideas que resumen al movimiento intelectual conocido como la Ilustración (Siglo XVIII).

La Ilustración desarrolló el Deísmo, especie de religión natural que niega el plano sobrenatural y carece de fe en la Providencia (se cree que hay un dios, o “Arquitecto del Universo, pero se lo percibe demasiado lejos). El Deísmo negó la revelación divina y los deístas a menudo se burlaban del Cristianismo. Era una combinación de monoteísmo, racionalismo y escepticismo, pues ¿qué dios era ese que ya no tenía actualidad, que no se expresaba?

En lo político, frente al Absolutismo de los reyes franceses y viendo la evolución política de Inglaterra, Montesquieu (“Espíritu de las Leyes”) enseñó la necesidad de dividir los poderes del Estado (legislativo, ejecutivo y judicial), pues la concentración de todos ellos en una sola persona o entidad significa el abuso y la tiranía.

Voltaire, por su parte, propugnó sobre todo la tolerancia (“No estoy de acuerdo con usted pero estoy dispuesto a morir por su derecho a decirlo”) y combatió el fanatismo. Sus escritos sobre los cuáqueros son admirables, pero en otros hizo daño con sus ataques a la religiosidad y a la Iglesia.

D’Alembert, Diderot y otros prepararon el compendio de todos los conocimientos y ciencias que se llamó “La Enciclopedia”. De tono escéptico, entronizó el culto de la ciencia experimental.

Juan Jacobo Rousseau investigó el origen de las desigualdades sociales y propugnó la democracia (“El contrato social”). Era un defensor de la igualdad y un supuesto retorno a la Naturaleza.

Carl von Linné (Linneo) clasificó sistemáticamente las especies vegetales.

La Misión Geodésica francesa, encabezada por Carlos María de La Condamine, viajó a Quito y midió un arco de meridiano para determinar científicamente la forma y dimensiones de nuestro Planeta.

El notable científico alemán Alexander Von Humboldt realizó largas exploraciones y observaciones científicas en el Continente Americano.

En Inglaterra, la ilustre cuáquera Elizabeth Fry realizó una intensa campaña para humanizar las cárceles.

Paradójicamente en algunos casos el afán liberador de los partidarios de la Ilustración dio lugar a retrocesos: para “combatir el fanatismo” el rey borbón Carlos III de España expulsó a los Jesuitas de sus amplios dominios y con ello causó la ruina de las misiones del Paraguay y de la Amazonia y un gran retroceso de la cultura americana (Carlos III fue un gran alcalde de Madrid y un monarca equivocado)

Varios reyes europeos practicaron lo que se llamó el “despotismo ilustrado” que, irónicamente, preparó la Revolución Francesa y el fin de algunas monarquías.

25 LA REVOLUCIÓN INGLESA Y LA GRAN BRETAÑA

El Calvinismo trasladado a Escocia e Inglaterra dio lugar a un fundamentalismo ascético y riguroso: el puritanismo. Este movimiento combatió contra la iglesia “establecida”, esto es, contra el clericalismo que se acomodó a los deseos de los reyes ingleses, y así resultó la Revolución Inglesa (1648), encabezada por Oliver Cromwell. La Revolución derrocó y decapitó al rey Carlos II y estableció el régimen parlamentario, la ética puritana, y el sufragio. Cromwell, que gobernó como dictador entre 1649 y 1660, dictó el Acta de Navegación (1651), por el cual la marina inglesa tenía el monopolio del tráfico comercial hacia Inglaterra. Este fue el origen del poderío naval británico, eje a su vez del Imperio Británico que ejercerá un papel tan importante en todo el Planeta a lo largo de dos siglos.

La monarquía retorna en 1660 pero ya disminuida, y a partir de 1688 se consolida el régimen parlamentario sobre todo por obra de los “Whigs” y del Primer Ministro Sir Robert Walpole. Los reyes ingleses pasan a ser figuras simbólicas, ociosas, decorativas.

La unificación de Escocia, Gales e Inglaterra dio lugar al poderoso Reino de la Gran Bretaña.

En 1679 se consagra el Habeas Corpus y en 1689, mediante el Acta de Tolerancia, la libertad religiosa. Posteriores reformas amplían el derecho al voto y tienden a democratizar a la sociedad británica.

Inglaterra evoluciona dentro de una curiosa mezcla de chauvinismo monárquico, utilitarismo (Bentham), escepticismo (Locke, Hume), liberalismo e imperialismo. En todo caso, se ha de advertir la equilibrada sabiduría que existe dentro del sentido común y el humorismo in-

glés (Swift, Johnson, el Dickens de “Los papeles del Club Pickwick”, Bernard Shaw, Chesterton).

Entre 1939 y 1945 Winston Churchill comandó la valerosa resistencia y respuesta de la Gran Bretaña frente a la agresión de los nazis.

En el Siglo XX el Partido Laborista y las tesis económicas de Keynes llevaron a establecer una serie de servicios estatales que luego fueron desmontados en el gélido gobierno de la belicosa Margaret Thatcher. La Thatcher favoreció a las grandes empresas y relegó a los pobres. Suprimió diversos servicios sociales. En 1997 se inicia cierta recuperación del sentido social.

2 6

LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

La Independencia de los Estados Unidos de América (1776), apoyada por Francia y España, instauró por primera vez en el mundo un estado federal fundado en los principios de la igualdad, la libertad religiosa y de pensamiento y la división de poderes (legislativo, ejecutivo y judicial).

Con la expansión hacia el Oeste, los Estados Unidos se convierten en una potencia continental: compran la Luisiana a Francia (el peor negocio que hizo Napoleón), penetran en Texas y California, hacen la guerra a Méjico, se anexionan estos territorios originalmente españoles y mejicanos, y exterminan o recluyen en reservas a las tribus indígenas, incorporándose también sus tierras.

Entre 1860 y 1865 se produce la Guerra Civil norteamericana, durísimo enfrentamiento entre el Sur, feudal y esclavista, basado en la economía agraria y el trabajo forzado de los negros y el Norte industrial y abolicionista. La guerra estuvo precedida por una serie de incidentes entre abolicionistas y esclavistas, linchamiento de negros en el sur, el asesinato de John Brown, la acción de los cuáqueros para facilitar la huída de los esclavos y el influjo de la novela evangélica “La cabaña del Tío Tom” de Enriqueta Beecher Stowe, impresionante denuncia de las prácticas esclavistas. La elección de Abrahán Lincoln, y la admisión de nuevos estados, aceleraron la secesión del Sur y la guerra. El triunfo del Norte mantuvo la Unión, dio libertad a los esclavos y consolidó un gran mercado capitalista. Los Estados Unidos se encaminaron a ser una gran potencia, pero en el Sur se siguió discriminando a los negros y sus derechos civiles y los de otras minorías sólo son reconocidos difícilmente a partir de 1960, con la acción de Martín Luther King, César Chávez y otros activistas. Estados Unidos es un gran país de inmigrantes, llega-

dos de todos los continentes, pero en ellos subsisten minorías racistas y violentas.

Dos guerras mundiales y el fracaso del Marxismo contribuyeron a afirmar el poderío económico y militar de los Estados Unidos como la principal potencia mundial del siglo XX.

27

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Fue el levantamiento del pueblo francés (“el tercer estado”) contra los abusos y la soberbia de los reyes, contra los privilegios de los nobles ociosos. La revolución vino a terminar con una época libertina e hipócrita, de derroche y banalidad.

Las ideas motoras eran las de igualdad y libertad: todo los hombres nacen iguales y libres y hay que construir un mundo racional a tono con estos principios. Quizá fue esta misma racionalidad, sin un norte trascendente, la que llevó a la locura a los revolucionarios. Se creyeron infalibles, pensaron que se podía prescindir de Dios y asumieron una arbitrariedad tiránica. Robespierre hizo que se rinda culto a la diosa Razón: en nombre de la racionalidad inventaba otra idolatría. La Revolución tenía motivaciones justas pero usó métodos equivocados (el terror, la guerra) y cometió graves excesos. Miles de gentes murieron guillotinas. Se hizo una carnicería en la región de La Vendée y otra en Lyon. El clero y los religiosos fueron perseguidos y unos seiscientos sacerdotes católicos murieron por no abjurar de su fe. El famoso “Comité de Salud Pública” propagó el terror en Francia y allí se ve el absurdo de las revoluciones violentas: querer implantar la felicidad con las armas, por decreto, sembrando dolor y rencores. Los excesos de los reyes llevaron, por compensación, a los excesos de los revolucionarios. Esto no obstante, la Revolución Francesa, dejó dos grandes legados para Europa y el mundo: la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano y el régimen republicano. En tres palabras, los ideales de “Libertad, igualdad y fraternidad”.

El periodo revolucionario se cierra con Napoleón Bonaparte. En este punto creo, con Stefan Zweig, que hay que distinguir entre el Primer Cónsul, que devolvió a su país la paz y el orden y el Emperador de la guerra, que “empujaba al mundo constantemente a aventuras asesinas”. Bonaparte trata de hallar satisfacción para su megalomanía pero,

a la vez, difunde un nuevo concepto de las relaciones humanas, que se basa no en la herencia o el origen sino en la igualdad de oportunidades y la capacidad y esfuerzo de las personas. Un sargento podrá llegar a ser Mariscal de Francia, no porque es hijo de un noble, sino porque usa su inteligencia y sus capacidades. Junto con la bandera tricolor viaja el nuevo Código Civil francés, origen de muchos códigos posteriores, sobre todo latinoamericanos. La Revolución y la aventura napoleónica causan grandes trastornos sociales y sufrimiento y unos 10 millones de muertos (tres millones de franceses).

Napoleón derrotó por corto tiempo a los ejércitos conservadores pero su carrera terminó en Waterloo (1815) y en el Congreso de Viena las potencias reaccionarias -Inglaterra, Rusia, Prusia, Austria -y una Francia monárquica y conservadora, hábilmente representada por Talleyrand, trazan un nuevo mapa europeo: Austria pasa a dominar parte de Italia, se consagra la expansión prusiana, Francia vuelve a las fronteras de 1789, Rusia se anexa Finlandia, Besarabia y otros territorios, Inglaterra se lleva Malta, Guyana, la colonia de El Cabo (Sudáfrica), etc. En cuanto a medidas positivas, el Congreso de Viena establece normas sobre el uso de los ríos que cruzan por dos o más países (ríos internacionales), proclama la abolición de la esclavitud y establece un reglamento diplomático, que fija usos y categorías.

28

REFORMADORES SOCIALES

Resulta fascinante el papel histórico de determinados reformadores de las sociedades, personajes notables que dieron un viraje cultural enorme y rápido a sus pueblos, no por fuerza de la turbamulta sino por su voluntad y mente ordenadora.

En primer lugar tenemos al faraón Akenatón, que trató de sacar al antiguo Egipto de la superstición y el politeísmo y proclamó el monoteísmo. Su gobierno se enrumboó contra la explotación que ejercían los sacerdotes de los diversos dioses y la ruina de su régimen quizá provino precisamente de la reacción de esta clase poderosa. Akenatón fue seguido por Moisés, que dio sus leyes monoteístas y de higiene al pueblo judío.

Zaratustra, por su parte, hizo la reforma purificadora de la religión persa.

Posteriormente en el siglo III a.C. en la India, hallamos al emperador Asoka. Convertido al Budismo, Asoka unificó a gran parte de su país y trató de que prevaleciera la ética budista; fundó escuelas, monasterios y hospitales.

Más tarde (siglo VI DC) hallamos el caso de Mohamed (Mahoma), que transformó a las tribus árabes, politeístas y dispersas, en una sola nación monoteísta, abstemia y devota.

A fines de la Edad Media, Pedro Valdo y Francisco de Asís propugnan el retorno a la vida cristiana original y predicán, cada uno a su modo, la sencillez y la fraternidad y el desprendimiento.

En el siglo XVI, siguiendo los pasos del checo Juan Huss, y del inglés John Wicliff, Martín Lutero, reformó y simplificó la religión de la mitad del Norte de Europa. Lutero modificó las prácticas y creencias re-

ligiosas de muchos europeos pero, en cambio, pidió que se repriman con la fuerza las sublevaciones de campesinos, que reclamaban la abolición de la servidumbre, la supresión de los diezmos, el cese de los castigos arbitrarios, la devolución de tierras, el derecho de cazar y recoger leña, etc, etc.

Luego, Juan Calvino en Ginebra, John Knox en Escocia y Oliverio Cromwell en Inglaterra, con implacable lógica, implantaron el Presbiterianismo, el régimen parlamentario y la exigente moral puritana. Las reformas de Calvino y Knox perduraron. La de Cronwell, no: los ingleses volvieron a la monarquía, al sentido común y a un régimen eclesiástico tibio (“la Iglesia Establecida”). Muchos puritanos se mudaron entonces a Norteamérica.

Un gran reformador fue, desde luego, Napoleón Bonaparte. Su Código Civil dio lugar a la concreción jurídica de los principios de la Revolución, aunque también al régimen burgués, liberal y mercantil. Construyó caminos, puentes, sistemas de regadío, todas obras notables, pero al reordenar París, incentivó el centralismo macrocefálico de esta ciudad frente al resto de Francia. Su megalomanía y belicismo lo perdieron.

Otro reformador fue el zar Pedro I de Rusia, que trató de modernizar a su país conforme a pautas europeas. Se importaron costumbres, tecnología, ideas, valores, pero el sistema feudal continuó y con sus sucesores, sobre todo con la emperatriz Catalina, empeoró.

Más profunda y efectiva fue la reforma hecha por Kemal Ataturk en Turquía. A partir de 1.922 Turquía se convirtió en un país liberal y laico, relativamente moderno. Ataturk incluso cambió el alfabeto y el calendario. Fue un dictador estricto y constructivo. Otro tanto quiso hacer el Shah de Irán Mohamed Reza Pahlevi entre 1941 y 1979, El Sha propició un gran desarrollo industrial e importantes obras públicas pero no se preocupó de los pobres, se enriqueció, vivió entre el boato y el derroche y fracasó; Su país cayó al foso del fundamentalismo chiíta. El Ayatolah Khomeini pudo así cumplir su papel reformador “al revés”, volviendo a su país a la Edad Media. Cosa de algún modo parecida a la que hizo en España el tonto de Fernando VII quien, luego de ser reinstalado como rey tras la retirada del ejército francés (1813), reinstauró

la Inquisición y derogó todas las reformas civilizadoras y americanistas que había aprobado el Congreso de Cádiz, con lo cual aseguró la separación de los países americanos de su Madre Patria.

Henry David Thoreau enseñó “la desobediencia civil”. Mohandas Karamchad Ghandi, el Mahatma, utilizó esta idea y la ética del jainismo (ahimsa) para enseñar y practicar la no violencia activa, un nuevo método de lucha social por la justicia que ha conseguido ya modificar a varias sociedades sin utilizar las armas. Ghandi decía que la No Violencia es el único método de lucha acorde con la dignidad humana,

Al hablar de reformadores no puede olvidarse el nombre de Mijail Gorvachov. Hombre honesto y bien intencionado, Gorvachov dismanteló la estructura de mentiras oficiales y represión, que caracterizaba a la Unión Soviética de Stalín, Krushev y Brezhnev, y desarmó la dictadura del partido comunista. En estos esfuerzos Gorvachov perdió el poder, pero verdaderamente fue un libertador de Rusia y de Europa Oriental y contribuyó en alto grado a terminar con la “Guerra Fría”.

29

LA EMANCIPACIÓN DE LOS
PAÍSES IBEROAMERICANOS

La lejanía geográfica distanciaba notablemente a España de sus Colonias. Más todavía, las disputas por cargos entre “criollos” y “chapetones”, la influencia de los Enciclopedistas y las logias masónicas, la independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa condujeron a la emancipación de los países hispanoamericanos (entre 1810 y 1830, salvo Cuba y Puerto Rico). Las élites intelectuales criollas consideraron que había llegado el momento de que los pueblos hispanoamericanos asumieron su propio destino, su completa autonomía, “como un joven que ha llegado a su mayoría de edad”.

En el Brasil la separación de la metrópoli se produjo pacíficamente, gracias a la presencia en su territorio de los monarcas portugueses. Por lo demás, siguiendo el proceso empezado por Portugal, Brasil continuó su expansión hacia el interior de América del Sur.

Las colonias españolas, en cambio, aprovecharon la invasión de Napoleón a España para formar juntas independentistas y darse régimen propio. La rebelión contó con el apoyo británico, pues era Inglaterra la que se iba a beneficiar con la apertura de ese gran mercado que eran los países hispanoamericanos. En las Cortes de Cádiz, a las que asistieron notables diputados americanos, se elaboró una constitución que equiparaba a “los españoles de América” con los peninsulares, pero esta valiosa Constitución de tendencias liberal fue anulada por el Rey Fernando VII que, al recuperar el trono, sumió a España en un régimen de tinieblas.

La independencia de los criollos de habla española fue cruenta. Don Miguel de Unamuno la llamó “guerra civil”. Y tenía razón: en realidad fue un combate entre dos clases de “blancos” (incluidos los mestizos), los peninsulares (“godos” o “chapetones”) y los criollos, mien-

tras los indígenas hacían de espectadores o servían a los dos bandos. La guerra fue tal que estos países quedaron muy empobrecidos y se dilapidaron muchos recursos en el mantenimiento de los nuevos ejércitos “nacionales”.

3 0

LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL,
LOS INVENTOS Y LOS
CAMBIOS SOCIALES

La producción medieval era agrícola y artesanal y tendía más bien al autoabastecimiento. Las Cruzadas activaron el comercio con Oriente, pero el avance musulmán lo detuvo. Los descubrimientos geográficos dieron lugar al comercio con las Indias (América) y con Asia. Con la activación de ese comercio extracontinental y con el aumento de la demanda, los talleres medievales se transformaron en batanes y fábricas, con mayor número de obreros y dependientes. También asomaron los prestamistas y cambistas, principio de la banca. Pero todas estas innovaciones sumadas no equivalen a la transformación que produjo el industrialismo.

La Revolución Industrial empezó en Inglaterra porque allí se dio una gran concentración de capital derivado de distintas fuentes: comercio extracontinental, piratería, trata de esclavos, explotación de colonias, apogeo de la ganadería lanar, entre otras.

La primera maquinaria industrial se usó para la fabricación de textiles. En 1780 James Watt inventa la máquina de vapor, en base a la cual se establecen diversas industrias y se construyen los barcos a vapor. En 1823 George Stephenson, a su vez, inventó el ferrocarril. Con estas máquinas empezó también una nueva minería, de mayor escala y más eficiente. En 1825 se realiza el primer viaje de un tren con pasajeros.

Hasta el siglo XVIII los inventos habían sido escasos y muy espaciados en el tiempo. Prácticamente sólo se habían registrado tres casos de inventores prolíficos: Leonardo Da Vinci, Antoni van Leeuwenhock (la lámpara y el microscopio; entre otros; además descubrió las bacterias-1678) y Benjamín Franklin (el pararrayos, la estufa, los anteojos

bifocales, el escritorio escolar y otros). Después, los inventos fueron aumentando en forma creciente y los lapsos entre unos y otros fueron acortándose. Es el fenómeno de aceleración histórica que R. Adolfs llamó “rapidación”. En 1832 Samuel Morse inventó el telégrafo y en 1875 Guillermo Marconi, la telegrafía sin hilos. En 1835 Louis Jacques Daquerre inventó el procedimiento de la fotografía. Henry Ford construyó su primer automóvil en 1896 e ideó la producción en serie, que se generalizó a principios del siglo XX. En 1851 la Exposición Universal de Londres maravilló a los visitantes por la variedad de inventos que exhibía. El genio de Thomas Alva Edison (1847-1931) creó más de mil inventos diversos entre los que destacan la radio, la bombilla incandescente (1878), el fonógrafo, el cinematógrafo, etc. Edison además perfeccionó el teléfono inventado simultáneamente por Alejandro Graham Bell y por un científico ruso (1876). Hacia 1900 se perfecciona el motor eléctrico. En 1903 los hermanos Wright hicieron volar con éxito el primer avión. Los primeros trenes subterráneos funcionaron en París y en Nueva York a principios del siglo XX. La fotografía a color se dio en 1907. Rápidamente proliferan otros inventos: el plástico sintético (1908), el aire acondicionado (1911), el refrigerador de alimentos (1917), el teléfono de disco (1919). El siglo XX ha sido pródigo en millares de inventos que transformarán radicalmente la vida humana.

A la primera generación de invenciones, correspondiente a fines del siglo XVIII y al siglo XIX, siguió la de principios del siglo XX y luego la que se da entre 1940 y 1950, como parte del esfuerzo para ganar la II Guerra Mundial. Los electrodomésticos revolucionaron la vida de la mujer y de la familia, la refrigeradora, la lavadora y otros aparatos por primera vez en la historia redujeron radicalmente la carga de las tareas domésticas y llevaron a una modificación de los roles familiares. El aire acondicionado facilitó la vida en el trópico. La televisión alteró la vida familiar). Y también asoman los cohetes y las calculadoras. Llegan después la fibra óptica y el inmenso mundo de la electrónica con sus calculadoras, sus computadoras, sus satélites y sus equipos de láser, fax y robots.

En 1798 Eduard Jenner había inventado las vacunas y específicamente, la vacuna contra la viruela.. En 1975 se consigue erradicar la viruela mediante la inmunización de la población mundial. Louis Pas-

teurs, por su parte, demostró la fermentación de las bacterias y dio origen a la teoría bacteriana de las enfermedades infecciosas. En 1860 Pasteur desarrolló el procedimiento para la conservación de los lácteos (pasteurización). En 1897 Félix Hoffman logró sintetizar la aspirina (ácido acetilsalicílico), sustancia que Edward Stone había descubierto en la corteza del sauce y que explicó por qué en el pasado esta se había usado para calmar dolores. El Dr. Jonas Salk logró producir la vacuna contra la poliomielitis. En 1928 Alexander Fleming descubre la penicilina y así empieza la larga lista de los antibióticos, armas de doble filo que, en todo caso, permitirán vencer muchas infecciones no vírales. Con el descubrimiento de Fleming se salvaron millones de vidas

Algunos inventos, como el tren, el teléfono, y los antibióticos, han resultado altamente benéficos. Otros, como la televisión y el mundo computarizado, plantean graves problemas y riesgos así como grandes posibilidades. Los inventos militares, por supuesto, han sido nefastos. El sistema de producción en serie (cadenas de montaje) deshumanizó el trabajo, pero los robots están reemplazando al obrero en las más tediosas tareas. El automóvil ha arruinado las ciudades, el medio ambiente y la salud de mucha gente. El “nintendo” y otros juegos electrónicos han resultado peligrosos y alienantes. La tecnología nos ha dado recursos y maquinas para vivir mejor, pero no nos ha dado un nuevo corazón.

El industrialismo generó una nueva clase de trabajadores asalariados (industriales) grandes concentraciones demográficas (megalópolis), nuevas armas (y la posibilidad de guerras nucleares o de exterminio) y contaminación ambiental. La tecnología ha ofrecido muchas comodidades domésticas y facilidades para los viajes, pero los usos imprudentes de las invenciones han causado nuevas enfermedades y el famoso “estrés”.

Los problemas de los obreros urbanos generaron movimientos revolucionarios y reformistas, que han tratado de mejorar la suerte de los trabajadores y han querido dar una nueva orientación a la sociedad. A raíz de la guerra franco-prusiana, en París se estableció la Comuna (1871), el primer Gobierno de obreros. Su objetivo era “poder satisfacer todas las necesidades urgentes: la subsistencia, el vestido, el aloj-

miento y para los niños, la instrucción segura”. El ejército francés, que había fracasado frente a los prusianos, tuvo gran éxito reprimiendo a su propio pueblo. Ejecutó a cuarenta mil personas y terminó con la Comuna. En 1917 se produce la Revolución Socialista Rusa, copada luego por los bolcheviques. Socialismo Utópico, Marxismo, Anarquismo, Fascismo, Doctrina Social de la Iglesia, (con León XIII, Juan XXIII, y el Concilio Vaticano II), Democracia-Cristiana, Socialdemocracia, Ecologismo son formulaciones o intentos de respuesta a los problemas sociales y ambientales. El ser humano se enfrenta a problemas inmensos, numerosos y globales. El mundo se va unificando, entre dolores y guerras, empujado por la técnica y las necesidades y también, a la vez, por el afán de hacer dinero y tener más y, por otro lado, por una creciente conciencia de la realidad.

31

EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO

Como señaló Max Weber, Juan Calvino y sus seguidores prebiterianos y puritanos trajeron un modo de pensar, unos valores distintos a los medievales. Para Calvino, el ideal es un hombre y una mujer austeros y trabajadores, que no desperdician el tiempo y practican el ahorro. Según este modo de pensar, la riqueza es un premio de Dios, una bendición al buen comportamiento y una promesa para el buen cristiano. Esto queda a mucha distancia del ideal de la “hermana pobreza” presente en los franciscanos y los valdenses y en el ideal de santidad de la Edad Media. El nuevo modo de pensar “protestante” dará gran auge a la vida económica en la Europa septentrional y en los Estados Unidos.

Por otra parte, había quedado atrás la condena de la Iglesia al cobro de intereses por préstamo. Los Concilios de Cartago (año 345) y de Aix (1.311) habían condenado la usura, pero con el Renacimiento en la Corte papal se revisó el asunto y, por supuesto, la prohibición de la usura ya no rigió en los países protestantes.

Se suma a esa mentalidad el afán de placeres y de refinamientos propio del Renacimiento. En los siglos XV y XVI la gente ya no quiere vivir en forma incómoda y pobre. Lo que quiere es disfrutar del arte, la música, los adelantos e incluso de una comida variada y bien sazónada.

A partir de la Revolución Industrial y la proliferación de los inventos, las sociedades de los siglos XIX y XX estarán en gran parte dominadas por los empresarios. El obrero industrial o proletario urbano surge entonces como una nueva clase social.

Benjamín Franklin reseña las nociones capitalistas básicas: el tiempo es dinero, el crédito es dinero, el dinero puede producir más dinero, gastos o ahorros pequeños se convierten en grandes sumas, etc.

El capitalismo ha considerado al trabajo, que en realidad es vida humana, como mercancía. Al hacerlo, cosifica al hombre. Como decía Kant, nada humano puede ser considerado como mercancía. El trabajo es un derecho y un deber al que corresponde una paga razonable. No es una cosa con la cual se puede especular.

Pero quizá el error más nocivo del Capitalismo es el de basar la vida económica en la usura o cobro de intereses: el capitalismo supone que el dinero es fértil y debe producir intereses, lo que es mentira, porque el dinero de por sí, sin trabajo, no produce nada. El cobro de intereses pone una inmensa carga sobre el ciudadano común y es una carga que se multiplica en forma geométrica. Si el crédito es caro (intereses altos), las empresas pequeñas no pueden hacer negocio ni competir con las grandes y se liquidan. Así se arruina la clase media, motor anímico e intelectual de las sociedades y se tiende a la concentración de la riqueza. La usura favorece a unos pocos y conduce a las naciones al desastre.

En 1929 las especulaciones bursátiles llevaron a los Estados Unidos a una gran depresión que se generalizó en el mundo capitalista. El desempleo fue tremendo y sólo se salió de ese hoyo con la intervención del Estado (el “New Deal” de Roosevelt en Estados Unidos). Ello demostró la teoría de John Maynard Keynes según la cual al desempleo se le hace frente con grandes obras públicas. Keynes propugnó el intervencionismo del Gobierno para regular la economía, sostuvo que la economía mundial es una sola y destacó la importancia de la instrucción y el uso de la imaginación para resolver las cuestiones económicas y sociales.

Hacia los finales del Siglo XX el Capitalismo ha conocido un gran apogeo, una vez que los regímenes marxistas se colapsaron. Las técnicas de producción se perfeccionaron y la comercialización de productos se convirtió en una técnica eficaz y amoral. Más y más gentes y naciones han quedado esclavizadas a los bancos y a las tarjetas de crédito. Las distancias entre pobres y ricos han crecido y los países débiles han visto crecer geoméricamente sus deudas. Deberíamos enseñar un nuevo man-

damiento, que es parte del mismo mandamiento eterno del amor: “No comerás de tu abundancia delante del hambre de tu hermano”.

Dios nos creó para que amemos a la gente y utilicemos las cosas, pero nosotros amamos las cosas y utilizamos a la gente.

3 2

ÁFRICA Y LOS AFRICANOS

En los siglos XVI a XIX África fue una fuente de mano de obra forzada - esclavos- tanto para los blancos europeos y norteamericanos como para los árabes. Quizá más de veinte millones de personas fueron desarraigadas de sus tierras por la fuerza.

Se creía que la gente de raza negra era inferior o incapaz. No se sabía de las viejas culturas negras ni se advertían las capacidades especiales de los africanos.

Felizmente en el siglo XIX se da el proceso de condena y erradicación general de la esclavitud, de la cual sólo quedan algunos rezagos en el siglo XX. Hay que destacar la lucha contra la esclavitud llevada a cabo por los Cuáqueros, los abolicionistas norteamericanos (John Brown, Abraham Lincoln y otros), y, sobretodo, por el ilustre inglés William Wilberforce. En 1831, en Virginia, un asiduo lector de la Biblia, Nat Turner, encabezó la primera rebelión de esclavos negros. La rebelión terminó en una cacería humana y Turner fue ahorcado. La constitución de los Estados Unidos afirmaba que todos los hombres son iguales y libres, pero la realidad social era otra. El tema de la esclavitud llevó a la guerra civil norteamericana. En Haití en 1803 hubo un levantamiento y los africanos comandados por Francois Dominique Toussaint Louverture derrotaron a las tropas de Francia.

En el Congreso de Berlín (1884) los gobiernos europeos se repartieron el territorio africano sin tener en cuenta a los seres humanos que allí vivían. El Rey de los Belgas dispuso del Congo como una propiedad privada. Los europeos se distribuyeron el África trazando arbitrarias fronteras, que dividieron a las etnias y les obligaron a juntarse con tribus de lenguas y costumbres diversas. Este es el origen de las guerras civiles y grandes matanzas del siglo XX (las tragedias del Congo, Biafra,

Sudán, Somalia y Eritrea y de los Hutus, Ketus, Tutsis, Zulués, Bantués y otros).

En el siglo XX, al independizarse las colonias africanas, los nuevos estados no solamente que no contaban con el sistema educativo necesario para funcionar bien, sino que además había heredado del colonialismo una serie de complejos y un sistema de límites fronterizos artificioso y falaz.

En cambio, es admirable la obra de los misioneros cristianos en el África. Los misioneros de las distintas iglesias llevaron la medicina, la educación, la sanidad, la higiene y el Evangelio. Lamentablemente su obra ha sido destrozada en varios países por las guerrillas, los gobierno corruptos y los mercenarios. También el Islam penetró en África desde el Norte y esta nueva presencia permitió que en varios países surgieron conflictos con apariencia religiosas (el caso de Sudán), pero en realidad de mera ambición y codicia..

Capitulo notable ha sido la lucha exitosa del Congreso Nacional africano, encabezado por Nelson Mandela, para acabar con el régimen de discriminación racial (“Apartheid”) en Sudáfrica.

3 3

EVO LUCIÓN POLÍTICA DE AMÉRICA LATINA

En el campo político, la historia de los países latinoamericanos ha presentado una constante inestabilidad que ha fluctuado entre las dictaduras militares o civiles, el caciquismo y la democracia formal, pues a pesar de que se han escrito una cantidad de constituciones, no se ha encontrado un sistema de gobierno adecuado para la idiosincrasia de estos pueblos. Todo ello adobado con la influencia y el intervencionismo primero de Inglaterra y luego de los Estados Unidos.

Los intentos monárquicos han sido pocos: los de San Martín y Belgrano nunca se concretaron, en México los imperios de Iturbide y Maximiliano fueron efímeros. Brasil resultó una excepción: pudo independizarse pacíficamente y mantuvo su unidad gracias precisamente a la monarquía, pero esta sucumbió con la difusión del liberalismo y los problemas económicos. El sistema monárquico, absurdo en su esencia (pues es prejuiciado), resulta completamente extraño a la realidad latinoamericana.

En América Latina han predominado el caciquismo y el caudillismo. La demagogia ha hecho grave daño a estos pueblos. El caciquismo vino a reemplazar a la estructura del imperio español. Con la Guerra de la Independencia se produjo una crisis de autoridad y una militarización de la sociedad. Terminada esta guerra, los caudillos latinoamericanos cometieron el error de no reducir los ejércitos, como hizo Jorge Washington en los E.U. luego de la independencia norteamericana. Así pues las tropas de la América Latina quedaron como una pesada carga que impedía el desarrollo y deformaba la vida política. Los caudillos ejercieron un papel paternalista y de protección a cambio de prebendas, poder y privilegios.

La América Latina ha conocido todo tipo de gobernantes: caudillos singulares y nefastos tiranos, cínicos ladrones y vergonzantes payasos. Demasiados mediocres y muy pocos estadistas. Vale citar algunos nombres notables: Sarmiento, Mitre, Portales, Piérola, Rocafuerte, García Moreno, Arévalo, Lleras Restrepo... En el siglo XIX y primera mitad del siglo XX predominaron las dictaduras y cuartelazos. A fines del siglo XX prevaleció la democracia formal pero el nivel de la dirigencia política, salvo honrosas excepciones, descendió considerablemente y abundó la corrupción.

Los ejércitos latinoamericanos han participado en la política interna, mediante golpes de Estado y presiones, han mantenido rivalidades entre sí y han combatido por diferendos territoriales pasados de una generación a otra. Aquí ha habido muchas menos guerras que en Europa pero los mitos territoriales y la ambición también han dejado una estela de absurdos y sufrimientos. América española era una sola gran patria pero, con la independencia, los políticos locales y los generales la parcelaron e inventaron nacionalismos, en realidad localismos. América Latina es una sola nación.

Los flamantes estados latinoamericanos, a menudo movidos por fuerzas extrañas pronto se disputaron territorios y riquezas. La guerra de la Triple Alianza contra Paraguay (1805-1870, ¡Un millón doscientos mil muertos!), la Guerra del Pacífico (1879-1883) y la Guerra del Chaco fueron quizá las más dolorosas. La guerra de la Triple Alianza diezmo la población del Paraguay y dejó en el atraso a este país que hacia 1865 había desarrollado la educación y poseía ferrocarriles y fundiciones. La guerra fue financiada por la Gran Bretaña, para abrirse nuevos mercados. Luego de ella, Brasil tenía una deuda de 56 millones de libras y Argentina debía 9 millones de libras de esterlinas. A su vez, la Guerra del Pacífico dejó hondas heridas en bolivianos, peruanos y chilenos, Bolivia perdió su salida al mar y Perú, Arica y Tarapacá. La estúpida guerra del Chaco (1932-1935), movida por empresas petroleras, enfrentó a Paraguay y Bolivia, los empobreció sobremanera y llevó a la muerte de 135.000 bolivianos y paraguayos que combatieron inútilmente por un inhóspito territorio. Dice el Tao Te Ching: "Cuando se ha asesinado a muchas personas debería reinar la tristeza. Una victoria militar debería celebrarse como si fuera un entierro".

La Iglesia Católica ha desempeñado un papel muy importante en la América Latina. En el siglo pasado XIX y primera parte del siglo XX el clero católico fue una fuerza conservadora y terrateniente, educadora y moralizadora. En la segunda mitad del siglo XIX las corrientes progresistas, derivadas del Concilio Vaticano II, produjeron un clero apasionado por los pobres (Reuniones de Medellín y de Puebla), que algunos exageraron hasta llegar al secularismo neomarxista. La Teología de la Liberación se enfrentó a los sectores conservadores de la clerecía y de los gobiernos. Por otro lado, se registró un crecimiento constante de las misiones protestantes, sobre todo fundamentalistas, principalmente promovidas por entidades norteamericanas. Las crisis, dudas y deserciones de algunos sacerdotes católicos facilitaron la labor de los nuevos predicadores. La presencia de iglesias protestantes históricas (luteranos, presbiterianos, metodistas, bautistas, anglicanos) quizá ha favorecido el pluralismo y respeto de la libertad religiosa en América Latina. En los últimos tiempos se ha producido un gran crecimiento de iglesias “populistas”, digámoslo así, emotivas y simples, sin elaboración cultural, como las pentecostales... También han aparecido sectas de dudosa catadura.

Algunos escritores e intelectuales notables, como Eugenio Espejo, Vicente Rocafuerte, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Montalvo, José Martí, Manuel González Prada, Federico González Suárez, José Rodó, Germán Arciniegas, Arturo Uslar Pietri, han enseñado la libertad y la responsabilidad del espíritu. Su papel ha sido trascendente y necesario. Han sido la conciencia del continente.

Tradicional en América Latina ha sido el enfrentamiento entre las fuerzas liberales y conservadoras, todas ellas matizadas por la influencia del caudillaje y los parentescos. En la primera mitad del siglo XX el Socialismo tuvo gran influencia en ciertos sectores intelectuales y obreros. A ello se debe la existencia de algunos códigos laborales y servicios de seguridad social. Pero el Socialismo siempre fue desunido y fragmentario y nunca logró consolidarse en ninguna parte de la región. La Social-Democracia y la Democracia “Cristiana” llegaron al gobierno en algunos países, pero generalmente tuvieron poco éxito en la administración pública (salvo Aylwin en Chile). A partir de la Revolución Cubana el Marxismo degradó a las universidades públicas y difundió la insurrección terrorista y guerrillera en América Latina, originando una

escalada de violencia sobre todo en países donde la estructura económica era muy injusta. Esa forma inmoral de lucha desangró a Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Colombia, Perú, Argentina, Chile y Uruguay. Los ejércitos respondieron duramente y en general con éxito pero, en algunos casos, sin ninguna contemplación por los derechos humanos fundamentales (“la guerra sucia”). En algunos países la guerrilla se vinculó al narcotráfico (Colombia, Perú) y en otros la derecha utilizó los terribles “escuadrones de la muerte” (Brasil, Centroamérica, Colombia).

Si se mira bien, ha habido más violencia en los países donde la legislación social ha permanecido estancada, donde las distancias entre las clases sociales han sido mayores y la propiedad de la tierra ha estado en pocas manos. En ciertos estados el problema de la situación de los indígenas todavía espera soluciones.

Por otra parte, los Estados Unidos, con su superioridad económica, técnica y militar, han intervenido repetidamente en América Latina, y sobre todo en Centroamérica y el Caribe, generalmente para velar por sus intereses, salvo los casos de República Dominicana, donde se quiso evitar una guerra civil, Grenada, donde derrocaron a una dictadura marxista y Panamá, en que el suprimieron el gobierno de un narcotraficante. En 1855 el filibustero William Walker ocupó parte de Centroamérica. En 1920 tropas norteamericanas desembarcaron en Guatemala (volverán en 1945 para derrocar a un gobierno reformista). Entre los años 1960 y 1980 en América Latina los militares entrenados por el ejército norteamericano, aplicaron una doctrina llamada “de la Seguridad Nacional”, que fue condenada por la Iglesia. Después Washington varió de rumbo y consiguió la vigencia del neoliberalismo y las democracias formales en todo el continente (salvo Cuba, a la que sometió a embargo por su dictadura marxista).

Evidentemente algunos países han progresado en forma notable pero el narcotráfico, la corrupción y la violencia han aumentado en ciertas partes del Continente y las distancias entre los pobres y ricos parecen haber aumentado. Falta un ideal más humanista y un modelo social eficaz, justo y trascendente.

3 4

LA I GUERRA MUNDIAL

El colérico y tempestuoso Canciller de Prusia y, luego, del Imperio Alemán Otto von Bismark, decía: “¡Yo prefiero batallones”, “los grandes problemas de nuestra época no serán solucionados con discurso y votaciones sino a hierro y sangre”. Consecuentemente, Bismark provocó tres guerras (con Dinamarca, con Austria y con Francia) y colaboró con el Gobierno ruso para reprimir la rebelión de los patriotas polacos, que querían la independencia de su patria (1863). La brutal política de Bismark hizo que un diputado alemán reclamara: “¡Por lo menos respetemos las leyes de la moral y la humanidad!” Para Bismark y su gente -pues tuvo muchos seguidores- todo se solucionaba con “los espléndidos batallones del ejército más hermoso del mundo”. Este militarismo llevó a la deformación del Estado alemán y de la educación alemana. Bismark estableció el servicio militar de dos años y el culto del Reich. Ya Nietzsche había advertido: “El Estado es el nuevo ídolo”.

La política de Bismark fue la antesala de la I Guerra Mundial. Los prejuicios y orgullos locales, los falsos valores patrioterros, las disputas por territorios y colonias, el armamentismo y el militarismo, los recelos y alianzas, produjeron la tragedia. La mayoría de los europeos no actuaron como cristianos sino como codiciosas y nacionalistas, es decir, como idólatras. Alemania y el Imperio Austro Húngaro se enfrentaron a Gran Bretaña, Francia, Rusia, Italia, los Estados Unidos y otros países.

La guerra, que duró cuatro años (1914-1918), movilizó a 70 millones de soldados de 33 países. Perdieron la vida 10 millones de personas y 20 millones quedaron heridos o mutilados.

Resulta inenarrable el sufrimiento humano causado por la agotadora lucha de trincheras y el uso de gases mortíferos. “Sin novedad en el frente...” repetían diariamente los despachos del Estado Mayor Alemán, mientras miles de soldados perdían sus vidas o quedaban inváli-

dos. La frase sirvió de título a la famosa novela en la que Erich María Remarque denunció la crueldad y el horror de las guerras.

Se cree que los gastos militares llegaron a unos 200.000 millones de dólares. Fue un inmenso desperdicio de recursos y energía.

Con la Guerra desapareció el Imperio Austro-Húngaro y se constituyeron algunos estados nuevos: Checoslovaquia, Hungría, Austria, Yugoslavia. Desaparecieron también las monarquías alemana y rusa; el zar fue asesinado y se produjo la Revolución socialista (1917).

El gran triunfador económico y comercial fueron los Estados Unidos de América. Su ingreso nacional entre 1914 y 1920 se duplicó y Wall Street se convirtió en “el banquero del mundo”. Inglaterra, en cambio, salvó sus industrias pero su economía quedó hondamente perturbada, su comercio exterior se paralizó, su flota fue destruida y su deuda externa creció desmesuradamente. Mientras tanto el Japón quintuplicó su producción industrial y sus exportaciones.

La I Guerra Mundial terminó con la firma del Tratado de Paz de Versalles. Este era un instrumento sin equidad. Incluía el débil pacto de creación de la Sociedad de las Naciones pero también el pago de reparaciones de guerra por parte de Alemania y la ocupación de territorios alemanes. John Maynard Keynes advirtió, sin éxito, que las condiciones impuestas a Alemania serían funestas. El tratado de Versalles humilló a los alemanes y puso las semillas para la II Guerra Mundial. La injusticia lleva a la violencia.

El Presidente norteamericano Woodrow Wilson, el inspirador de la Sociedad de las Naciones, quería que en todas partes rigieran el respeto al derecho ajeno, la democracia, los medios de solución pacífica de controversias. Su obra se estrellará contra el nacionalismo, el racismo, la megalomanía y el fascismo e, incluso, contra el aislacionismo de su propio pueblo: los comerciantes y campesinos norteamericanos no se daban cuenta de que su prosperidad estaba ligada a la del resto del mundo. La Sociedad de las Naciones nació con defectos y falencias y Estados Unidos, la mayor potencia, no se integró a la Organización. Así pues la Liga nació débil y Mussolini se burló de ella: invadió Etiopía, Somalia, Eritrea, Libia.

Hubo quienes pensaron que nunca podría ocurrir un desastre bélico mayor que la Gran Guerra y que la Sociedad de las Naciones se encargaría de impedir que algo tan terrible se repitiera, pero ¿cómo iba a ser así si la educación y las instituciones no se modificaban y antes, por el contrario, hacían su aparición tres nuevas idolatrías: los totalitarismos marxista, nazi y fascista?. Los mitos nocivos, los rencores y las idolatrías llevaron a la Humanidad a una catástrofe todavía mayor: la II Guerra Mundial. Pronto Alemania y Japón exigieron mayor “espacio vital” para su regimentada población. La concepción fascista y racista se enfrentará a las democracias capitalistas y a la potencia marxista, la Unión Soviética de Stalin.

La Guerra Civil Española, en la que se enfrentaron los monárquicos y los conservadores contra los socialistas, comunistas y anarquistas, será el “ensayo” previo a la Segunda conflagración mundial. El resultado de la Guerra Española será un millón de muertos y la instauración de cuarenta años de dictadura del Generalísimo Francisco Franco, que ejercerá una implacable represión. Pero como Augusto Pinochet en Chile, Franco sentará las bases del desarrollo económico español.

3 5

EL NACIONALISMO

¿Cuántos millones de vidas humanas han sido sacrificadas por la vanagloria de un Estado, por el prestigio de un gobierno o por los mitos de una nación? El Nacionalismo es un error y una idolatría. Es un pecado contra la plenitud del ser humano (pues lo limita), contra la paz de las familias y contra la unidad de la humanidad. Falto de objetividad y anticientífico por naturaleza, el Nacionalismo va acompañado de prejuicios de raza, idioma y religión.

Claro, muchas veces el Nacionalismo ha brotado junto al legítimo patriotismo, como reacción frente a los abusos de gobiernos y fuerzas imperialistas, pero ¿Qué es el imperialismo sino un nacionalismo explotador, un movimiento que quiere lucrar y tener poder a costa de otros?

Irlanda por ejemplo, poblada por celtas y cristianizada en el siglo V, vio llegar a los ingleses en el año 1.117. Estos confiscaron las tierras y para 1.703 sólo el 5% de ellas se reconocían como propiedad de los irlandeses. En 1916 estos se rebelaron. En 1921 se independizó una buena parte del país pero todavía quedó Ulster, al norte, en manos inglesas. El Ulster vivió en guerra civil desde 1969 y uno se pregunta: en primer lugar, ¿qué hacían ahí los ingleses? Se creían los civilizadores del mundo, con derecho a conquistar lo que pudieran, pero ¿quién les había dado ese derecho? ¿Cómo sabían que su civilización era superior a las otras?. ¿Acaso no habían obtenido gran parte de su poder con la piratería, la esclavitud y la explotación de los pueblos sojuzgados?

El pueblo griego, por su parte, tuvo que sufrir durante cinco siglos la esclavitud instalada por los monarcas turcos. Su guerra de independencia (1821-1830) fue muy dura.

Los vietnamitas vivieron subyugados por los franceses y estos sólo se marcharon cuando fueron derrotados militarmente. Pero como dijo De Gaulle, ¿qué hacían los franceses en un país situado al otro lado del globo?

Todo pueblo tiene derecho a existir, a disponer de su propia lengua y cultura, a conservar sus tradiciones positivas y a expresarse políticamente. Todo pueblo tiene virtudes y defectos, tiene sus vicios y sus realizaciones.

Al mismo tiempo toda nación tiene que respetar a las otras y a las minorías y tiene que crecer en conciencia, lo cual supone decantar sus valores y tradiciones, a la luz del conocimiento y el sentido común; a la luz de la cordura, pues lo humano y razonable vale más que los dogmas y las razas. La vida es más importante que la política, la costumbre y los Tabúes.

Una de las cosas que más ha impedido los acuerdo de paz para el Medio Oriente es el nacionalismo exacerbado tanto de los judíos ortodoxos como de grupos islámicos radicales.

No se debe confundir patriotismo con Nacionalismo. Como ya he expresado en otros ensayos, el patriotismo es “la adhesión afectiva y consecuente a la patria”, un sentir de identidad que va ligado a un paisaje familiar y que es, a la vez, gratitud, solidaridad y afán de mejora. El nacionalismo, en cambio, es una pasión sin objetividad, que sobrevalora lo propio y desprecia o rechaza lo ajeno. Es inmadurez.

La sabiduría no está en el nacionalismo sino en el realismo: “Conozcan todas las naciones que no son sino hombres”, dice cuerdamente el libro de los Salmos (9:20).

Ser parte de una nación no es más que un valor relativo frente al hecho esencial de ser humanos. La nacionalidad es una parte de la identidad personal, pero no hace a la esencia del ser humano. La persona humana en si tiene una significación trascendente y definitiva de la que carece la nación, que no es más que una entelequia. Si algo hay valioso en el ser humano es su identidad personal, su originalidad e inventiva que le permiten actuar libremente, a pesar de todas las presiones e in-

fluencias de lo que le rodea. El ser humano libre, autónomo, es creativo, es creador. Es el forjador de su propia vida. Es el generador de un mundo más alto. La dignidad humana no está en ser parte de una masa, partido o nación. La dignidad humana está en el hecho de que el hombre y la mujer son espíritus libres e inmortales, que pueden crear, amar y forjar un mundo mejor. La nacionalidad es una generalización que sólo describe algunas cualidades y defectos de cierto número de personas. Una persona es alguien mucho más complejo y único que un ciudadano. Es absurdo sacrificar al ser humano a un movimiento irracional de masas, o a un ídolo patriotero.

El culto a la nación ha causado inmensos males y sufrimientos a la humanidad. El principio de la paz es la consideración para con los demás. La Humanidad es una sola y no vivimos en grupos aislados sino entre personas interrelacionadas e interdependientes, que vamos en una misma nave. El nacionalista concibe al mundo como una competencia entre pueblos distintos, pero en verdad “nuestra meta es la plenitud, no derrotar a los otros” (G. Steinen).

3 6

EL IMPERIO BRITÁNICO

Ejemplo de eficiencia y codicia, el Imperio Británico fue una impresionante creación comercial y militar, fundada en el pragmatismo anglosajón, en un chauvinismo monárquico y una educación refinada pero represiva (el sistema de “internados”).

Tal vez la luz de la conciencia de Inglaterra nunca estuvo en sus ambiciosos reyes y oficiales del Imperio, sino en religiosos como John Wesley, George Fox y Elizabeth Fry y en escritores e intelectuales como Sir Thomas More, Jonathan Swift, Samuel Johnson, Oliver Goldsmith, Charles Dickens, Thackeray, G.K Chestertón, H G. Wells, T.S.Eliot y John Maynard Keynes. El relatista Rudyard Kipling cantó loas al Imperio Británico, pero sabios como Paul Bruton rindieron homenaje a la sabiduría de Oriente.

En el siglo XVI, la reina Isabel I utilizó la piratería para asolar los puertos españoles en América y se apoderó de las islas del Caribe. Inglaterra ocupó sucesivamente sin justificación extensos territorios en todos los continentes, incluyendo países tan grandes e importantes como la India, Australia y Sudáfrica. Dos veces (en 1806 y 1807) el Gobierno de Londres intentó apoderarse de la zona del Río de La Plata. En 1833 ocupó las islas Malvinas. En 1902 derrotó en África del Sur a los colonos holandeses (Boers). En el siglo XIX promovió la Guerra del Pacífico en procura de ganancias para las empresas británicas. y la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay para acceder a la navegación del Paraná y a los mercados de la zona.

Pero la expansión británica sirvió para difundir por todas partes la refinada cultura y la hermosa lengua de Inglaterra. Además los ingleses, con su característica capacidad organizadora, construyeron importantes obras de infraestructura (trenes, puentes, caminos, muelles, etc., etc.) que antes no existían en los países conquistados. Todo el sistema

ferroviario del Subcontinente indio, por ejemplo, es obra de los británicos.

La independencia de la India y Pakistán en 1947 fue el inicio de la descolonización. Mohandas Karamchad Gandhi, sin disparar un sólo tiro, mediante los métodos de la No Violencia (la desobediencia civil y la resistencia pasiva) consiguió que los ingleses se marcharan, pero el fanatismo y sectarismo llevaron a los indostanos a una guerra civil que causó diez millones de muertos y la India y Pakistán quedaron separados.

A partir de 1956, se independizaron las colonias británicas del África Negra. Pronto también Bélgica (el Congo), Portugal (Angola, Mozambique, etc) y Holanda (Indonesia) perdieron sus colonias. Francia había reunido también un extenso imperio y sus principales posesiones las perdió en contiendas muy sangrientas (Argelia, Vietnam).

3 7

PUEBLOS PERSEGUIDOS

Historia trágica la de algunos pueblos: judíos, armenios, kurdos, tuaregs, gitanos, piel rojas, patagones, araucanos, palestinos, chechenos y tantos otros, que han sido dispersados, perseguidos y diezmados. Los polacos, los kurdos y los armenios han vivido sometidos a las crueldades, la ambición y la mezquindad de los gobiernos vecinos. Muchos pueblos negros del África fueron esclavizados y vendidos como cosas. Los judíos, armenios, y polacos y la mayoría de los africanos han llegado a constituir estados. Los kurdos, esquimales, lapones, piel rojas, tuaregs y bereberes nunca lo han hecho. Recientemente los invit (o “esquimales”) del Canadá han conseguido la autonomía. Los palestinos todavía luchan por tener un Estado propio y entero. Los judíos, armenios, pieles rojas, patagones, camboyanos, gitanos, kurdos, serbios, croatas y musulmanes yugoslavos (bosnios y kosovares) han sido víctimas de genocidios.

La falta de respeto al diferente es increíble. Algunos empresarios quieren petróleo y tierras y madera y prefieren quitarse el estorbo de las tribus indígenas. Y sin embargo, no existe nada como cada ser humano, distinto, único, digno, erguido, solitario. El espíritu humano es indomable: el genocidio nazi contra el pueblo judío no ha podido extirpar su talento; el genocidio de los regímenes turcos contra los armenios no ha podido eliminar la personalidad y la fe de estos. En vano los ambiciosos y los racistas han practicado la “limpieza étnica” en la ex Yugoslavia: cada niño que nace ya es una derrota para ellos, cada familia solidaria es el comienzo del fin de ese infierno. Cada mestizo libre es un protagonista de la dignidad humana. Las familias unidas, los niños creativos, representan la luz del espíritu frente a la codicia estúpida que mata y que roba. Como el infame Ceausescu, los ambiciosos y mezquinos descubrirán un día que sus tesoros se hacen humo como los leños de una hoguera...

3 8

LA EVOLUCIÓN DE LA ECONOMÍA DE AMÉRICA LATINA

El sojuzgamiento de buena parte de América por los españoles y portugueses supuso un extraordinario saqueo. Primero se fundió y exportó el oro arrebatado a los indígenas. Luego importantes minas fueron intensamente explotadas, prácticamente sin costos, puesto que los mineros eran indígenas sujetos al sistema compulsorio de las mitas. Innumerables nativos perdieron la vida en esta servidumbre. La explotación de la plata fue tan grande que la ciudad de Potosí llegó a tener más habitantes que la París de entonces. Arturo Uslar Pietri dice que fue la riqueza de América la que permitió generar el poderoso capitalismo en Europa. Según consta en el archivo de Indias de Sevilla, sólo entre 1503 y 1660 llegaron a San Lucas de Barrameda 185 mil kilogramos de oro y 16 millones de kilogramos de plata, todo procedente de América. En las Cortes de Cádiz se hizo célebre el discurso de José Mejía Lequerica en pro de la abolición de las mitas.

Los colonizadores hispanos se repartieron las tierras y las “encomiendas” de indios. Tenían así la posesión de extensísimos territorios y mano de obra servil, casi a costa de nada. Pero los españoles - misioneros y hacendados- también trajeron semillas y frutales, animales domésticos y de carga, aperos de labranza y carretas. Se olvidó el ingenioso sistema incásico de cultivos en terrazas de los Incas, pero se amplió notablemente la variedad de productos y se inició y desarrolló la ganadería. La producción agrícola generalmente se destinaba al consumo local. Sólo se exportaban los cueros, la carne salada, la quina. Las frutas no eran comercializadas.

Por otra parte, en ciudades como Puebla, Quito, Cuzco, Tucumán y Mendoza se establecieron obrajes y batanes para fabricar textiles. Es-

tos obrajes y batanes se vieron afectados por los impuestos excesivos y el monopolio del comercio ejercido por España.

La guerra de la independencia supuso una carga muy pesada sobre las economías de la América Hispana. El costo de los ejércitos fue muy grande, los desafueros de los militares diezmaron las ganaderías y el reclutamiento forzoso hizo perder las cosechas. Más aún, la administración de nuevos gobiernos independientes resultó más cara - y tal vez menos honesta- que la española, y los impuestos no bastaron para saciar al Fisco acromegálico y abusivo.

Hasta mediados del siglo XIX se vive una etapa de estancamiento económico: no hay inversiones, la industria local ha quedado arruinada por el esfuerzo de la guerra, prevalece el control británico del comercio y casi no se hacen obras públicas. El intercambio de productos se da más bien a nivel local y la falta de vías de comunicación entorpece el desarrollo. Tienen importancia las rutas navieras Valparaíso Callao-Paita-Guayaquil-Panamá, Colón-La Guaira- Puerto Rico- Canarias- Cádiz y la que partía de Buenos Aires y Montevideo a España.

Hacia 1880 las nuevas tecnologías e inventos (neumáticos, cable telefónico, etc.) generan una gran demanda de caucho. Ello lleva a una efímera prosperidad de algunas poblaciones amazónicas como Manaos e Iquitos, que se dedican a la extracción y exportación de esa sustancia vegetal. En el proceso son muchos los indígenas y migrantes que sufren tratos crueles e inhumanos. Luego los capitalistas ingleses y de otras potencias se retiran del área, porque prefieren sembrar en Malasia, Ceilán, India e Indonesia y hacia 1915 las poblaciones amazónicas entran en rápida decadencia.

La primera zona en rehacerse económicamente fue la Argentina. A ello contribuyó la calidad de sus suelos, el clima y la ubicación del país, que mira a Europa y recibe valiosísimos contingentes de inmigrantes. En 1836 la Argentina tiene 600.000 habitantes. Para 1945 tendrá 14 millones, incluidos 7 millones de inmigrantes. La consigna de Sarmiento se cumple: "Gobernar es poblar". Italianos, españoles y otros pueblos europeos dan un inmenso aporte al desarrollo argentino. Resulta de especial importancia la Ley de 1875 que facilita la inmigración. Si en 1850 el país tenía 400 hectáreas cultivadas, en 1907 tiene ya 28 mi-

llones. Produce lino, trigo, carne, lácteos, cueros, lanas. Llegará a su apogeo con la II Guerra Mundial, en que resulta el proveedor natural de alimentos para Europa y para las tropas. Con un poco más de previsión y un poco menos de demagogia y elitismo, la Argentina hubiera podido ser en el siglo XX una potencia como el Canadá.

A mediados del Siglo XIX y primera mitad del Siglo XX la mayoría de países latinoamericanos viven del monocultivo o la minería, sujetos enteramente a las compras que hacen algunos países ricos. Perú depende del guano y el cobre, Chile del cobre, Ecuador del cacao y luego del banano, Centroamérica del banano y el café, Cuba del azúcar, Bolivia del estaño y del níquel, etc. Venezuela es una excepción: tiene inmensas riquezas de hierro y petróleo y de pobre Capitanía se transforma en un rico Estado que desperdicia sus tesoros en obras de mal gusto e importaciones suntuosas, en vez de invertirlos en un desarrollo real. La dependencia de un solo producto hizo que las economías de estos pueblos resulten muy frágiles, sujetas a cualquier embate de precios y a los caprichos y preferencias de las metrópolis compradoras.

En la segunda mitad del Siglo XX fracasa la política desarrollista que propiciaba la creación de industrias y la sustitución de importaciones. En los años setenta se promueve el endeudamiento masivo del continente: los países Latinoamericanos resultan hipotecados por Gobiernos irresponsables e inconscientes. Chile con el General Pinochet desemboca en un neoliberalismo, que promueve una acelerada privatización de las empresas y servicios estatales. Chile logra saltar hacia un mediano desarrollo mediante el estímulo de la iniciativa y la inversión privada, la diversificación de exportaciones, la privatización de algunos sectores de la economía y una disciplina fiscal suficiente. El modelo neoliberal se extiende entonces en el Continente pero no resulta satisfactorio: carece de humanidad, de sentido social: los pobres son más pobres, los ricos son más ricos y la clase media -motor de la sociedad- tiende a bajar o desaparecer.

Brasil, tan rico y a la vez tan pobre, compartió con Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Colombia, Perú y Venezuela el hecho de conocer las mayores distancias entre pobreza y riqueza. Este hecho dio pie para el movimiento guerrillero y terrorista en Guatemala, El Salvador,

Perú (Sendero Luminoso, MRTA) y Colombia (FLN, FARC y otros) y es también el origen de la guerra civil nicaragüense y del movimiento brasileño de “Los Sin Tierra”, que más bien se ha manifestado en forma pacífica.

La deuda externa, contraída de manera irresponsable, ejerce un peso desmesurado sobre la vida de los países latinoamericanos. Los intereses de esta inicua carga desangran a las naciones más pobres y a los sectores más sufridos de la población. En estricta moral, es una deuda que los pueblos más pobres ya la pagaron al sostener con sus sufrimientos y trabajos el bienestar de los poderosos.

La Cumbre de Miami (diciembre de 1994) propuso una zona única regional de libre comercio, esquematizada conforme al ideario liberal norteamericano. Mientras tanto otros programas de integración se fueron desplegando: NAFTA (Canadá Estados Unidos y México), Mercosur (Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay), el Mercado Centroamericano (Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua) y la Comunidad Andina (Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela). En algunos casos los resultados han sido muy pobres, pero, a pesar de los problemas, a comienzos del nuevo milenio se han renovado los esfuerzos integradores dentro de la llamada “globalización”, de caracteres preocupantes.

Pese a tantos retrasos y males, cuando pensamos en América Latina pensamos en un continente joven, repleto de promesas y esperanzas.

3 9

LA II GUERRA MUNDIAL
Y SUS CONSECUENCIAS

Conflicto bélico el más grande que ha conocido la humanidad y el resultado de idolatrías de raza y de poder, de alienaciones y megalomanías. Sesenta millones de muertos demostraron que un pueblo culto puede ser fanatizado por un demagogo, que la Cultura y el Bien tienen que marchar juntos porque ni la cultura ni la técnica por si solas garantizan nada, que todas las idolatrías son nocivas, no importa que sean el culto a un líder, una raza, el dinero o el Estado. Millones de seres fueron conducidos como robots a destruir a sus semejanzas y a morir ellos mismos, en el nombre de unos mitos, por la palabra de dioses falsos y falsos mesías.

El antecedente inmediato de la guerra fue justamente el avance de idolatrías como el Fascismo, el Nazismo y el Bolchevismo o Marxismo, que tomaron el poder en países como Italia, España, Portugal, Alemania, Rumania, Austria y Rusia. Estas grandes formaciones apocalípticas eran dirigidas por anticristos como Mussolini, Hitler y Stalin, que encarnaban la ambición de poder más allá del respeto a Dios y el respeto al prójimo. Los regímenes totalitarios utilizaron sistemáticamente la mentira y la fuerza y llegaron a los más grandes extremos de la inhumanidad.

¿De dónde resultaron esos líderes del mal, esos falsos mesías?. ¿De dónde salieron sus ministros, generales y ayudantes? Indudablemente de los niños maltratados y deformados por una educación defectuosa y por la dureza y frialdad de sus padres y por el miedo, gran generador de violencia y crueldades. “La crueldad es hija del miedo”, dice Bertrand Russel. El miedo genera odio. La sombra es la energía mal colocada, desubicada. En la base de los orígenes de la II Guerra Mundial no sólo está la ambición de poder: también están la educación deforman-

te, la vida familiar dislocada y distante, la enseñanza de idolatrías de raza, nación, partido o estado y, quizá en algunos casos, una elección consciente por el mal.

Preludio y “ensayo” de la II Guerra Mundial fue la Guerra Civil Española, que causó un millón de muertos. Republicanos, socialistas, anarquistas y marxistas, ayudados por la Unión Soviética y por voluntarios occidentales, se enfrentaron con los nacionalistas monárquicos y fascistas (falangistas) apoyados por Hitler y Mussolini.

La II Guerra Mundial (1939-1945) enfrentó a la Alemania nazi, el Japón nacionalista y la Italia y Rumania fascistas contra Francia, el Imperio Británico, la Unión Soviética, los Estados Unidos de América, China y la gran mayoría de los estados europeos y occidentales que defendían la libertad. De los 60 millones de muertos 20 millones eran rusos y 6 millones, judíos sacrificados por los nazis. El régimen nazi, en su locura racista, sistematizó el genocidio de los judíos, gitanos y minusválidos (lo llamaron “la solución final”). Hubo gentes nobles como Raoul Wallemborg, Oscar Schindler y numerosos sacerdotes católicos que lograron salvar a muchos judíos. Los Judíos del gueto de Varsovia se rebelaron valerosamente (1943) y lucharon hasta el final. La resistencia fue notable en Francia, Italia, Polonia y Yugoslavia. La guerra supuso un esfuerzo gigantesco y sus efectos fueron traumáticos y definitivos. Los aliados no hubieran podido ganar la guerra sin la dirección y talento de personajes como Winston Churchill, Charles de Gaulle y Franklin Delano Roosevelt.

En un principio Hitler invadió Austria, Checoslovaquia y Polonia y pronto conquistó la mayor parte de Europa Occidental. Francia se rindió y se constituyó un gobierno títere en Vichy. Sólo la Gran Bretaña, debido a su condición insular, pudo mantenerse en pie de lucha. Por su parte, Japón invadió la China, Corea, la Indochina y Filipinas y atacó a los Estados Unidos, con lo cual este país se incorporó a la Guerra. El dictador nazi, por su parte, cometió el error de abrir un nuevo frente: invadió la Unión Soviética. La derrota de Hitler empezó en tierras rusas (Batalla de Stalingrado) y en la campaña del Norte de África (batalla del Almein). Después los aliados desembarcaron en el sur de Italia y en Normandía (“el día D”) e invadieron Europa. A su vez, las

tropas rusas avanzaron hacia Berlín y pronto se encontraron con las norteamericanas. Toda Alemania fue ocupada y dividida en sendos sectores gobernados por rusos, norteamericanos, franceses e ingleses. Italia, Grecia y Rumania fueron también liberadas por los aliados.

En el Pacífico los primeros éxitos japoneses (ataque a Pearl Harbour, ocupación de Indochina y Filipinas, invasión de Corea y China), fueron rebatidos con gran esfuerzo por las tropas norteamericanas, inglesas, filipinas y australianas. A la final, diz que para ahorrarse muertos en una eventual invasión del Japón, el Presidente norteamericano Harry Truman ordenó destruir con bombas atómicas las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, y el Japón se rindió. Este fue un horrendo crimen contra la población civil. Por un tiempo el General Douglas Mc Arthur fue otro emperador del Japón, lo modernizó y lo enruimbó hacia la democracia formal.

Durante cuatro decenios Alemania quedó dividida en dos partes: una occidental capitalista y otra oriental marxista, una rica pero egoísta y otra pobre pero con servicios gratuitos de salud y educación. Los soviéticos establecieron Gobiernos títeres y totalitarios en Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania y Bulgaria. El mariscal Tito con sus guerrilleros fundó Yugoslavia, República marxista no stalinista (“autogestionaria”) en los Balcanes. Tito logró mantener la unidad del nuevo Estado balcánico y conservó una sabia independencia frente a la URSS y Estados Unidos. Albania fue sometida por un grupo de marxista paranoicos, siguió el modelo más extremista y se aisló del resto del mundo. Francia, conducida por su libertador, el General Charles de Gaulle, renació del desastre para afirmarse como una república capitalista. Gran Bretaña quedó agotada por su valeroso esfuerzo y pronto tuvo que dar la independencia a la mayoría de colonias de su enorme Imperio, incluidos grandes países como Pakistán, la India y Sudáfrica. En fin, los Estados Unidos de América y la Unión Soviética emergieron como las dos grandes potencias mundiales y pronto rivalizaron entre si.

Durante la Guerra los dirigentes aliados (el tirano José Stalin, el valeroso Winston Churchill y luego el opaco Atlee, el carismático Franklin Roosevelt y después el ignorante Truman) se reunieron varias veces (en Teherán, Moscú, Yalta y Potsdam) para definir cómo quedaría

el mundo después de la contienda. Afianzaron sus intereses pero también esbozaron lo que sería la Organización de las Naciones Unidas (ONU), fundada en la ciudad de San Francisco, en 1945. El objetivo de la ONU era el de promover la paz y la cooperación entre los pueblos y “librar al mundo del flagelo de la guerra”. Los países latinoamericanos tuvieron un importante papel en la elaboración de la Carta de la ONU y el escritor H. G. Wells puso su marca en la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, pero no pudieron impedir que Stalin y Truman impusieran en el Consejo de Seguridad el antidemocrático “veto” de los cinco “grandes” (Estados Unidos, la URSS, Gran Bretaña, Francia y China) ni que la Unión Soviética lograra contar con tres votos en la Asamblea.

Así la ONU nació con defecto y debilidades: en el Consejo de Seguridad no hay una representación equitativa y el veto deforma la capacidad del organismo. Esto no obstante, las Naciones Unidas han contribuido notablemente a paliar la violencia en el mundo y a aliviar diversos problemas humanitarios. Hay que decir que también han crecido como un elefante burocrático, productor de papeles. Debería pasar a ser un foro más sencillo y directo, que vea por todas las naciones y dicte normas obligatorias sobre desarme, desmilitarización, medio ambiente, migraciones, sobrepoblación y erradicación de la pobreza más aguda. Por otro lado, me inclino a pensar que, dentro del sistema de las Naciones Unidas, la jurisdicción de la Corte Internacional de Justicia debería ser obligatoria para los estados y no optativa (como es hasta ahora).

Para frenar la expansión del Marxismo y asegurar su propio espacio en 1947 el gobierno norteamericano lanzó el Plan Marshall. Unos 88 millones de dólares fueron inyectados en dieciséis países europeos para propulsar su desarrollo y disminuir los problemas sociales. Esta ayuda, bien aprovechada, dio lugar a un gran crecimiento económico. Stalin, por su parte, impidió que la ayuda llegara a los países del Este europeo, que siguieron en la pobreza, y provocó un golpe de estado en Checoslovaquia para afirmar su esfera de influencia.

Pasada la Guerra Mundial, Stalin endurece el régimen interno de la URSS (pues ya no necesita la colaboración patriótica de todos) y busca la autosuficiencia del país. Pronto la Unión Soviética inicia la expor-

tación de la “Revolución” marxista. En 1947 la URSS ocupa parte de Irán y promueve la guerra civil en Grecia y en 1949 en China, Mao Ze Dong y el partido comunista, con ayuda soviética, toman el poder y expulsan a Taiwán a los nacionalistas. Stalin instruye a todos los Partidos Comunistas: hay que combatir a los Estados Unidos y a las democracias “burguesas”. Mas tarde el Marxismo erige el vergonzoso monumento a su propio fracaso: el muro de Berlín. No se podrá salir del paraíso.

Por lo demás, luego de la II Guerra Mundial se reunió una conferencia en Bretton Woods para reconstituir la vida internacional en sus aspectos monetario, financiero y comercial. De allí surgieron organismos como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. El FMI debió transformarse en el Banco Central del Mundo y el Banco Mundial tenía que canalizar los capitales sobrantes de los países ricos a los países pobres. Esto no ha sucedido y ambas instituciones han resultado instrumentos de la avaricia de los grandes y de la codicia de los bancos, que han impuesto prácticas y políticas perjudiciales y crueles para los más pobres.

4 0 S ACRIFICIOS HUMANOS

La idea de sacrificar a los dioses ha estado en numerosas culturas y religiones, particularmente en las más primitivas y en los cultos satánicos. Creer en un dios que requiere de sacrificios es un absurdo: revela el miedo, una mentalidad enana y una falta de estimación por la vida. Sacrificar a un animal inofensivo para reparar la falta de un hombre es querer reparar un pecado cometiendo otro: el de matar sin necesidad a un ser vivo.

El colmo de la maldad ha sido, desde luego, el sacrificio de seres humanos, una aberración presente en Sumer, Fenicia, Cartago y Africa Central y entre los Mayas y Aztecas y otros pueblos. Con razón Hernán Cortés se ufana de haber impedido que continuara en Tenochtitlán la horrenda cadena de sacrificios humanos en honor del “dios de la muerte” (el diablo).

En la Antigüedad el sacrificio de niños fue el aberrante rito de ciertos cultos idolátricos. Repetidamente la Torah (Levítico 18:21, 20:2) y los profetas bíblicos condenan los cultos sangrientos “a los baales” y, otros ídolos. Los hallazgos arqueológicos han comprobado que el infanticidio era practica corriente.

Los romanos corrompidos solían deleitarse con los duelos de los gladiadores y, más tarde, en algunos casos, con las matanzas de cristianos.

Pero en el siglo XX también se sacrificaron a millones de seres humanos porque el culto nacionalista, la ambición de poder y los intereses económicos lo exigían. En 1915 el régimen de Estambul dispuso el asesinato de un millón de armenios cristianos. También se masacró a muchos griegos, kurdos, judíos, libaneses, sirios y árabes. El gobierno Otomano quería una unidad nacional “sin agregados culturales”.

Los nazis, por su parte, sacrificaron sistemáticamente a millones de judíos, gitanos, polacos y rusos y a muchos sacerdotes y pastores cristianos ante el dios de la raza pura y la soberbia. Pero el Kaiser y Hitler también sacrificaron a su propio pueblo: millones de soldados alemanes murieron en lejanas tierras por una causa que no valía la pena.

A su vez, los regímenes marxistas asesinaron, a millones de seres humanos porque pensaban por su cuenta o creían en Dios. No se podía faltar a los nuevos ídolos: el falso socialismo, el líder, el partido y la Revolución. Se calcula que en la Unión Soviética unos 20 millones de personas perdieron durante el régimen de Lenin y de Stalin. En Ucrania unos cuatrocientos mil campesinos fueron asesinados por órdenes del comisario Nikita Krushev. ¡En Cambodia los Khmer rojos liquidaron a dos millones de personas!. El Gobierno de Saddam Hussein eliminó a miles de kurdos y el régimen racista serbio de Slobodan Milosevic, con la política de “limpieza étnica”, eliminó a miles de bosnios, croatas y albaneses de Kosovo.

Pero, también hay que decirlo, los industriales del siglo XIX sacrificaron las vidas de miles de trabajadores, mujeres y niños, condenados a trabajos desmesurados.

En fin, en el siglo XX, el cobro de la deuda externa es también un modo de sacrificar a los pueblos ante el dios de la avaricia.

41

LA "GUERRA FRÍA"

Fue un mundo bicolor -azul y rojo: el de la confrontación de dos ideologías, de dos sistemas económico -políticas y de dos ambiciones. Luego de la II Guerra Mundial, Francia y Gran Bretaña, Holanda y Bélgica perdieron sus imperios y los Estados Unidos, capitalista, y la Unión Soviética, marxista, emergieron como las dos superpotencias dominantes. La época colonial tocó a su fin, y lo que asomó fue el llamado "neocolonialismo", la explotación económica y dominio militar de unos países sobre otros. El neocolonialismo se vio favorecido por la falta de educación de la población y la corrupción de los dirigentes de los nuevos estados.

Para enfrentar la amenaza de la Unión Soviética y la expansión del totalitarismo marxista, el Gobierno de Washington propugnó una alianza militar con los países de la Europa Occidental y así surgió la OTAN. Los países derrotados en la Segunda Guerra Mundial pasaron a ser prósperos aliados de los Estados Unidos. Alemania se convirtió en el motor económico de Europa y el Japón vino a ser la principal potencia económica y comercial de Asia.

La Unión Soviética, por su parte, desarrolló con los Estados europeos del Este que había ocupado (Polonia, Alemania Oriental, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria), una alianza económico comercial, basada en la especialización de la producción conforme a los intereses soviéticos (el COMECON) y una alianza militar, rival de la OTAN, el Pacto de Varsovia, de tropas más numerosas que las occidentales pero técnicamente inferiores. Más todavía, como típico totalitarismo, el régimen marxista aisló a sus posesiones europeas y sobre todo alemanas con la llamada La "cortina de hierro". Igualmente la China comunista aisló a su gente del resto del mundo. En el lejano pasado otro totalitario, el emperador chino Chiguan Ti había ordenado la destrucción de todos los libros y había hecho construir la Gran Muralla. Los

totalitarismos, como el miedo, suelen erigir muros y paredes, pues la tiranía sólo puede perdurar en el encierro. Pero esto mismo revela su debilidad fundamental. Ningún imperio encerrado por sus muros ha tenido una duración significativa.

Dentro de la pugna entre las dos potencias algunos países fueron neutralizados (Austria, Finlandia) o se declararon neutrales (Suecia).

El conflicto de intereses entre las dos superpotencias se extendió a todo el planeta. Ambas aspiraban al dominio mundial y a hacer prevalecer sus respectivos sistemas políticos y económicos. Fue una gran partida de ajedrez en la que se utilizaron todos los recursos disponibles: elecciones, movilizaciones populares, dinero, tropas, chantaje, guerrillas, golpes de estado, espionaje, terrorismo, compra de funcionarios, asesinatos... En Africa y Asia (los casos de Vietnam y Argelia, por ejemplo) el Marxismo aprovechó hábilmente las reivindicaciones nacionales contra el colonialismo. Al principio, la Unión Soviética fue ganando una a una las distintas piezas del tablero: China, Corea del Norte, Cuba, Chile, Vietnam, Laos, Angola, Etiopía, Afganistán fueron tomados por gobiernos marxistas. De esta oleada sólo se escaparon Grecia, Corea del Sur, Taiwán y el Líbano, por intervenciones de tropas norteamericanas. Y Chile, por la acción de las fuerzas armadas comandadas por el General Augusto Pinochet. Las guerras de Corea (1950-53) y Vietnam (1964-73) fueron particularmente sangrientas. Corea quedó dividida. En Vietnam los norteamericanos sufrieron su primera derrota. Pero en la segunda parte de la así llamada “Guerra Fría”, la competencia económica entre un sistema más eficaz -el capitalista- y otro tortuguesco, ineficaz -el socialismo de Estado -llevó al triunfo a los Estados Unidos.

Dos factores aceleraron la caída del Muro de Berlín (1989) y con él, el desplome del sistema marxista: por una parte, la intervención de anticomunistas como el Papa Juan Pablo II y Lech Walesa que conmovieron al Este europeo y sobre todo a Polonia. Luego el papel de Mijail Gorbachov en la Unión Soviética. Y por otro lado, el programa “Guerra de las Galaxias”, del Presidente Reagan, que le forzó a la URSS a entrar en una costosísima competencia por la fabricación de armas, que la economía soviética no pudo sostener. La Unión Soviética, con una

economía deficiente, no pudo competir en el gasto militar con los norteamericanos y se derrumbó, carcomida como estaba por el descontento que resultaba de la opresión política y la represión de los sentimientos religiosos e individuales.

Frente al dilema “armas o comida”, Stalin había preferido las armas, pero es imposible mantener un esfuerzo por mucho tiempo allí donde el pueblo no se alimenta bien ni está incentivado. La Unión Soviética no pudo competir económicamente con Occidente. Simplemente el sistema de planificación centralizada no funcionaba y, a la final, se desplomó.

Por otra parte el imperio soviético se asentaba sobre la mentira, la delación, el control de la información y la represión. Con una base así, no podía durar: era antinatural. La llegada de la informática y el internet tornaron inútiles los controles policiales de la información. Las nuevas políticas de Glasnost (transparencia) y Perestroika (reforma, apertura) del presidente Mijail Gorbachov fueron determinantes. El cambio entró como un ciclón que arrastró al propio gobierno soviético y a un sistema que parecía tan poderoso. La Unión Soviética se desmoronó y el sistema marxista feneció. El gigante con pies de barro se vino abajo.

Las movilizaciones sociales en Polonia dieron inicio al cambio. Hungraros y checos abrieron sus fronteras. Los alemanes orientales empezaron a huir masivamente hacia la libertad. El sistema no pudo más. Unos tras otros fueron cayendo los regímenes dictatoriales instalados en Polonia, Hungría, Alemania Oriental, Checoslovaquia, Bulgaria y Rumania. El 2 de octubre de 1989 el Muro de Berlín cayó y Alemania se reunificó. En Rusia se hicieron cambios para establecer un sistema de mercado y el ejército ex-soviético puso parte de su arsenal en venta. Mientras tanto, la fe religiosa renació con mucho vigor entre los rusos. La libertad llegó a Rusia, Bielorusia, Georgia, Armenia, Ucrania y otros países, pero lamentablemente también llegaron las mafias y la corrupción y muchos servicios, que antes eran gratuitos, dejaron de existir para los más pobres, lo que demuestra que el capitalismo tampoco es la panacea.

A fines del siglo XX sólo quedaban unos pocos países marxistas: Corea del Norte, Vietnam, China y Cuba. Aleccionadas por la experiencia soviética, las dictaduras china y vietnamita se adentraban poco a poco en la economía capitalista pero sin soltar el control político.

Para muchos pueblos de África, Asia y América Latina la “Guerra Fría” fue una verdadera tragedia, llena de sufrimientos. La URSS y los E.U. ponían las banderas (los ídolos), las armas y la tecnología; los pueblos más pobres ponían su dolor y los muertos. Las grandes potencias no respetaron los derechos de las otras naciones.

La “Guerra Fría” generó también la más grande escalada de armamentismo en la historia. Pronto no sólo E.U. disponía de bombas atómicas. La URSS, Francia, Gran Bretaña, China, Israel, Pakistán y la India se incorporaron a esta nómina del terror.

Los E.U. y la URSS también compitieron por la conquista del espacio y los satélites espaciales de comunicaciones fueron utilizados también para el espionaje. El mundo se había hecho más pequeño, menos privado y más peligroso. La acumulación de armas atómicas y convencionales llegó a cifras enormes. En 1962 Moscú instaló cohetes nucleares en Cuba, amenazando directamente el corazón de los E.U. La crisis que siguió sirvió para demostrar que sólo el dialogo puede evitar la destrucción recíproca y total.

Terminada la Guerra Fría, los E.U. se convirtieron en “el gendarme” del planeta. Con o sin la aprobación de las Naciones Unidas, las tropas norteamericanas intervinieron en Granada, Líbano, Panamá, el Golfo Pérsico (Kuwait e Irak), Macedonia, Haití, Somalia, Bosnia-Herzegovina, Kosovo y Serbia. Y el Gobierno de Washington impuso la economía neoliberal, la apertura de mercados y la protección de la propiedad intelectual y de patentes en la mayor parte de los países del mundo.

4 2

LA INTEGRACIÓN HISPANOAMERICANA

Al independizarse de la Gran Bretaña, las trece colonias anglosajonas de América del Norte lograron constituir un estado federal exitoso. Por su parte, las colonias españolas en América habían vivido como un solo país durante trescientos años, en las cortes de Cádiz se había hablado de “los españoles de América” y al iniciarse el proceso de independencia sus más distinguidos líderes -Eugenio Espejo, Francisco Miranda, Antonio Nariño, Simón Bolívar, José de San Martín, Bernardo O’Higgins, Bernardo de Monteagudo, José Cecilio del Valle, Francisco Morazán y otros- expusieron sus ideas y desarrollaron su acción política y militar como si la región fuera una sola patria. No sorprendía, así pues, que en 1788 La Gaceta de Literatura de México hablara de “Nuestra Nación Hispanoamericana”. ni que Bolívar dijera “para nosotros la Patria es América”. O que en la proclama de independencia firmada en Tucumán en 1816 se hablara de “Las Provincias Unidas de Sud América”. Más bien lo que se discutía es si a los americanos les convenía la forma republicana o la monárquica y el federalismo o el centralismo.

Bolívar, en la Carta de Jamaica (1815) propuso formar en América “la más grande nación del mundo”. “Es una idea grandiosa, decía, pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo, ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres, una religión...” A su vez, Monteagudo propuso un plan para organizar una Federación Hispanoamericana. El Congreso Anfictiónico de Panamá (1826) tuvo por objeto formar esa gran confederación. En el Congreso se planteó un tratado de unión, liga y confederación perpetua, que en realidad era muy laxo. Proponía una alianza contra cualquier intento de dominación extranjera, cada dos años debía reunirse una asamblea de plenipotenciarios y en caso de guerra, esta asamblea debía tener lugar anualmente. El tra-

tado sólo fue ratificado por Colombia. Las otras república asistentes, Centro América, Perú, y México, no lo hicieron. En todo caso el Congreso Anficitónico dejó planteado todo un programa de acción: abolición de la esclavitud, el arbitraje voluntario, la mediación y la conciliación para afrontar las controversias entre las partes, el principio del *uti possidetis iuris*, un régimen comercial y económico preferencial entre los países hispanoamericanos, ciudadanía hispanoamericana por encima de la local de origen, etc.

Los esfuerzos por mantener la unidad hispanoamericana pronto fueron olvidados por los políticos y generales que empezaron a regir sobre los distintos países y regiones y que, por apetito de poder, crearon mitos locales y fomentaron nociones nacionalistas y recelos.

En 1847 tiene lugar el Congreso de Lima, al que asistieron siete estados. En este Congreso se formuló un tratado de unión y alianza y otro para la conservación de la paz, ambos sin mayores resultados.

La intervención de Francia en México, con el Emperador Maximiliano a la cabeza (1861 - 1862), plantea nuevamente el problema de la amenaza europea contra América. Desafiada por Prusia, Francia tuvo que retirar sus tropas y Maximiliano fue fusilado.

Una amenaza de reconquista originada en reclamos pecuniarios de España contra el Perú y la formación de la Santa Alianza Europea llevaron a concretar alianzas militares entre el Perú, Chile y Ecuador para detener a los españoles (1864). España fue derrotada en la batalla del Callao y Perú se convirtió en la potencia naval del Pacífico Sur. Chile, en cambio quedó arruinado y el Puerto de Valparaíso, seriamente dañado. Esto hizo que en adelante Chile tiende a actuar en forma individual.

En 1902 varias potencias europeas pretendieron cobrar sus créditos a Venezuela con el uso de la fuerza. Ello originó la doctrina enunciada por Carlos Calvo y recogida por el canciller argentino Luis María Drago: “No caben acciones militares ni ocupación de tierras para cobrar deudas públicas”.

En 1889 se realiza en Washington la primera conferencia panamericana. La conferencia de Washington recomienda el arbitraje generalizado, permanente y obligatorio, condena las guerras de conquista y proclama la nulidad de las cesiones de tierras obtenidas por el empleo de la fuerza. Se establece “La Unión Panamericana”, origen de la Organización de Estados Americanos, ente burocrático relativamente inútil, reformado en 1948.

En 1928, en La Habana, se aprueban las Convención Interamericana sobre Tratado y la de Derecho Internacional Privado (Código Bustamante).

Una concepción economicista hizo que en la segunda parte del siglo XX la integración se enfoque como el establecimiento de esquemas de integración comercial y aduanera: el Grupo Andino que se empantanó en asignaciones y desgravaciones; el Mercado Común Centroamericano, frenado por las guerras civiles de Mesoamérica, y el MERCOSUR, también con problemas. El Grupo Andino ha sido refundado como Comunidad Andina. El error en las integraciones economicistas está en poner bases efímeras, arancelarias, comerciales: que hoy convienen y mañana no, en lugar de fundamentarlas en valores culturales que son permanentes. Otro error es el de confiar el destino de los pueblos a comisiones de técnicos mediocres, sin criterio político ni sentido histórico.

Un gran impedimento para la integración regional han sido los conflictos territoriales. Trascendentales resultan, así pues, los arreglos de límites y acuerdos de paz logrados entre Argentina y Chile (1984-cuestión del Beagle, 1996-Laguna del Desierto; 1999-Hielos Continentales) y entre el Ecuador y Perú (1998).

En 1964 se establece el Parlamento Latinoamericano, realmente institucionalizado en 1987, pero aún sin poder efectivo.

La actitud de los gobiernos nacionales respecto a la integración ha sido ambigua: han exhibido la voluntad de quererla, sobre todo en el campo económico, pero han seguido perpetuando los cultos “nacionalistas” y haciendo que en las escuelas se enseñen versiones parroquianas y chauvinistas de la Historia. También han incumplido los acuerdos comerciales.

Últimamente se han vuelto usuales las conferencias y “cumbres” de Presidentes y Jefes de Estado y de Gobierno de América y de Iberoamérica

Por su parte, los Estados Unidos que, como Gran Bretaña y Francia, practicaron la política de dividir para reinar, ahora han cambiado de idea y alimentan la integración continental pues consideran que la prosperidad y estabilidad que engendra la unidad de un solo mercado puede beneficiar a todos.

4 3
EL MEDIO ORIENTE
EN EL SIGLO XX

El comienzo del siglo XX vio el fin del Imperio Turco, que había sometido a la mayoría de los países del Medio Oriente y los Balcanes. Entre 1916 y 1918 se produjo una gran rebelión del mundo árabe apoyada por los ingleses, en contra de los otomanos. El final del poderío turco incluyó dos enormes matanzas de armenios: un millón y medio de personas cobardemente sacrificadas en 1915 y otro asesinato masivo ocurrido en 1923. Este final terrible también supuso sangrientos enfrentamientos con los patriotas griegos cuyo postrero rastro es la división de la isla de Chipre.

Por otro lado, Kemal Ataturk terminó en Turquía con el régimen monárquico islámico y modernizó al país.

Los Países árabes quedaron como “protectorados” de Francia y la Gran Bretaña. Luego árabes e iraníes pasaron a manos de reyezuelos y caudillos, que derrocharon el patrimonio nacional en lujos inútiles y aun nocivos y que salvo excepciones, mantuvieron a sus pueblos, y a las mujeres en particular, en la servidumbre y la pobreza. En vez de educar a los niños y mejorar las condiciones de vida, compraron armas, mansiones y automóviles caros. En lugar de realizar obras sociales, desperdiciaron los ingresos petroleros en ejércitos y boatos. En general las monarquías tradicionalistas no hicieron lo que debían y tampoco tuvieron éxito los socialistas panárabes, mejor intencionados pero paternalistas, encabezados por el líder egipcio Gamal Abdel Nasser. Por eso el Estado de Israel con su eficiencia y organización, con su austera disciplina y el cuantioso apoyo financiero y militar de los círculos de poder de Occidente, los derrotó varias veces. El nacionalismo sionista metió una cuña en el Medio Oriente y en el siglo XX árabes e israelitas se

enfrentaron militarmente en seis ocasiones con un costo de más de 50.000 vidas.

Los dirigentes árabes debieron educar a sus pueblo, organizarlos, promover a la mujer, decantar sus practicas, y también decantar lo que habían recibido de Occidente, pero no lo hicieron. Y es que los pueblos Islámicos no han vivido un Renacimiento ni una transformación liberal, no han tenido un Erasmo, un Cervantes y un Jefferson: han saltado de la Edad Media al siglo XX. De ahí su fundamentalismo medieval, que es una reacción de miedo frente a la influencia de Occidente, y no un aporte creativo.

Superado la crisis del Canal de Suez (1956), Egipto logró vivir por varios lustros años con una dictadura civil socializante y moderada, que promovió el sabio “no alineamiento” pero no pudo superar el estado de pobreza.

Irán, Libia, Sudán y Afganistán cayeron en las tinieblas del fanatismo fundamentalista.

En Irán los derroches sin sentido de un Sha occidentalizado fueron reemplazados (1979) por la dictadura del Ayatollah Khomeini y otros fundamentalistas, que identificaron a Occidente con el demonio. Han empezado, sin embargo, a asomar algunos signos de moderación, progresismo, sobre todo en sectores jóvenes.

En Afganistán luego de larga guerra civil y una fallida intervención soviética, los “Talibanes” instalaron otro régimen fundamentalista, quizá el más cerrado de todos.

Irak e Irán libraron una larga guerra que costó un millón de vidas.

Las persecuciones contra los Kurdos en Turquía e Irak y contra los bahais y los moderados en el Irán fueron tremendas. De acuerdo al principio de la autodeterminación de los pueblos, los veinte millones de Kurdos tienen el derecho de constituir un estado propio en el Medio Oriente.

El hermoso Líbano sufrió una terrible guerra civil de quince años de duración por las rivalidades, prejuicios y ambiciones de grupos políticos que aparentaban responder a identidades religiosas.

Irak, tiranizado por Sadam Hussein, invadió Kuwait y se produjo “La Guerra del Golfo”, en la que intervinieron E.U. y sus aliados, para proteger sus intereses petroleros. Los E.U. vencieron pero no se preocuparon de la suerte del esclavizado pueblo irakí ni de los Kurdos, que siguieron sufriendo la represión de los Estados iraquí. Esta guerra costó unos cien mil muertos.

La creación del Estado Israel mediante la fuerza (1948), desplazó injustamente a muchos palestinos cristianos y musulmanes. Estos buscaron refugio en varios países árabes y, como ha escrito J. Martín Descalzo, los campos de refugiados se convirtieron entonces en “escuelas de odio”, desde los cuales salieron graduados los grupos terroristas y extremistas que sembraron la muerte en diversos países del mundo. Los acuerdos de paz firmados por iniciativa de los Presidentes Anwar Sadat de Egipto y Jimmy Carter de Estados Unidos y el Premier Begin de Israel, y luego el israelí Itzak Rabin y el palestino Yaser Arafat, tendieron a regularizar la vida en el Medio Oriente y llevaron a la instalación de un Gobierno palestino en Gaza y Cisjordania, que podría convivir con los israelitas, pero el proceso resultó muy difícil y accidentado tanto por la intransigencia de la extrema derecha y los “ortodoxos” judíos como por las acciones terroristas del extremismo árabe.

Judíos, cristianos y musulmanes son descendientes espirituales de Abraham, el que tuvo fe, pero muchos de ellos han caído en la ignorancia y el pecado del nacionalismo, la violencia y el exclusivismo religioso, que es orgullo vano y causa de enormes males. En todo el mundo, pero sobre todo en Europa y en el Medio Oriente, se ha utilizado la religión para fines políticos o militares, para ambiciones de poder. Esta es una aberración que repugna. Además mucha gente ha sacralizado cosas que no son sagradas. Dios es universal, es Dios de todos. Los judíos fanáticos y los fundamentalistas islámicos actúan con valores del siglo sexto y armamento del siglo XX. Lamentablemente su miedo y su odio, sus recelos y su terrorismo, son actuales.

La disolución de la Unión Soviética liberó a países cristianos como Armenia y Georgia y musulmanes como Azerbaijón y Kazajstán. Entre 1988 y 1994 Armenia y Azerbaijón se disputaron por las armas el territorio de Nagorno- Karabaj, habitado por armenios. Un cuento de nunca acabar.

4 4

LA EVOLUCIÓN DEL DERECHO TERRITORIAL

Las cuestiones territoriales hacen pensar en la Etología. La Etología es la ciencia que estudia el comportamiento individual y colectivo de los animales, y en concreto, las respuestas que cada especie da al ambiente que le rodea. En Etología el territorio es el área dentro de la cual un organismo o un grupo de individuos es dominante y en el que no permitirá intrusiones. El comportamiento territorial se advierte sobre todo en los mamíferos (leones, hienas, vacunos, etc.) y en los pájaros. Según el profesor Robert Ardrey, el ser humano tiene un comportamiento análogo al de los animales, un comportamiento que él lo denomina “territorial imperative” y que se adquiriría genéticamente. Añade que el antagonismo de los grupos aumenta cuando los peligros naturales disminuyen y queda más energía libre en los individuos, la cual se empleará en la disputa de territorios, en el expansionismo. En otras palabras, según el profesor Ardrey el comportamiento de las naciones y de sus gobernantes en cuanto a los territorios responde a una programación instintiva, animal antes que racional. El ser humano en cuanto espíritu y racionalidad, podría compartir, acoger y actuar como un “ciudadano del mundo”, pero su parte animal disputará territorios, querrá expandir el suyo a costa de los otros y defenderá su parcela frente a la ambición ajena. El Apóstol Santiago dice que la codicia es el origen de las guerras.

Comunes han sido las disputas por territorios de caza, por el acceso al agua y las luchas entre pastores nómadas y agricultores sedentarios, que ponían cercas allí donde los otros querían vivir su trashumancia.

Una primera novedad en el tema territorial fue el establecimiento de tratados para fijar fronteras y límites. Aunque la gran mayoría de estos tratados fueron impuestos por la fuerza, no cabe duda que el es-

tablecer linderos exactos en un instrumento escrito constituyó un gran progreso dentro del desarrollo de los pueblos.

El Mariscal Antonio José de Sucre, hombre noble en ideales, dio una lección, tal vez única en la historia, cuando en 1829, luego de ganar la batalla de Tarqui; declaró la doctrina que lleva su nombre: “La justicia colombiana es la misma antes y después de la victoria”. En otras palabras, la victoria militar no da derechos.

Gran innovación en materia territorial ha sido la de someter las controversias territoriales a procedimientos de solución pacífica, en vez de dejarlas a la suerte de las armas. Estos procedimientos no se han llegado a aplicar sino en algunos casos y todavía tienen muchas imperfecciones, pero, aún así, el arbitraje, la mediación, los buenos oficios, el procedimiento judicial, son adelantos notables en el mejoramiento de las relaciones internacionales y han dado ya buenos frutos.

Por otro lado, ha habido una evolución en ciertas concepciones, evolución que se refleja en el uso de determinadas vocablos. Por ejemplo, para los romanos la palabra “imperium” significaba el mando de los ejércitos. El “imperio” estaba pues vinculada al alcance del poderío militar que actuaba hasta el “limes”, la zona de frontera. Pero el Estado de derecho se fue consolidando y en Roma, en vez de reyes, aparecieron los magistrados: la función se despersonaliza, existe no por herencia sino porque lo dispone la ley y la función del magistrado consiste en declarar el derecho, en hacer cumplir la norma legal dentro de su circunscripción. Parecida evolución ocurre en las relaciones entre naciones y Estados vecinos: primero el territorio es disputable, es cuestión de puro dominio de fuerza (imperium) y la frontera (la “marca” medieval) es una zona de enfrentamiento. Después el territorio es también un ámbito de jurisdicción y la línea de frontera señala el límite hasta donde se aplica determinado derecho y, más tarde, incluso surgen tribunales supranacionales, como los tribunales comunitarios o regionales y la Corte Internacional de La Haya, que tiene jurisdicción sobre diversos estados que se someten a su competencia. Por fin, en una concepción más moderna la frontera no es una zona de enfrentamientos sino una área de encuentro, comercio y cooperación.

Recientemente existe una nueva tendencia a disputar los recursos naturales antes que los territorios mismos. Solucionado el problema de contar con un espacio como hogar refugio propio (shelter), el ser humano moderno ya no se preocupa tanto de extender su lindero, Estado o imperio, sino de disponer de los recursos naturales, dondequiera que se encuentren. Esta nueva tendencia ha resultado del progreso tecnológico y de las facilidades de transporte rápido, tendencia que ya se ha observado en el Derecho del Mar, cuando en lugar del mar territorial amplio se ha hablado de zona económica. Y también en el comportamiento de las grandes potencias económicas, que en vez de conquistar colonias compran empresas o instalan procesadoras o extractoras en otros países.

En la concepción estatista tradicional el territorio es uno de los elementos constitutivos del Estado. Es su ámbito de dominio y jurisdicción soberana. Y los límites de ese territorio son para el Estado como la piel para las personas. Son la piel de los países en un mundo dividido y mientras más claros, precisos, geográficos y reconocidos sean estos límites, más seguridades tendrán los Estados de que no tendrán confrontaciones con sus vecinos.

Pero la humanidad ahora esta en otro capítulo de su existencia. Un capítulo de creciente interdependencia y relación entre todos los pueblos, en el que las fronteras tienen cada vez menos sentido, en el que tanto los problemas como las soluciones resultan planetarias. La contaminación no conoce fronteras y los efectos de una guerra nuclear o bacteriológica tampoco se detendrían ante ellas. Los daños producidos por el accidente nuclear de Chernobyl afectaron a muchos países. El sentido animal de territorio se va haciendo obsoleto. Y lo ideal parece que el ser humano libre pueda transitar por todo el planeta. De hecho el turismo ya ha revolucionado las relaciones humanas: ha traído lo extraño a lo cotidiano, ha transportado la realidad ajena al convivir local de todos los días (en esta realidad, la xenofobia no resulta sino un anacronismo: la reacción violenta del mundo anterior que muere, que agoniza). Tal vez, en este sentido, y siguiendo al profesor Ardrey, estamos dejando una conducta animal para pasar a una conducta racional y del espíritu, en la que todos los humanos somos compatriotas y bien podremos, a la larga, llegar a compartir de buena fe todo el Planeta. ¿Qué

será entonces de los Estados Nacionales? Tal vez ya no existan Estados como los que ahora conocemos sino que habrá una red o un entramado de organizaciones diversas y especializadas y una serie de autoridades ad-hoc, en una suerte de pirámide de jurisdicciones distintas y concretas. Entonces el Derecho Territorial ya nunca más será lo que era. ¡Y a veces pensamos que las cosas son eternas, porque nos hemos acostumbrado a ellas, o hemos crecido con ellas!....

4 5
LA EXPLOSIÓN
DEMOGRÁFICA
Y EL DESARROLLO HUMANO

Durante mucho tiempo la población de la Tierra no aumentó considerablemente debido a las plagas, enfermedades, pestes, sequías, hambrunas, guerras y catástrofes naturales. En general, la gente vivía poco. En la Edad Media se consideraba anciana a una persona de más de cuarenta años. En los siglos XIX y XX, el desarrollo de las medidas de higiene, las vacunas y los antibióticos modificaron radicalmente las condiciones de supervivencias. Jenner, Pasteur y Koch, con sus vacunas y Fleming con la penicilina salvaron millones de vida. Los adelantos médicos y sanitarios y la posesión de mejores tecnologías para la producción y conservación de alimentos hicieron que la población mundial pasara de 1.500 millones en 1.900 a 6.000 millones en 1999.

Luchar por la vida indudablemente es lo debido. El problema viene de las relaciones entre la producción de alimentos y la población, y entre el crecimiento de ésta y el uso del espacio físico y el medio ambiente. Tomas R. Malthus, en el siglo XIX, ya denunció el grave peligro de que la población aumente en forma geométrica en tanto que la producción de alimentos sólo lo haga en forma aritmética. El desarrollo de nuevas técnicas para producir más alimentos (“la revolución verde”) cuestionó un poco esta tesis pero no llegó a resolver el problema. Posteriormente ha habido un decrecimiento considerable de la natalidad en Europa, pero el exceso de población es evidente en muchas partes y en la mayoría de los países el crecimiento demográfico no ha cesado, sobre todo en las clases más pobres e iletradas. En 1999 había mil millones de adolescentes, el mayor grupo de jóvenes de la historia, los cuales al ingresar en su etapa de procreación podrán generar un aumento inusitado de la población. Recientemente se han producido grandes hambrunas en diversos lugares (Somalia, Sudán, Etiopía, etc).

Por otro lado, los ecologistas han denunciado con razón las crecientes talas de bosques y la progresiva urbanización de innumerables fincas. Estamos encementando el planeta, ¡pero el asfalto no produce oxígeno!. Las estresantes megalópolis, las ciudades gigantes, son ambientes inhumanos. El cacique Seattle decía: “La vista de vuestras ciudades hace doler los ojos al piel roja (...) No hay ningún lugar tranquilo en las ciudades del hombre blanco, ningún lugar donde pueda escucharse el desplegarse de las hojas en primavera o el rozar de las alas de un insecto (...) El ruido de la ciudad insulta al oído...” Millones de niño malcrecen en las calles atestadas de las barriadas sórdidas y las urbes inmensas, en donde sobran los automóviles, buses, motocicletas y motores.

Millones de emigrantes arrastran una existencia de prostitución y miseria. Millones de personas viven el estresado ir y venir, “sin corazón”, de las megalópolis.

La vida humana tiene una dignidad, merece un respeto, y nadie está autorizado para eliminarla- ni siquiera en nombre de la “ley” ni de un orden sacralizado. Y a la vez uno se pregunta cómo compatibilizar este respeto con los problemas del desarrollo y la explosión demográfica que implica un acelerado deterioro de los ecosistemas, la pérdida de miles de especies de vegetales y animales, la urbanización de las granjas, la supresión de los bosques y el colapso de la infraestructura social, pues por mucho que se haga para dar agua potable y servicios de alcantarillado y atención médica y viviendas y escuelas, el Gobierno siempre se queda corto cuando el número de habitantes crece sin cesar.

El crecimiento de la miseria amenaza con hacer tambalear el bienestar de los más afortunados y de los pueblos más desarrollados. ¿Qué va a pasar en el mundo si los ricos, los que viven “bien”, son cada vez más viejos y menos, porque se reproducen menos, y los otros, los que producen barato, los pobres, los ignorantes, son cada vez más y ya comienzan a minar las áreas fronterizas y los puertos de los países ricos, como inmigrantes ilegales que llegan para intentar el salto utópico de la pobreza al sueño americano?. Como llegaron los bárbaros hasta el desplome del Imperio Romano... Los árabes en Francia, los turcos en Alemania, los latinoamericanos en los Estados Unidos, son ejemplos de

crecientes minorías que ponen en jaque, en parte por lo menos, al sistema dominante.

Población y desarrollo son temas que van juntos y el control de la natalidad no tendría sentido si sólo fuera un genocidio lento y disfrazado para que los pueblos pobres no amenacen el bienestar y la prosperidad de los dominantes y ricos.

Aquí entra en juego un dato muy interesante: la gente tiende a tener menos hijos cuando está mejor alimentada y recibe buena educación. Así pues, la mejor garantía para el bienestar de los países desarrollados es el desarrollo y la educación de los pueblos atrasados. Esto implica suficientes servicios de salud y educación, precios equitativos para las materias primas, inversiones en el área social, prácticas justas de comercio, acceso libre a los mercados, gasto de los más ricos en la protección del medio ambiente y la condonación de la deuda externa (que, moralmente, ya ha sido pagada con el largo sufrimiento de los pueblos pobres del mundo).

La solución tiene que ser ética en todos sus aspectos. Hay quienes están afanosos por la liberalización del aborto como medio de control natal. Y detrás de él van muchos burócratas internacionales y algunas feministas excesivas. Pero el aborto no puede ser aceptado. El aborto es un crimen y es otro genocidio: el genocidio de las generaciones futuras, el genocidio del amor materno, del respeto a la vida y la esperanza. Como dijo la Madre Teresa de Calcuta: “Si nosotros aceptamos que una madre pueda matar a su propio hijo, ¿cómo podemos pedir a otras gentes no matar a otros?. Cualquier país que acepta el aborto no está enseñando a su gente a amar sino a usar la violencia para conseguir lo que quiere”. Y es que con la legalización y práctica libre del aborto la vida resulta juzgada a la ligera, como algo trivial que está a la simple disposición de un médico, y de un procedimiento rápido y “clínico”. De allí a las operaciones de “pureza étnica” en Bosnia y a las matanzas de Ruanda no hay más que un paso...

Eliminar una vida humana no es algo trivial. La vida humana es sagrada. La vida y la esencia de la vida -el espíritu- son sagradas. Todo lo demás pueden ser ídolos, objetos y apariencias que bien podemos romper o desmontar a capricho, pero la vida no. La vida es lo impor-

tante en el Universo. De modo que la cuestión demográfica no se resuelve con genocidios y abortos, sino con el desarrollo de los pueblos, con la paternidad responsable, con la concientización de la población y con medidas prácticas y razonables de control natal que no impliquen el homicidio del que está por nacer.

Lamentablemente esa trivalización de la vida se enseña todos los días desde las pantallas de la televisión y a todos los pueblos. Los niños que ven miles de crímenes en la televisión, ¿se preocuparán más tarde por de la gente que muere de hambre en otro continente? El chico que aprende a disparar automáticamente - ¡y por placer!- en el videojuego ¿razonará después sobre el valor de la vida ajena?. A esos niños deformados por la televisión y el video juego lo que les importará después es sus pequeños mundos de egoísmos: lograr comodidades, tener más dinero, que no les cobren impuestos, comprar nuevos autos, comer más... La televisión y, sobre todo, los videojuegos, insensibilizan a los niños y jóvenes. Y como anotaba Dave Grossman en “Sobre el Asesinato”, lo peor es que enseñan a relacionar el placer con violencia. Tal vez se esta creando una generación de atrofiados morales. Por consiguiente las tropas de la única gran potencia estarán listas para evitar las migraciones de paupérrimos o para defender los pozos petroleros, pero no moverán un dedo cuando se asesina en Ruanda, Chechenia o Kurdistán. Después de todo, desde la óptica de Rambo o del Agente 007, ¿qué son esos nombres exóticos y dónde queda eso? Pero la humanidad va en una sola nave y nuestros destinos están entrelazados.

Al topar el tema de la demográfica nos encontramos con la cuestión fundamental: la del valor y la dignidad de la vida y, con ella, la del destino de todos los seres humanos.

4 6

EL DESARME

Junto con la contaminación ambiental y la pobreza crítica, el tema del desarme figura entre los más importantes para la supervivencia de la humanidad. Después de la Segunda Guerra Mundial se han producido más de ciento cuarenta guerras localizadas con unas 30 millones de víctimas. Con lo gastado en esas guerras ya todos los países hubieran salido de la pobreza.

La Guerra Fría ha cesado, algunos totalitarismos han fenecido, pero las reivindicaciones de las etnias, las guerras civiles, el crimen organizado y el terrorismo asoman como otros caballos del Apocalipsis. Todo esto hace que la industria bélica siga prosperando. En Bosnia Herzegovina cinco de cada seis muertos eran civiles (mujeres, ancianos, niños): fue una guerra de cobardes. En Ruanda se cometió un inmenso genocidio: un millón de personas. Todavía hay muchos infiernos.

La paz internacional sólo puede resultar de una toma de conciencia y una voluntad que sólo resultan de la paz individual y social y de una nueva educación de carácter planetario, libre de prejuicios y estereotipos malsanos. Abraham Lincoln decía: “La filosofía de la educación en una generación será la filosofía del gobierno en la próxima”. Hace falta una educación con moral, con valores claros, con solidaridad y compasión, que nadie nos sea indiferente. Los derechos de la humanidad están sobre los derechos de los Estados. El valor de la vida es infinitamente mayor al valor de los ídolos de poder, sexo, raza o dinero.

El problema es que se requiere “una masa crítica de buena voluntad” (la frase es de Donald Keys) que dé un verdadero golpe de timón a la historia. Pero ¿Cómo conseguir esa masa crítica de buena voluntad en países tan diversos y sistemas de cultura tan cerradas y potentes?, ¿Cómo desbancar al poderoso aparato burocrático -industrial-militar

cuya fuente de riqueza son precisamente los preparativos bélicos y las guerras?

Un verdadero desarme implica la transformación de la industria bélica, la superación de la pobreza crítica, la reducción de los ejércitos y la asignación de nuevos roles a las fuerzas armadas remanentes. No se podrá propiciar el desarme sin dar una salida económica a los trabajadores de las industrias bélicas y a los soldados cesantes. Nada más justificado que poner las capacidades de producción y orden en función de metas creativas y no destructivas. El bien consiste en edificar la vida.

4 7 DE LA DELICUENCIA

No matarás, no robarás, no engañarás, no harás daño a tu prójimo. La violación de estos imperativos morales constituye la historia de la delincuencia. Delinquir es ir contra la convivencia social. La vida moral es la consideración para con el prójimo.

La Biblia registra a Caín como el primer criminal: mató a su hermano por envidia. El respeto a la vida es el primer principio de la moral social.

El robo se originó quizá en la disputa mezquina por mas piezas de caza, por unas posesiones minúsculas. Por el afán de sobrevivir en circunstancias duras, de difícil competencia. A menudo es el resultado de la escasez y el hambre. La mayoría de los ladrones han robado por necesidad. Unos pocos, por manía compulsiva. Otros por deformación interna, porque no han aprendido que existen unos límites dados por la presencia y los derechos de otras personas. Mientras haya desigualdades económicas ociosidad y habrá robos. Capitalismo y robo van de la mano, puesto que el capitalismo se apoya en la usura, que es el negocio fundado en la mala distribución del dinero. Todos los integrantes de la sociedad tienen derecho a una parte de la producción que generan con su trabajo y consumo. Si todos ellos tienen una cantidad moderada de dinero, hay bienestar y se promueve la producción. Si no hay dinero la economía se detiene y crecen el desempleo y la frustración. El instrumento de intercambio ha de llegar a todos para que todos gocen de acceso a los bienes y servicios, lo contrario es la injusticia y la mala distribución. Una sociedad bien concebida debería proveer de dinero suficiente a todos sus integrantes de modo que el trabajo en realidad no se haga por lucro sino por satisfacción, por la alegría de servir y crear (producir). Evidentemente en una sociedad así habría muchos menos robos.

La delincuencia va unida a la ocultación, a la clandestinidad, es decir, a la mentira. Una vida veraz, transparente, es pura. Un hombre honesto como Gandhi reconoce sus errores, pide perdón y trata de mejorarse a si mismo. Tanto Confucio, como Jesús consideraban que rectificar es la primera de las buenas cualidades. Un sicópata no conoce estas alturas de humanidad: tiene la sensibilidad embotada, no siente vergüenza, culpabilidad, ansiedad, pena o arrepentimiento, no conoce los límites. Está en un nivel antisocial y subhumano. Tampoco aprende de las experiencias: repite sus malas obras, y lo hace sin consideraciones acerca de la verdad o los sentimientos y vida de las otras personas. En realidad el sicópata ha crecido con la creencia de que los demás están contra él y que él, para defenderse, tiene que estar contra el mundo. Así de simple y primitivo. No delibera con su conciencia, no se juzga a si mismo, tampoco tiene relaciones profundas con otras personas: toda vinculación con otros, aunque sea cordial, es superficial y transitoria y en lo sexual es promiscuo, es decir, no individualizado, no humanizado, sin amor. No busca la experiencia enriquecedora del amor bien definido. Lo que quiere es un orgasmo rápido, no importa con quién o a costa de quién. Por eso las violaciones.

La humanidad tiene sicópatas porque no siempre se da amor y tranquilidad a los niños. Un niño traumatado, despreciado y maltratado, que no ha conocido el cariño ni el buen ejemplo, probablemente será un delincuente: ha crecido creyendo que el resto de la gente está en su contra. Hace poco en los Estados Unidos se aplicó la pena de muerte a un sujeto que había cometido un asesinato. Este individuo cuando era chico había sido violado por un soldado. Después sufrió el asesinato de su padre. Así comenzó su triste historia. En Colombia se ha dado el caso terrible de Garavito, que violó y asesinó a 140 niños. Garavito, en su infancia era apaleado por su padre, fue violado dos veces y a los 16 lo expulsaron de su “hogar”.

En el reverso de todas estas tragedias está la Ética de Gandhi y de Schweitzer: no hacer daño a nadie, no mentir, respetar la vida.

Pero la delincuencia no sólo se ha expresado individualmente o en forma de grupos o bandas de ladrones, mafiosos o piratas. También ha estado presente en los tronos y estados y muchos caudillos, reyes, je-

fes militares, presidentes y políticos han actuado como verdaderos ladrones, asesinos y estafadores a gran escala. Pero a menudo, como han actuado a la sombra de una bandera, o al amparo del mito nacional, esos delincuentes han sido presentados como figuras y héroes e incluso muchos de ellos tienen monumentos y reciben honores. Alejandro de Macedonia, Nerón, Atila, Napoleón, Stalin, Hitler, Ceausescu y tantos otros en realidad eran delincuentes.

El tema de la delincuencia ha pasado a la literatura. Escritores como Sir Arthur Conan Doyle, G.K Chesterton y Agatha Christie han inmortalizado la novela policíaca, con ingeniosos personajes que combaten el mal, como Sherlock Holmes, el padre Brown y Hercules Poirot.

En cuanto a las leyes penales, el Rey babilonio Hammurabi estableció en su código el principio de la proporcionalidad entre el crimen y la pena.

Jesús, por su parte, condenó la venganza o “ley del Talión”.

Alfonso X, “El Sabio”, en su libro “Las Siete Partidas”, trató de dar sentido de humanidad y definición a los derechos y penas, aunque todavía con rasgos discriminatorios.

Posteriormente, con la modernidad, se estableció el principio de que no existe delito si no está tipificado en las leyes (“nulla pena sine lege”).

La Revolución Norteamericana estableció por primera vez un régimen de igualdad ante la ley.

En 1933 el jurista Raphael Lemkin consigue que la conferencia internacional para la unificación del Derecho Internacional tipifique el delito de “genocidio”, como “la destrucción de una colectividad racial, social o religiosa”. (¡Lemkin elaboró el concepto impresionado por el genocidio contra los armenios, sin imaginar que vendrá el Holocausto de los judíos y las grandes matanzas de Stalin!). En el siglo XX, con la Declaración Universal de los Derechos Humanos, se ha condenado la aplicación de penas infamantes y se ha consolidado el derecho de todo ser humano a ser juzgado por un tribunal idóneo, a defenderse y a que

se presume su inocencia mientras no se demuestre lo contrario. También se ha condenado la tortura, que se ha practicado a lo largo de casi toda la historia para arrancar inválidas confesiones.

El Tribunal Internacional de Nuremberg (1945-46) juzgó por primera vez a los culpables de delitos contra la Humanidad (genocidio, guerra). En 1999 se ha creado el tribunal internacional permanente para juzgar este tipo de delitos. Con todo, la arbitrariedad todavía campea en muchas partes y en numerosos países los tribunales de justicia son tan lentos y corruptos y la policía es tan ineficiente que la impunidad es notoria. No puede haber justicia sin leyes claras y pocas, sin procedimientos ágiles y sencillos, sin jueces probos y bien pagados y sin una policía bien formada y bien retribuida.

4 8

HACIA UN NUEVO CONCEPTO
DE SEGURIDAD HUMANA

El Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD de 1993, decía que “debe reinterpretarse la seguridad como una seguridad para la gente; no una seguridad para el territorio”. “Las auténticas necesidades” de la población, decía, exigen que tengamos “nuevos conceptos de la seguridad humana”.

Durante siglos, el tradicional concepto de seguridad nacional estuvo centrado en la Nación y el Estado y es que se entendía que la historia era una historia de estados y que la identidad personal estaba subsumida en la identidad nacional. Ahora las comunicaciones han terminado con las distancias y la Humanidad se encamina hacia un mundo integrado, en el que los países y las personas son interdependientes y en el que lo primero es la vigencia de los derechos humanos. Lo que de verdad importa es la vida de cada uno y de todos y no mitos de país, raza o Estado.

En el Siglo XX hemos descubierto que “el mundo entero es un solo país y la humanidad, sus ciudadanos” (Baha’u’llah), porque al medio ambiente no hay como dividirlo, los derechos humanos no tienen color o nacionalidad, la pobreza es un problema universal y es ridículo poner vallas para viajar o para hacer llamadas telefónicas. En otras palabras, ya no importan los viejos estados, con toda su soberanía y sacralidad. Lo importante es la gente.

La seguridad humana, entonces, más que tanques, muros, cañones y ejércitos, supone alimentación, higiene, educación, seguridad social, servicios médicos, respeto a los Derechos Humanos, pleno empleo, paz local (vivir libres de la delincuencia), libre flujo de las personas y de los conocimientos, libre comercio con garantías para el consumidor y trabajador, equidad social. Seguridad y paz son sinónimos.

4 9

VARIEDAD DE LAS
RELACIONES ENTRE
NACIONES Y PUEBLOS

Los diversos pueblos, segmentos escindidos de la especie con conciencia y espíritu, han conocido una variedad de relaciones que van desde los contactos más primitivos, los enfrentamientos y las guerras, hasta las vinculaciones pacíficas y positivas (comercio, viajes, turismo) y los nexos de la cultura, religión y matrimonio. Capítulos del infierno son el genocidio, las guerras mundiales, las guerras de “tierra arrasada”, el uso de armas atómicas y la guerra química y biológica. Llevar una disputa internacional ante un tribunal o conformarse con otro medio de solución pacífica es señal de humanidad y madurez: se desea llegar a un arreglo sensato, sin costos de vidas, sin grandes perjudicados.

La mentalidad militar tradicional, la mentalidad geopolítica y estatolatra, las idolatrías de raza y nación han considerado a los hombres como animales que se disputan territorios y presas. De hecho el comportamiento de muchas generaciones ha sido destructivo y depredador. La gente se mueve como autómeta cuando es entrenada o deformada para actuar así, pero esto es deshumanizarla. Cuando las personas actúan sin complejos, con empatía, sensibilidad, compasión y con sentido del Bien y de lo razonable, se dan cuenta del valor de la vida y dejan de ser racistas, nacionalistas o belicistas.

Las relaciones entre los pueblos se han ido entrelazando cada vez más, no sólo por el aumento de la población y las exploraciones y conquistas, que han llevado a la ocupación de todo el Planeta, sino también por el desarrollo de los medios de transporte y de comunicación, que han modificado sustancialmente la vida de los seres humanos y han hecho que ahora todo hombre y toda mujer sean en cierto modo “mi prójimo”, es decir, mi vecino.

5 0

EJÉRCITOS PARA LA VIDA

La mayoría de los ejércitos han servido a la ambición y la codicia. Han sido ejércitos para la muerte. Lo novedoso y admirable son los ejércitos para la vida, los cuerpos organizados para el bien y la paz: utilizar la disciplina y el temple para ayudar al prójimo y generar bienestar.

Quizá fue Ignacio de Loyola (1491-1556) el primero que, al crear la Compañía de Jesús, le dio la vuelta a la organización militar y la utilizó no para matar sino para salvar almas y llevar alivio y educación al prójimo.

Por su parte, Florence Nightingale (1820-1910) creó los modernos cuerpos de enfermeras: limpias, bien preparadas y disciplinadas. Se estrenaron en la tremenda guerra de Crimea (1854-1856). Cuesta ahora imaginar cómo eran los antiguos hospitales, sin asepsia, sin higiene, manejadas por gente ignorante y grosera.

En 1863 Henri Dunant, luego de grandes esfuerzos personales, fundó la Cruz Roja, una sociedad internacional organizada para ayudar a los heridos y víctimas de catástrofes, guerras y hambrunas.

Posteriormente el Coronel William Booth crea en 1878 el “Ejército de Salvación”, la Salvation Army, con el fin de socorrer a los más pobres, enfermos, abandonados y hambrientos y darles al mismo tiempo ayuda espiritual. Booth consideró que no se podía predicar el Evangelio a gentes que tenían hambre y frío y que primero había que devolver a cada cual el respeto hacia sí mismo, sin hacer distinciones. El Ejército de Salvación cumple ahora su valiosa labor en numerosos países, en los barrios pobres.

Las Naciones Unidas (1945) han dado lugar a los “Casco Azules”, soldados de diversos orígenes que representan a la Comunidad Internacional y se interponen entre los contendientes o llevan ayuda a las

poblaciones azotadas por la guerra y el hambre. Recientemente han aprobado también la creación de los llamados “cascos blancos”, cuerpos de voluntarios civiles para labores humanitarias.

Desde 1971, la organización de voluntarios “Médicos sin Fronteras” ha llevado asistencia médica a muchas víctimas de catástrofes, epidemias, hambrunas y guerras.

Ejércitos para la muerte y ejércitos para la vida y la paz. La disciplina y la organización pueden ser utilizadas para el bien o para el mal. Hay países que sufren a ejércitos corruptos y represivos, que esquilman a la sociedad y gastan en sí lo que debería ir para los niños y enfermos. Hay en cambio, cuerpos disciplinados que prestan asistencia social, colaboran en labores de ayuda o rescate, construyen carreteras, reparten alimentos, proporcionan atención médica y aseguran la tranquilidad... Las cosas no son ni buenas ni malas, pero los actos no son indiferentes; ellos sí son buenos o malos. Las cosas pueden ser usadas para el bien o el mal. Los ejércitos, la disciplina pueden servir a la vida o al diablo..... Hay que multiplicar y fortalecer los ejércitos para la vida, las organizaciones disciplinadas para la paz.

51

FALSOS DEPORTES

Hace unos cien años el marqués de Queensberry acusó al escritor Oscar Wilde de corromper a su hijo lord Alfred Douglas. Oscar Wilde fue condenado a dos años de cárcel y trabajos forzados. Lo que no se dice es que el marqués de Queensberry corrompió o insensibilizó a millones de personas estableciendo las reglas del boxeo “moderno”, que ha causado la muerte o daños cerebrales y nerviosos irreparables a muchísima gente. Tampoco se dice que Wilde se convirtió al Catolicismo el 30 de noviembre de 1900. Todo el mundo dice que Oscar Wilde era homosexual. Nadie dice otras verdades. Oscar Wilde era afectado, rebuscado, era un hombre de poses y puede resultar un personaje antipático, pero creo que las cosas hay que ponerlas en su sitio.

El boxeo es salvaje como salvajes eran las peleas de gladiadores, como la lucha libre y similares, como la cacería y las peleas de gallos y los toros de lidia. Todos estos son falsos deportes que empequeñecen y alienan a la humanidad y deberían ser prohibidos, junto con otras prácticas que constituyen atentados contra la vida y contra la dignidad de la vida. El respeto a la vida está en el comienzo de toda ética social.

5 2

ÁRBOLES, BOSQUES Y ÁREAS VERDES

He leído con emoción un pequeño y hermoso libro, muy bien escrito, “El llamado de los Árboles” de Antonio Colinas (ediciones Elfos, Barcelona 1988). Trata en forma poética y bien pensada sobre las distintas especies de árboles.

Azorín escribió un hermosísimo relato sobre el amor a los árboles, que consta como capítulo (“Los Chopos de la Colina”) en su inolvidable “Don Juan”.

En nuestro tiempo, todos los días se talan y aniquilan inmensas porciones de bosques y todos los días se urbanizan y asfaltan miles de hectáreas de zonas verdes. Este es un verdadero atentado contra la presencia del oxígeno en el planeta; es una agresión contra la vida misma. La destrucción de bosques y áreas verdes en distintas épocas históricas convirtió extensos territorios, en eriazos. Hay casos patéticos. Muchos bosques del Medio Oriente fueron asolados. Esta vieja tragedia ha sido recogida por las palabras del profeta Zacarías: “Aulla, oh ciprés, porque el cedro cayó, porque los árboles magníficos son derribados. Aullad, encinas de Basán, porque el bosque espeso es derribado” (Zacarías 11:2). Asimismo Herodoto, en el primero de sus libros, cuenta que el tirano Creso “asoló los bosques de los sirios”. En otra época, una agricultura insensata y explotadora acabó con el nordeste del Brasil. Y en Haití los sistemas primitivos de cultivo y la recolección de leña convirtieron un boscoso país en un desierto. “El árbol, dice un viejo comentario al I Ching, es el símbolo de la vida, que evoluciona y asciende hacia el Cielo”. “El árbol relaciona el mundo de la tierra con la abierta claridad de lo superior”. Reúne a la tierra, el agua, el aire y el fuego, a todos los elementos”. Sembrar un árbol es un acto sagrado: es honrar a la vida y hacerla perdurable. La presencia de los árboles implica mayor

belleza, calmo verdor y abundancia de oxígeno. En una palabra, más vida. El místico cristiano ortodoxo Juan de Petchenga decía: “Bienaventurado aquel a quien el Señor llama a vivir y orar en los bosques”.

Para los celtas y druidas los bosques eran sagrados. Sabiduría auténtica: los árboles, los bosques, son sagrados. La industria maderera debe ser prohibida: es una industria de la muerte del planeta. Venere-mos a la vida representada en los árboles. Y cada cual cumpla con el sa-grado deber de sembrar un árbol.

5 3

EL MODELO N O R T E A M E R I C A N O

Los Estados Unidos se han impuesto en el mundo con su poderío militar y económico y su tecnología. Los valores cristianos, el temple anglosajón y la moral puritana les condujeron al trabajo esforzado. El protestantismo dejó de lado el paternalismo medieval y católico: según la Reforma cada uno debía leer la Biblia por su cuenta, pensar por sí mismo y responsabilizarse por su vida. Las bondades de las grandes planicies de Norteamérica y el talento organizativo y práctico del anglosajón, capaz de grandes esfuerzos y notables despliegues de civismo, fueron una combinación excelente: generaron prosperidad y abundancia. Más todavía, los primeros dirigentes norteamericanos - pensemos en Jefferson, Franklin y Washington- eran gente muy culta y de excepcionales valores morales. El mismo pueblo, formado por gente muy religiosa y recta, que llegó a América a trabajar, resulta excepcional. El resultado fue espectacular. La entera Humanidad vive ahora el impacto de la “american way of life”.

George Bernard Shaw decía graciosamente que los Estados Unidos son “un país que pasó directamente de la barbarie a la decadencia, sin pasar por la civilización”. La frase es exagerada pero no deja de tener un mensaje. En realidad los Estados Unidos han mostrado notables virtualidades y han avanzado profundamente en el desarrollo tecnológico y en la vigencia de los derechos civiles. Lo malo es que también han pasado a exhibir síntomas de decadencia y deformaciones que han producido una sociedad violenta, donde hay mucha drogadicción y demasiado uso de armas y maltrato a los niños.

Actualmente la mayor parte del cine y la televisión norteamericana lleva al mundo un gigantesco mensaje de violencia, consumismo y sexo sin amor. “Superhéroes” como Rambo, Supermán o Batman son

los subproductos de una sociedad en la que todo se resuelve a golpes o a tiros y en la que el acto sexual es un suceso irrelevante que ocurre entre dos hiperactivos. La televisión es la “hermana mayor” que lo invade todo: hace de niñera, maestra y mala consejera, y en vez de la intimidad entre las personas el vacío se llena con ruido, “fast food”, Internet, drogas, alcohol, velocidad, violencia, sectas y promiscuidad. El mensaje del cine y la televisión es alucinante: matar parece algo natural, los pueblos diferentes del propio son exhibidos como tontos y no confiables, el sexo se hace con cualquiera y la gente existe para hacer dinero. Todo esto está deformando a las nuevas generaciones

Por otro lado, el amor a la libertad a veces se ha convertido en pasión por el libertinaje que ha sacralizado derechos inexistentes. El aborto se justifica como un supuesto derecho de la madre sobre su cuerpo ¿Y los derechos del que está por nacer?. La invasión de la intimidad pasa por “libertad de información” Se ha consagrado también un falso “derecho del ciudadano” a portar armas (y ahora hasta los niños andan con revólveres y pistolas). El resultado es una ola impresionante de violencia y de crímenes en las escuelas. Cientos de miles de armas se hallan en manos de particulares y en las milicias privadas, de mentalidad cavernaria. Asimismo, por una deformación del concepto de libertad, la Corte Suprema de los Estados Unidos se ha opuesto al control de la pornografía en el internet, como si los niños no importaran. En todos estos errores se encuentra una misma carencia: falta la noción de que la libertad es para la vida y no la vida para la libertad. En otras palabras, no se tiene en cuenta que el límite de las libertades es el respeto a la vida y el respeto al prójimo.

Por otro lado, en el campo jurídico, el sistema norteamericano de jurados, tiende a establecer una seudojusticia “por mayoría de votos” y una jurisdicción de gentes que no conocen los principios esenciales del Derecho.

En el aspecto económico, la sociedad norteamericana ha dado un excesivo poder a los capitales y a los bancos. Cuando han prevalecido los valores metodistas o prebisterianos de los “padres fundadores” o los altos criterios de Lincoln o del trascendentalismo (Thoreau, Emerson), la sociedad ha tenido una ética, un sentido de tarea y nobleza espiritual.

Otra cosa es dedicarse a hacer dinero o a la droga sólo para tapan un vacío. El sistema tiende a volverse mezquino y deshumanizado.

El capitalismo y el neoliberalismo toman la vida como una mera competencia. Esta es una noción crematística sin solidaridad ni compasión y sin gusto por el sabor de la vida. Se trata de una rivalidad de egos, de un partido de box entre fatuos o “rambos”. Una visión más alta y más humana es la de considerar a la vida como una exploración del Misterio y también como un servicio o una misión sagrada. Entonces ya no se trata de competir sino de ser con plenitud, con profundidad, y también de disfrutar de la humanidad de la vida: la amistad, el amor, el arte, el ocio, la creatividad. El modelo neoliberal carece de alma, no tiene ética.

Por lo demás, la demanda de drogas en los Estados Unidos es tan alta que está corrompiendo al Planeta. El tráfico de drogas podría disminuir si los países consumidores aceptaran que sus sociedades están enfermas, y que, por medio del dinero, traspasan su mal a los países pobres -en las forma de mafias, violencia y corrupción organizada- y si, a partir de ese reconocimiento, emprendieran profundas reformas educativas, económicas y sociales.

Pese a todo lo dicho, no seríamos justos si no anotáramos las virtualidades de los Estados Unidos: el régimen de libertades, el respeto general a la ley, a la verdad y a la palabra dada, el apoyo gubernamental al desarrollo de la investigación y a las universidades, el pluralismo y la libertad de cultos, el notable civismo de las pequeñas localidades, la honestidad y religiosidad de mucha gente, el pragmatismo que se aplica en muchos campos (el cual contrasta con la burocracia tortuguésca de los países latinos y eslavos), los avances científicos y técnicos, en fin, la capacidad organizadora. Hacer un beneficio de inventario del modelo norteamericano resulta oportuno, indispensable. Las sombras que denunciamos no disminuyen nuestro afecto por un pueblo tan valioso y tan grande como el norteamericano.

América Latina tiene mucho que aprender de los norteamericanos. Que no imitemos sus errores. Que imitemos sus virtudes.

5 4
LA FAMILIA EN EL
AÑO 2000

Dentro de los principales cambios que afectaron a la sociedad a fines del siglo XX, también la familia, célula básica de la sociedad, experimentó grandes crisis y transformaciones. Proliferaron el divorcio y las uniones “de hecho”, los lazos familiares se debilitaron, las mujeres reivindicaron sus derechos, los homosexuales reclamaron contra la discriminación y el menosprecio y se generalizaron cuestiones nuevas: tales como el control natal, el aborto y las familias incompletas (uniparentales), etc, etc. Ahora cada vez hay más personas que viven solas.

Los problemas de la sobrepoblación y la supervivencia económica han traído la necesidad de contar y aun de imponer - en ciertos países muy poblados - la planificación y el control de los nacimientos. Se trata de una cuestión insoslayable que no debe ser confundida con el aborto. Un asunto es el control antes de la concepción y otro, muy distinto, el aborto. La práctica del aborto es un crimen y una aberración que va contra el instinto materno y cuestiona profundamente la moralidad de la madre. Es uno de los atentados más graves contra la dignidad de la vida humana, y es un atentado cobarde, contra un ser que aún no puede defenderse. La proliferación del aborto es un azote y el trauma de miles de madres.

Algunas reivindicaciones femeninas tienen toda la razón de ser, pero muchas mujeres por exagerar sus demandas han perdido la dimensión del hogar y la ternura, y han abandonado algunas virtudes de esposas y madres y, con ello, también han perdido al hombre. Numerosas mujeres ahora valoran sus trabajos o profesiones pero no el hecho de ser madres, cuando la maternidad es la tarea más alta: dar origen a otra vida e ir formando sus hábitos y valores. La maternidad debería ser

entendida como una tarea no sólo biológica y nutricia, sino también como una obra de cultura y realización humana.

Otro problema es el del medio en que crecen los niños y jóvenes. Los niños y jóvenes crecidos entre la televisión y la calle, sin la ternura de los padres y sin contacto profundo con la naturaleza, devienen en individuos fríos, violentos, agresivos, sin rumbo y sin horizontes trascendentes. El niño necesita afecto y guía, ambiente sano y educación, límites claros (pero no castigos absurdos) y estabilidad.

Existen tres formas de competencia sexual por el poder: la competencia por presas sexuales (el donjuanismo), la competencia entre sexos (machismo y feminismo exacerbado) y la que ocurre entre cónyuges (típica de la sociedad seudomonógama). Y sin embargo algo nos dice que la verdadera vida es más amplia y menos conflictiva, más auténtica y más sencilla, más íntima y menos donjuanesca, más acogedora y menos competitiva. Es como si no conociéramos o no comprendiéramos bien las fórmulas adecuadas para la convivencia humana...

5 5
REPETICIÓN O PROGRESO

El Hinduismo ha considerado que el Universo es una repetición incesante. El mundo sería como una serpiente que muerde su cola. El Judaísmo y el Cristianismo, en cambio, han visto la historia como un crecimiento o progreso hacia el reino mesiánico. Para el Hinduismo Brahma crea, Vishnú conserva y Shiva destruye y la Divinidad vuelve a crear y así siguen los ciclos: se trata de un juego interminable, de una danza cósmica. Para las religiones bíblicas, en cambio, el ser humano es un peregrino que viaja a Dios. Este sentido de progreso, este optimismo, es el que inspiró a la Ilustración en el siglo XVIII y a los movimientos sociales y políticos del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. Pero la Ilustración era un poco ingenua y creía que la razón y la ciencia llevarían necesariamente a un mundo mejor. La misma idea de progreso está en Teilhard de Chardin: la historia natural es una cosmogénesis, la historia humana es una antropogénesis, vamos hacia la Parusía (el encuentro con Dios). La noción cíclica o de repetición lleva al fatalismo. La de progreso, al esfuerzo y la superación. Es creativa y dinámica.

Ahora los pensadores e historiadores miran a la Historia con más cautela. Luego de horrores como las dos Guerras Mundiales, los genocidios, la guerra regionales, civiles y raciales y los usos de la ciencia para inmoralidades, la gente es más recelosa y escéptica. Incluso revaloriza algunos elementos del pasado, que la Ilustración y el Racionalismo despreciaban (por ejemplo la vida natural, las filosofías orientales). Pero las caídas y crisis no deben hacernos perder de vista la meta de plenitud a que está llamado, por vocación, cada el ser humano.

5 6 ESTILOS DE VIDA

Los incesantes apremios del sistema consumista nos pueden hacer creer, a principios del siglo XXI, que no existe otro modo de vida que este urbano, estresado y contaminado existir en ciudades donde se siente la aglomeración urbana, el desesperante tráfico de vehículos y la constante presión de las multitudes. Pero los más grandes y más profundos poetas y filósofos de todas las épocas, nos han mostrado, con gran espíritu de libertad, las virtudes y encantos de otros estilos de vida más sencillos, más personales, más sueltos y más humanos.

Fue Horacio quien, frente a la vida estúpida y corrompida que se llevaba en Roma, inició la poesía de elogio a la vida sencilla y campes-
tre:

“Dichoso el que de pleitos alejado
libre de toda usura
labra el campo paterno (...).
No tiene que temer la mar bravía
ni como los guerreros
despertar del clarín amenazante
a la llamada súbita,
ni visitar los pórticos solemnes
de los grandes, ni el foro... (...)
Ya a veces en un valle recogido
ve errar su hatu remoto
ya esquila sus ovejas, ya recoge
la miel en limpias ánforas...”

El grato ejemplo de Horacio fue seguido en la España del Siglo de Oro, por el altísimo genio de Fray Luis de León, que llevó a la excelencia ese género poético e indudablemente superó a su maestro:

“Que descansada vida
 la del que huye del mundanal ruido
 y sigue la escondida
 senda por donde han ido
 los pocos sabios que en el mundo han sido: (...)
 No cura si la fama
 canta con voz su nombre pregonera,
 ni cura si encarama
 la lengua lisonjera
 lo que condena la verdad sincera. (...)
 ¡Oh monte, oh fuente, oh río,
 un día puro, alegre, libre, quiero;
 no quiero ver el ceño
 vanamente severo
 de quien la sangre ensalza o el dinero. (...)
 Vivir quiero conmigo
 gozar quiero del bien que debo al Cielo
 a solas, sin testigo... (...)
 Del monte en la ladera
 por mi mano plantado tengo un huerto,
 que con la primavera
 de bella flor cubierto
 ya muestra en esperanza el fruto cierto. (...)
 Y mientras miserable-
 mente se están los otros abrasando
 con sed insaciable
 del peligroso mando,
 tendido yo a la sombra esté cantando...”

Un ideal y una forma de vida que ha sido planteada también, y abundantemente, en la antigua China, sobre todo por los poetas y filósofos taoístas. Precisamente hay una poesía de Tung Chungfeng que nos recuerda las odas de Horacio y Fray Luis de León:

“Amo mi choza de bambú, en la ribera
 donde las rocas se mantienen vigilantes.
 Es mi retiro recoleto, delicioso,
 dulce, agradable,

de las cosas del mundo
 lejos, aparte.
 Ni los salones ni las torres de más rango
 son comparables a mi retirada choza
 con su lozano prado...(…)
 ¿Quieres saber en donde está el secreto de mi dicha?
 Miro a los peces que se nutren en las aguas
 y yo me nutro con la luna y con las flores,
 amables charlas,
 aroma del incienso,
 lecturas sanas.
 Para mí pocas cosas necesito.
 ¡Son tan magníficos los montes y mi río! (...)
 Dulce y feliz hogar del mundo separado,
 libre de que trivialidades lo atosiguen.
 Sientes en ti el contentamiento
 del que nada vano persigue,
 del que nada ambiciona
 ni en sombras vive. (...)
 Bastan los libros y las flores de tu prado
 para tu dicha,
 para que de paz goces
 y alegría”....

Indudablemente el simple jardinero que riega su jardín y los viejos amigos que conversan en un alegre café son más felices y plácidos que el importante “ejecutivo” que come apresurado, teléfono en mano, y no conoce las delicias del hogar, de la amistad serena y de la calma.

Reflexionar sobre una vida alternativa nos puede ampliar la mente. Derrotado el Marxismo, los economistas, los “expertos”, los neoliberales, nos quieren convencer de que la historia ya ha terminado con la “feliz” implantación de un modelo y un estilo de vida, que son la concentración del poder económico en pocas manos, la idolatría del dinero y la degeneración de un sistema. Volver a las páginas de Horacio, de Fray Luis, de Tung Chungfeng, y, por cierto, de Henry David Thoreau, nos permite vislumbrar otros posibles modos de vida y recordar ciertos valores humanos más importantes que “el mercado” y es entonces

que admiramos a ese norteamericano que se encamina a vivir en Vilcambamba o ese sueco y esa danesa que se establecen cerca de Antigua Guatemala. ¿Huída? Huida si, tal vez huída y a la vez cordura. Cordura para dejar una civilización viciada. Ya nos enseñaba el gran Séneca que: “No hace al rey la riqueza/ni los trajes purpúreos, /ni el techo de oro nítido, /ni la frontal diadema./ Rey es quien tiene el alma/en paz y no guarda en el pecho/ insensatos/anhelos ni pasiones...”

5 7

HISTORIA DE LOS IDEALES

La progresiva unificación del mundo ha modificado profundamente la vida humana. Lo extraño, lo diverso, lo inusual invaden la vida cotidiana. La televisión, el avión y el teléfono han derrotado a las distancias. El turismo nos enseña otros paisajes, criterios diferentes y distintas costumbres. El arribo de la tecnología y la velocidad ha traído una avalancha de incitaciones e informaciones, a punto tal que en esta nueva sociedad el ser humano resulta sobre-estimulado. Al mismo tiempo, las guerras, la crueldad, los genocidios, la tortura, la corrupción y las rutinas incesantes, sin horizontes, han llevado a la desesperanza y el vacío. Existe una gran desorientación y también muchos solitarios. Las viejas pautas han sido cuestionadas, muchos ensayan rebeldías o respuestas irracionales y destructivas, otros se esconden en las sectas o en las drogas y no pocos desfogan lo que no saben qué es, con la violencia brutal y el odio a lo desconocido.

Fin del Marxismo y de la “Guerra Fría”, resurgimiento del racismo y reivindicaciones de las etnias oprimidas, proliferación de sectas y desencanto de las sectas, ecologismo activo y tragedias ecológicas, feminismo avanzado y reacciones fundamentalistas, liberación sexual y propagación del SIDA, insistencia en los derechos humanos y dominación de la corrupción y la manipulación de los medios, negociaciones de paz y mayor refinamiento de las armas. Estamos en una época de acelerados cambios y rápidas transiciones, en la que las ideologías y las reglas tradicionales se ven tironeadas de todos lados y entonces nos preguntamos qué es lo correcto y adecuado y cómo puede enrumbarse la sociedad.

En un momento así nada más útil que volver sobre las eternas realidades de la personalidad humana. El ser humano se guía y se mueve por deseos, ilusiones e ideales. El ser humano sin aspiraciones se estanca. Los ideales y los valores son las pautas que guían a las personas.

Y mientras los valores los recibimos o los escogemos, los ideales son elementos que brotan no de dogmas, de moralismos, de reglas impuestas, sino de las eternas necesidades del hombre, de su esencia, de lo que requiere para respirar el espíritu humano, de sus anhelos inmortales. Los ideales son metas. Son, como diría Leonardo Da Vinci, las estrellas a las que nos atamos. El ideal, dice la Real Academia Española, es un “prototipo o modelo”. Es la alta luz de la esperanza, que es la virtud necesaria para que lleguen todas las otras virtudes.

En Confucio, en el siglo VI a. C., y en el Confucianismo encontramos los ideales de armonía universal, responsabilidad social, respeto y corrección. El ideal de un orden ético se halla en los Diez Mandamientos dados a Moisés, en la “Ética” de Aristóteles y las obras de Cicerón, en los preceptos islámicos y la ética confuciana. El ideal de armonía universal lo volvemos a encontrar de otra manera, en las utopías de Campanella, Tomás Moro y otros, en los socialistas mal llamados utópicos, en la Comunidad Findhorn. Pero el Confucianismo quería “volver” a un orden mítico anterior, es conservador y su misma idea de la conducta “apropiada” denota cierta rigidez, cierto legalismo, hasta cierto punto parecido al de los fariseos y esenios, al de los judíos ortodoxos, y los puritanos, al de los católicos integristas y los fundamentalistas islámicos. El Socialismo y el movimiento New Age, en cambio, han buscado crear un orden nuevo y mejor, más humano y más creativo..

En el Taoísmo hallamos el ideal del retiro sabio y feliz junto a la Naturaleza, y también el ideal de sencillez o simplicidad, presente también en el Cristianismo Franciscano, Valdense, Menonita, Amish y Cuáquero. El retiro sabio junto a la naturaleza ha sido practicado por filósofos como Lao Tze, Montaigne y Henry David Thoreau. Fue cantado por Horacio, Fray Luis de León y Li Tai Po. El Taoísmo también presenta el ideal de la felicidad alcanzada mediante una actitud flexible.

El ideal de serenidad y tranquilidad se encuentra en el Hinduismo, el Budismo, el Taoísmo y el monasticismo y la mística cristianas. San Benito de Nursia, el fundador de la Orden Benedictina, adoptó como lema la frase de los Salmos: “Busca tu paz y síguela”. La serenidad es indispensable para la vida del espíritu y la adquisición de orientación y sabiduría. Nuestra civilización ha descuidado este ideal. El Capitalismo

es una civilización “estresada”. El Capitalismo es una civilización sin serenidad.

Con el Budismo en siglo VI a. C. asoma el ideal de moderación. La moderación es también el ideal ético de Aristóteles. Los excesos, dice el filósofo griego, son enfermedad y tiranía. “Los extremos son vicios”. Las virtudes se hallan equidistantes de los extremos. La sabiduría es equilibrio. Por eso Buda, el Iluminado, enseña el Sendero Medio, la vía de la moderación. Por otra parte, el ideal de equilibrio, desde Hipócrates, está en lo mejor de la Medicina, y en la Ecología. Los Pielos Rojas creían que el ser humano, para estar bien, necesita vivir en armonía y equilibrio con las demás criaturas de la naturaleza. En China y Corea la medicina buscó el equilibrio entre lo femenino y lo masculino, entre lo pasivo, húmedo y receptivo y lo activo, seco y agresivo, entre el ying y el yang. No existe salud ni bienestar sin equilibrio, sin moderación. Alexander Solzhenitzin cree que sólo la moderación puede permitir que el ser humano sobreviva a los grandes problemas del siglo XXI.

Asimismo en el Budismo está el ideal de compasión hacia todos los seres vivos. En la Cristiandad la compasión solía dirigirse únicamente a los seres humanos, pero con San Francisco la compasión, igual que en el Budismo, incluye a los animales y a todos los seres de la Creación. San Francisco predicará a los pajarillos y al lobo de Gubbio, San Antonio de Padua, su discípulo, a los peces, y el ruso ortodoxo San Serafín de Sarov, a un oso. Esto no obstante, la Cristiandad es distinta al Budismo en cuanto no sólo habla de compasión, sino de perdón, de amor al prójimo y amor hasta la entrega de la vida y el sacrificio heroico. “No hay amor mayor que el de dar la vida por el amigo”, dice Jesucristo. El Budismo es sereno. El Cristianismo es apasionado. Un apasionamiento que producirá muchos héroes y una gran literatura: San Agustín, Kempis, Eckhart, Tauler, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Erasmo, Tomás Moro, Lutero, Beecher Stowe, Dostoyevski, Tolstoi, Claudel, Chesterton, Mauriac, etc, etc.

El gran ideal de la paz universal aparece en el profeta Isaías, en los Cristianos (sobre todo en San Francisco y en los cuáqueros y menonitas), en Manuel Kant y en Tolstoi y por cierto en Gandhi y en la Fe Bahá, que proclama la unión de toda la Humanidad. Gandhi afirma que

la no violencia es el único método de lucha digno de considerarse moral y humano. El ideal de la Paz ha sido recogido en la Carta de las Naciones Unidas.

Los Cristianos, es cierto, no siempre hemos estado a la altura de los ideales de amor y paz, que han sido más bien aplicado por pequeños grupos e individuos, porque el amor y la paz exterior suponen en primer lugar estar en paz con uno mismo, es decir, aceptarse y tener una vida interna propia, profunda y honrada. El Cristianismo no es algo que se pueda imponer por decreto, oficializando unas jerarquías, una autoridad, una religión. La oficialización del Cristianismo en el siglo IV d. C desfiguró a la Iglesia. Lo esencial del Cristianismo es la conversión, es el cambio interior, que lleva a la práctica del amor y la consiguiente realización.

El ideal de justicia aparece ya en antiguos textos egipcios como “el Alegato del Campesino Hablador”. En este “Alegato”, de más de tres mil años de antigüedad, se dice que el Estado debe ser como padre para los huérfanos, como esposo para las viudas y apoyo de los ancianos y pobres. El ideal de justicia se proyecta en la vieja noción zoroastriana de “juicio final”, que pasará al Judaísmo (sobre todo a los profetas Jeremías, Ezequiel, Daniel y Malaquías y a los esenios y la gente de Qumram) y también al Cristianismo, con el propio Jesús, tan apasionado por los despreciados y los pobres. Desde luego, este ideal hará eclosión en Juan, el terrible poeta del Apocalipsis. Sí, me inclino a creer que la visión apocalíptica no sólo es escatológica sino que es una proyección del anhelo o demanda de justicia en un mundo enfermo de injusticias, es un reclamo del espíritu humano. Pero cada quien vive su juicio, el balance de una vida es al final de sus días, cada sociedad cosecha lo que ha sembrado y cada civilización tiene su tiempo y su fin.

Los ideales de la Europa Medieval, mezcla de Cristianismo y valores romanos y germánicos, son muy atractivos y han marcado a muchas generaciones: el santo pobre, caritativo y milagroso, el caballero gentil, valiente y romántico, la dama dulce, pura, inocente, intangible, el servidor leal a toda prueba. Ciertamente que en la vida real del Medioevo las gentes no eran tan buenas ni tan nobles y muchos eran crueles, ignorantes y depredadores, pero toda la sociedad aspiraba a grandes idea-

les, que resultan altísimos si se los compara con el mundo chato y “standard” de mucha gente del siglo XX. Es de resaltar que los ideales personales de la Edad Media tendían a hacer de cada quien un individuo único, irrepetible, incluso famoso por su diferenciación del resto. Esto poco tiene que ver con el mundo capitalista y consumista en el que el ideal es hacer dinero y todos hacen lo mismo con su vida (el mundo mezquino, que Sinclair Lewis denuncia en “Babbit”).

El ideal de justicia de la Edad Media alienta a los “caballeros andantes” y a las órdenes religiosas militares. Este es también el ideal de Cervantes, quiero decir, de Don Quijote. El Caballero de la Triste Figura sale por el mundo a combatir para enmendar entuertos y desfacar agravios. En la España del 98 brilló el genial Quijote Don Miguel de Unamuno y en nuestra América ha habido también grandes quijotes, espíritus de libertad y conciencia clara como Juan Montalvo, Domingo Faustino Sarmiento y José Enrique Rodó. Es significativo que precisamente Montalvo escribió, imitando “un estilo inimitable”, los “Capítulos que se le olvidaron a Cervantes”.

Por otra parte, el mismo ideal de justicia se ha concretado en la noción de separación de poderes (teorizada por el Barón de Montesquieu) y en la independencia de los jueces, primeramente aplicada en Inglaterra.

La Revolución Francesa puso entre sus postulados “la igualdad”, manifestación de un cierto tipo de justicia, la justicia social, que los socialistas transformaron en el imperativo por excelencia. Saint Simon, Roberto Owen, Charles Fourier y, en otro estilo, Carlos Marx y también algunos anarquistas como Proudhon, quisieron que reinara la justicia igualitaria. Este ideal motivó la Comuna de París y una serie de revoluciones, incluidas la Rusa de 1917 y la China de 1949. El ideal o principio de igualdad desde luego, no se refiere a una igualdad absoluta y total sino a la igualdad de derechos y obligaciones fundamentales y a la igualdad de oportunidades, la propia justicia exige reconocer las diferencias de esfuerzo, capacidad y cultura. Lo contrario, es decir, el adoptar un ideal único y excluyente lleva al desequilibrio y a la tiranía. Justamente el desequilibrio del Marxismo se debió al excesivo hincapié en la justicia económica, con prescindencia del aporte y los méritos indi-

viduales y sin consideración para con las libertades personales y de conciencia. Lenin y Stalin desviaron y deformaron al movimiento revolucionario ruso y establecieron un régimen de terror e idolatría, en lugar de la democracia igualitaria que en realidad pedía el pueblo Ruso. Inicuo ejemplo que luego fue seguido por Mao, Ho Chi Minh, Castro y otros “revolucionarios”.

En Occidente el movimiento obrero, tanto como algunos políticos, escritores, líderes feministas y religiosos pusieron una creciente presión para que se efectúen reformas tendientes a conseguir una sociedad más justa. A menudo este imperativo fue dejado de lado para atender a los intereses de una oligarquía o al culto del Estado y la guerra, pero, a pesar del inmenso derroche de energías, se consiguió mejorar las cosas y, por lo menos en algunos países, las condiciones de vida de la mayoría mejoraron ostensiblemente. Sin embargo, a fines del siglo XX una nueva superficialidad cremástica quiere prescindir del ideal de justicia y lo reduce todo a la vigencia del afán de lucro y del mercado, sin solidaridad ni ideales. Evidentemente este “Neoliberalismo” es antihumanista, antiespiritual y anticristiano puesto que deja de lado el derecho y la necesidad de todas las personas a unas mínimas garantías de trabajo, bienestar y solidaridad.

El Marxismo pedía la justicia, pero sin preocuparse de la libertad. El Neoliberalismo exige libertad económica pero olvida la equidad social. Ambos representan visiones parciales y desequilibradas.

El ideal de justicia está ligado a la alta noción de los derechos humanos. Esta noción proviene principalmente de la concepción de la persona humana que hallamos en los profetas judíos, en Jesucristo y en las ideas sobre libertad y ciudadanía que encontramos ya en la antigua Atenas y, posteriormente, en la llamada Carta Magna. Las nociones sobre los Derechos del Hombre y del Ciudadano se precisaron con la Ilustración y las Revoluciones Francesa y Norteamericana. Todo ser humano tiene derecho a la vida, a ser respetado, a su bienestar integral, a la libertad de pensamiento y religión, a ser él mismo, a vivir en paz y moverse libremente, a trabajar en algo con sentido y a buscar la felicidad. No puede olvidarse aquí el nombre del ilustre Thomas Jefferson, que escribió el mejor y más preciso resumen de estos derechos

Los derechos humanos son consustanciales con la persona humana. Estos derechos son anteriores a los fueros de los Estados, naciones, iglesias, religiones, organizaciones y ejércitos. Por ello en ningún caso puede alegarse que las cuestiones sobre derechos humanos son intromisiones en la política interna de un país. La conferencia de Puebla de los obispos católicos latinoamericanos hizo bien al señalar que la violación de los derechos humanos es una aplicación de la idolatría del poder.

El optimista ideal de progreso está en el Judaísmo (sobre todo en Isaías), en Leibnitz, en los Enciclopedistas franceses y los revolucionarios norteamericanos, en Lamark y Darwin (la evolución), en Emerson y Walt Whitman, en Teilhard de Chardin y Bergson (evolución y espíritu). Este ideal va contra el vacío de la rutina, contra la repetición de ciclos, contra el fatalismo, contra el estancamiento y la rigidez. La noción de la historia cíclica lleva al fatalismo, la sumisión y el estancamiento. La idea de la historia como progreso, en cambio, conduce al mejoramiento de la vida, a la realización del ser humano, lleva al crecimiento, la plenitud y al encuentro con Dios.

El gran ideal de la libertad está en Moisés y en el libro del Éxodo, en los filósofos griegos y como Diógenes y Aristóteles. En Erasmo de Rotterdam y Jacobo Arminio. Lutero, al tratar del libre examen, en realidad reivindicaba la libertad de conciencia, el derecho de la conciencia individual para considerar los asuntos por su propia cuenta. Montaigne vive su libertad individual al crear sus "Ensayos". Más tarde, el ideal de libertad se expresa en la Ilustración, con Rousseau y Voltaire, con Laffayette y Jefferson, con los promotores de la Revoluciones Francesa y Norteamericana y en América Latina, con Francisco de Miranda, Eugenio Espejo, Hidalgo, Morazán, Bolívar y San Martín. El ser humano es la criatura que piensa y elige. La libertad es parte de su esencia. Calidad humana y libertad van juntas.

El ideal de tolerancia se anuncia en la España de Alfonso X el Sabio (1221-1284), el "Rey de las Tres Religiones". Durante su reinado convivían y prosperaban juntamente católicos, musulmanes y judíos. Este ideal también aparece en el notable emperador mogol de la India Akbar (1542-1605), el más importante del periodo musulmán. Akbar

rehizo el imperio, protegió la cultura, fomentó la tolerancia e incluso intentó crear una religión que unificara el Islam, el Hinduísmo y el Zoroastrismo. Más tarde, en el Renacimiento, la tolerancia es enseñada primero por el ilustre Erasmo de Rotterdam y luego por el filósofo francés Miguel de Montaigne. En medio de las llamadas “Guerras de Religión”, las más absurdas de todas, Miguel de Montaigne mantenía abiertas las puertas de su casa a todos los partidos. Y hallamos también a Enrique IV de Francia que, con el Edicto de Nantes, instala la tolerancia religiosa. Lamentablemente ese edicto fue derogado más tarde y con ello se obligó a emigrar a los Hugonotes.. En el siglo XVIII Voltaire vuelve a abogar por la tolerancia y lo mismo hace Benjamín Franklin. En la India en el siglo XIX Ramakishna predica el ideal ecuménico y en el siglo XX Gandhi y Rabindranath Tagore abogan asimismo por la tolerancia.

El ideal de calor humano y afecto está presente en las nociones de familia y pareja y responde a la necesidad de cariño y seguridad que experimentamos todos los hombres y mujeres. Sin amor y sin cierto grado de seguridad, el niño, el ser humano, enferma y no se desarrolla. La poesía provenzal y la novela romántica exaltaron el amor de la pareja Dignas de recordación son las obras de Lamartine, Manzoni y Jorge Isaacs. Edmundo de Amicis, con su libro “Corazón”, expuso el ideal del amor a los padres y a los hijos. Charles Dickens, con sus insuperables novelas sobre la triste vida de los niños huérfanos o abandonados y también Tolstoy, Dostoyevski y Gorki, esos grandes rusos, con su ternura y dolor, por contrapeso, por el efecto del claroscuro, han suscitado la sensibilidad para reconocer el ideal familiar, presente, como paradigma, en José, María y Jesús, la humilde familia de Nazaret. Lastimosamente en la moderna sociedad tecnológica y consumista se ha perdido de vista este gran ideal, los morosos diálogos en torno al hogar han desaparecido, la gente vegeta acelerada, en incesantes rutinas y tráfigos, sin manifestarse cariño, los familiares no se hablan o hablan poco entre sí, la familia se ha desquiciado y los resultados son harto lamentables: soledad, vacío, droga y violencia.

El ideal estético es inherente al espíritu sano. Brilló en la armonía arquitectónica y estética del Antiguo Egipto y de Grecia, en las grandes catedrales y claustros medievales y en el arte del Renacimiento. Un re-

nacentista no era un especialista: quería ser un ser humano entero, desarrollado en todos los aspectos de su personalidad. Cultivaba por igual la poesía y las matemáticas, la Pintura y la Música, la Teología y el conocimiento de los clásicos. Era un ser humano completo y de hecho produjo una serie de creaciones excepcionales. Nunca ha habido intelectuales tan dichosos (Erasmus, Tomás Moro, Pico de la Mirándola, Montaigne) como en el Renacimiento. Pronto ello también se mostró en la Música, con Vivaldi y más tarde esa luz llegó hasta Bach, Haendel y Mozart. Los antiguos Griegos concebían integralmente al ser humano. Por eso las Olimpiadas combinaban los encuentros gimnásticos con el teatro y la declamación de poesías. La armonía estética alcanzada en Grecia es visible en sus templos, tan equilibrados, tan nobles, tan adaptados al paisaje. Frente a ellos, ¿qué podemos decir de los inhumanos rascacielos, de vejez tan horrorosa, donde no se vive sino que se vegeta apiñados?. Verdad, Bien y Belleza deben ir de la mano.

El ideal de una comunidad armoniosa de naciones, conforme al Derecho de Gentes, aparece con Erasmo de Rotterdam, con el padre Francisco de Vitoria, con Komensky, con “La Paz Perpetua” de Manuel Kant y en los sueños del Presidente Woodrow Wilson. Todas las naciones del orbe, dice el padre Vitoria, forman una comunidad, son una familia de naciones y deben ser una armonía dentro de la pluralidad. Por encima de los intereses nacionales está el bien común de la Humanidad. Esta doctrina rechaza la razón de Estado del maquiavelismo y rechaza también la idolatría nacionalista pues como decía Terencio, “nada humano nos puede ser indiferente”. Nacionalismo y racismo absolutizan lo relativo, en perjuicio de la humanidad.

El ideal de sensatez, de usar el sentido común, propio de gente equilibrada, se halla sobre todo en la civilización china (es “lo razonable”), en Erasmo, en Jaime Balmes (con su libro “El Criterio”, injustamente despreciado), en William James y su pragmatismo, en Bertrand Russell y Lin Yu Tang (“La Importancia de Vivir”). Se halla también en Francisco de Vitoria cuando asevera que lo inhumano e irracional carece de fuerza de ley. Y, desde luego, el ideal de sensatez, el sentido común, resalta en las consideraciones y razonamientos del bueno de Sancho Panza, en la novela inmortal. A lo largo de la historia el sentido común ha sido el privilegio de los humoristas. Recordemos a Boccaccio, a

Erasmus con su “Elogio a la Locura”, a Tomás de Iriarte y sus fábulas, a Jonathan Swift y sus “Viajes de Gulliver”, a Mark Twain y G.K Chesterton y en otro plano, Charles Chaplin y Cantinflas. Allí donde los demás se exceden en rigidez o idolatría, el humorista nos vuelve a la realidad y dice: miren la desmesura de este y lo enano de ese y lo ridículo de aquellos. Tal vez el sentido del humor debió servir para curar a la humanidad de la fiebre totalitaria que acometió al mundo en el siglo XX. ¿Acaso no son cómicos y ridículos los desfiles y visajes de los miles de robots y fanáticos uniformados? Henri Bergson escribió un breve y sabio tratado sobre “La Risa” donde precisamente descubre que la rigidez y la torpeza son los elementos que producen risa.

El gran ideal de la Verdad ha sido el objetivo de todos los grandes sabios, científicos, místicos, filósofos, pensadores y reformadores, desde Akenatón, Zaratustra, Confucio y los presocráticos. Hay personajes que abrieron ancho cauce a la verdad al enunciar claridades y denunciar prejuicios y mentiras. Los grandes apóstoles de la verdad son los transformadores de la historia.

Por fin, el ideal de los constructores de las pirámides egipcias era indudablemente la eternidad y el ideal de los constructores de las catedrales góticas, el ideal de Bach y de San Juan de la Cruz es elevarse a Dios. Juan Sebastián Bach dedicó todas sus obras “sólo a la gloria de Dios”. “Honrar a Dios es instruir al hombre”. Las construcciones clásicas y románicas eran sólidas y equilibradas pero quizá demasiado terrenas. Las columnas de las catedrales góticas, en cambio, se hacían cada vez más altas, más aéreas, más nobles y livianas e iban adelgazándose hasta transformarse en agujas que parecían penetrar en el propio Cielo. Asimismo las fugas de Juan Sebastián Bach se desglosaban, se separaban, se sucedían y jugaban elevándose, estirándose, trepando siempre, anhelando siempre, amando siempre, hasta el inefable e inasible Dios. Columnas y fugas, arquitectura y música, eran estiramientos para llegar a la eternidad, y así también era la poesía de San Juan de la Cruz.

El gran símbolo de todos los ideales es indudablemente Don Quijote, el caballero que lucha por la Verdad, la Belleza y la Justicia, cuyas acciones deben pasar por el cedazo práctico del sentido común, representado por Sancho Panza, pues los ideales cuando se convierten en

ideas fijas, llevan a extremos desmesurados (Don Quijote y Sancho se necesitan mutuamente: ideal y sentido común tienen que completarse).

Pero hay exageraciones teóricas que distorsionan los verdaderos ideales. El ideal de Bien puede deformarse y resultar perfeccionismo neurótico. El ideal de patria puede desfigurarse y convertirse en Nacionalismo. El ideal de pureza puede llegar a ser maniqueísmo o integrista. El afán de verdad puede hacerse criticismo escéptico y amargo. El anhelo de orden puede trocarse en obsesión y fanatismo.

El ideal no es el absurdo o imposible. El ideal es una clara bandera. En la Antigua Grecia los epicúreos querían forjarse una vida sin sufrimiento. Esto es imposible. Los estoicos querían formar gentes sin grandes pasiones y sin miedo. Imposible. Los budistas querían suprimir todos los deseos. Imposible. El maniqueísmo quería liberarnos de la materia. Imposible. El fariseísmo y el puritanismo han querido un mundo sin pecado. Imposible. En el Medioevo la corriente “angelista” quería un ser humano sin vida sexual. Imposible. El racismo ha querido eliminar “las otras razas”, la gente “diferentes”. Imposible. El machismo ha querido un mundo en el que lo femenino esté completamente dominado. Imposible. El Racionalismo pretendió prescindir del aspecto trascendente. Imposible. Los fundamentalistas quieren una sociedad que aplique una ley religiosa al pie de la letra. Imposible.

El ideal no supone deshumanizarnos sino aceptarnos como somos y desde ahí mejorarnos. El ideal debe estar en el horizonte y debe ser una bandera definida y no una bruma lejana, pero no puede ser un ídolo, pues el Dios verdadero es inefable e irremplazable.

Lo contrario del ideal es la ambición. El ideal responde al anhelo de realización del espíritu humano. El ideal resulta del ser mismo del hombre. La ambición, en cambio, es fruto del ego, de la codicia y la envidia, del yo inventado e inflado por fantasías y complejos. El idealista cree en el ser humano: es don Quijote exaltando a Dulcinea, es Jesucristo llamando a los hombres al amor y a una vida plena. El ambicioso, en cambio, rebaja al ser humano a la condición de mercancía desechable. La vida entonces no tiene sentido y se la ve sin valor. El operador de un misil aprieta el botón y destruye con un simple acto una ciudad entera. Es un pequeño acto para un mal inmenso. Decenas de mi-

les vidas en Hiroshima y Nagasaki no significaban más que números. Seis millones de judíos y un millón de gitanos, polacos y sacerdotes y pastores en Auschwitz y Dachau no eran sino estadísticas. Lo que vale para la ambición es el ídolo: raza, poder o dinero.

La ambición corresponde al yo mezquino, exacerbado o alienado por el engaño del mundo. El demonio, al tentar a Jesús, le ofrece los reinos del mundo, del mundo que según el Hinduismo, es “maya”, es ilusorio. Dicen que en la conquista de América algunos indígenas, maravillados por el desesperado deseo de oro de los españoles, fundieron pedazos de este metal y se lo dieron a beber a los europeos que habían apresado. “Money, money, make money” es la consigna loca que ha deformado a Norteamérica. Acumular es una cosa. Disfrutar de la vida es otra.

El espíritu eterno levanta la bandera de los ideales. Don Quijote y Sancho, el sueño y el sentido común, salen por el mundo para restaurar los valores, corregir injusticias y ver por el orden verdadero. San Pedro Claver y el padre Damián, John Wesley y William Booth, la madre Teresa de Calcuta y Alberto Schweitzer dejan su comodidad para ver por los más míseros y enfermos. Tata Vasco y el padre Las Casas reivindicaban la suerte de los indios, Wilberforce combatía la esclavitud y Ghandi defendía a los “intocables”. Y científicos como Pasteur, Koch, Finlay, Fleming y Salk, con sus investigaciones y descubrimientos, liberaban a los enfermos.

En cambio, el ego mezquino, falso, e inflado, está en Caín y su prole intelectual, en Nerón y Calígula, en Atila, Hitler y Stalin, en todos los conquistadores que usurparon las tierras y patrias ajenas, en los traficantes de esclavos y los proxenetas, en los secuestradores, mafiosos, y narcotraficantes. Es el viejo combate entre la luz y las tinieblas, de que hablaban el Mazdeísmo, el Gnosticismo y los Esenios.

Fausto se vende a Mefistóteles por sus ambiciones. Don Quijote, como Jesucristo, dignifica a los seres humanos: en la pobre meretriz, en Aldonsa Lorenzo, en María Magdalena, no ven carne disponible para sexo fácil sino una mujer llamada a la plenitud, que puede florecer con el amor. Los ideales levantan, desarrollan, recuperan vidas para la vida plena. Los vicios y los males, en cambio, son círculos vicioso. La idóla-

tra ambición lleva a la nada, al vacío. El Rey Midas lo convertirá todo en oro pero a la hora del hambre no podrá comer nada. El infierno es monótono. El ideal es ameno y creativo.

La inspiración del ideal nos da los músicos y los médicos, los místicos y los buenos escritores, los grandes reformadores. Ideal o ambición: en la vida se trata de luces o sombras.

5 8

LA REFORMA MORAL:
Crear es una forma de amar

“La Reforma Moral, dice Thoreau, es el esfuerzo por despertarnos”. Las máscaras que usamos a menudo son frías y duras pero nuestra verdadera esencia es de luz, es semejante a Dios. Llamados estamos a buscarla y encontrarla mediante la vida interior y el amor

Nuestro planeta es muy hermoso pero el mundo dista inmensamente de ser un paraíso, especialmente ahora cuando vivimos una época de crisis: crisis de valores y crisis ecológica, en que la supervivencia misma de la vida sobre la tierra se halla amenazada. Pero una crisis es también una de oportunidad y, como decía Toynbee, estamos en un momento en el que podemos dar un buen giro a la historia.

Desde hace tiempo los pensadores utópicos nos propusieron el cambio de las sociedades y esta es la grandeza del Quijotismo: tener tan presentes los males del mundo, que uno se lanza a luchar para mejorarlo.

Marx nos dio un método más de análisis de la historia y de las sociedades pero, convertido en idolatría, llevó a tiranías antes que al paraíso. Con menos dogmas y más pragmatismo, guiados por un espíritu de amor y trascendencia, podemos forjar una sociedad más elevada, más humana.

Todo niño maltratado o abandonado es un reproche que clama y advierte sobre las posibilidades de un sombrío mañana. Toda persecución de un ser humano contra otro es un monumento a la incompreensión y la perfidia. Y todo acto en el que nos rebajamos o nos anquilosamos es una traición a nuestra realización, al luminoso destino impreso en las capacidades de nuestros ser.

La vida no esta hecha para desperdiciarla o estancarla, sino para que crezca, para que florezca en obras de creatividad, para que sea una obra de arte que ofrecer a Dios. Crear es una de las formas más altas de amar. Zaratustra enseñaba que el que produce frutos derrota a los demonios. La historia no ha terminado. Todo lo contrario: estamos llamados a completar el universo. Y ahora, en nuestro tiempo la paulatina fusión de las civilizaciones de Oriente y Occidente, el aporte de las ciencias y la riqueza de las religiones trascendentes nos ofrecen los elementos para encaminarnos hacia una sociedad de conciencia.

La civilización consumista, superficial, sin serenidad, tiene que desaparecer. El ser humano tiene que hallarse a si mismo en su interior. El verdadero orden social resulta de la paz interior, de la propia aceptación y sólo un ser humano renovado puede reconciliarse con la Naturaleza.

Un entorno sano y limpio supone una sociedad que tiene a la vida por sagrada y la respeta. “La vida no puede dividirse”. Hay que eliminar las armas y transformar las fábricas de armamentos. Hay que reemplazar las fuentes de energía que contaminan con fuentes limpias y hay que aumentar los bosques y los espacios verdes y tener los ríos limpios.

El respeto a la vida exige la superación de los fanatismos y nacionalismos pues toda patria es parte de una patria más grande y toda frontera, mental o física, es un muro que podemos derribar. Los prejuicios y las guerras carecen de derechos. Cada vida humana es única y sagrada y es más que cualquier institución, secta o gobierno. No cabe convertir en dioses a los Estados, a las religiones, a la ciencia o a los partidos. Toda idolatría es un desperdicio de vida y energía. Solo en el Ser que Se Es está la vida auténtica y entera, sin mentiras y sin alienaciones.

Una sociedad de conciencia tiene que estar centrada en lo trascendente del ser humano y guiada por valores y prioridades morales. Ello supone una educación universal y enaltecedora, e implica también el fin de la miseria y de los excesos: la propiedad debe conocer el principio de la moderación, de modo que haya lo suficiente para todos; el pleno empleo ha de garantizarse, con la realización de las grandes obras cívicas porque eso es lo que corresponde a la dignidad humana,

el crédito tiene que convertirse en un servicio social; y la pobreza crítica tiene que ser erradicada mediante un esfuerzo radical y concentrado. El entorno cultural ha de ser positivo: ha de existir libertad pero no libertinaje, la publicidad debe ser suficiente pero no un instrumento de manipulación y la televisión y la prensa han de jugar un papel enaltecedor. El niño, el joven, deben recibir un mensaje claro y noble. Ya los falsos profetas que predicaron el desconcierto y el mal hicieron mucho daño. Ahora es preciso humanizar la vida y llenarla del verdadero Dios. Hay que ir a una dimensión más humana tanto de las empresas como de las ciudades y de la sociedad en general.

Una existencia con sentido es vivencia profunda, sencillez, entusiasmo, es creación benéfica. Jesús relativizó las leyes religiosas y nos propuso el absoluto del amor, la nueva moral de las bienaventuranzas: ser desprendidos, misericordiosos, amigos hasta el sacrificio por el amigo, limpios de corazón, no violentos y pacificadores. Ahora nos hemos dado cuenta que un dios tirano y juez implacable es un dios inexistente. Que lo que hay es una presencia amiga, íntima, vivificante y eterna, que libera, que es comprensión, que perdona, que da sentido a las cosas, una vitalidad que motiva y renueva.

A todo lo largo de la historia se extiende un inmenso rastro de dolores, de crímenes, de absurdos, de traiciones y de mezquindades, pero también a todo lo largo de la historia asoman, como antorchas o estrellas, los grandes profetas, médicos e investigadores, los grandes creadores que han ido liberando y enaltecendo al ser humano, en una sucesión de floraciones que es como un viaje a la esencia y a la vida perfecta.

Cada vez que nos detenemos en lo mediocre y mezquino nos traicionamos a nosotros mismos y traicionamos nuestra vocación verdadera.

Nuestras vidas tienen que ser dedicadas a la noble causa de la vida.

59

LA EVOLUCIÓN INTELLECTUAL (Del siglo XVIII al XXI)

En el Siglo XVIII, “*El Siglo de las Luces*”, los escritores, los intelectuales se propusieron erradicar las supersticiones y prejuicios e iluminar al mundo con la sensatez de la razón y el credo de la Libertad. Es la época de Montesquieu, Voltaire, Diderot, Rousseau y D’Alembert. Había que liberar al hombre de la ignorancia y el fanatismo y estos pensadores tenían fe en el progreso y en la capacidad del hombre para mejorar. Voltaire en sus cartas y opúsculos quiere enseñar la tolerancia y eliminar las tinieblas. Thomas Paine predica la democracia, avalada por “el sentido común”. Mary Wollstonecraft (1759-1797) reivindicó por primera vez los derechos de la mujer con el lema “*la mente no tiene sexo*”. Los fisiócratas, con Quesnay a la cabeza, propugnaron el “*laissez-faire*” para asegurar el bienestar económico general. Adam Smith sostuvo que la libertad económica es el sistema más obvio y simple y el mejor camino hacia el bienestar general. “La Riqueza de la Naciones” pasaba por el terreno de la codicia individual. Así pues el optimismo reinaba entre los pensadores y escritores y a sus discípulos, los generales de la independencia americana, les llevaba a creer que estaban forjando un nuevo mundo lleno de venturas. Estas creencias se reflejaban fielmente en las proclamas de los patriotas americanos. Era tal la fe en el progreso liberal que, para usar la frase de Leibnitz, parecía que la humanidad se encaminaba hacia “*el mejor de los mundos posibles*”. Posteriormente un discípulo de los enciclopedistas, Augusto Comte, creará en el advenimiento de una promisoriosa etapa científica y positivista, pasadas las etapas previas de superstición religiosa y metafísica.

Los hechos, sin embargo, empezaron a golpear ese optimismo. Kant es un preludio de este fracaso: quiere catalogar todas las categorías mentales y decir todo lo posible acerca de los juicios, pero luego se ve

forzado por la realidad a saltar más allá de los fríos razonamientos y postula la necesidad práctica de contar con Dios y con el alma humana.

La Revolución independentista norteamericana de 1776 fue un éxito pero la Revolución Francesa de 1789 sólo tuvo consecuencias benéficas a largo plazo. La transformación norteamericana logró establecer un régimen de libertades y balance de poderes, pero lo que hizo la Francesa en lo inmediato fue instalar el terror. El Comité de Salud Pública y los fanáticos, con Marat, Danton, Fouché y Robespierre a la cabeza, dieron frecuente trabajo a la guillotina. Después, el paseo militar de Napoleón por Europa costó unos cuatro millones de muertos. El beneficio de la Revolución Francesa más bien se proyectó poco a poco: fue la consagración de las ideas de libertad e igualdad y el republicanismo.

Don Vicente Rocafuerte, que después fue presidente del Ecuador, escribe en 1821 que la Revolución norteamericana estuvo acompañada de un profundo sentimiento religioso, mientras que la francesa degeneró en terror porque faltó este elemento y muchos confundieron libertad con impunidad e irreligión. He aquí una importante observación. En todo caso, el mejor fruto de las dos grandes revoluciones del siglo XVIII fue la consagración del derecho de cada ser humano a vivir libremente su propia vida.

El optimismo del Siglo XVIII se ve replanteado en el Siglo XIX, ante la magnitud de los problemas y el asombro que causan determinados descubrimientos.

Después de la derrota de Napoleón, Europa cayó en el conservadorismo de la Santa Alianza. Los trastornos que vive Francia, el episodio sangriento de la Comuna de París, la Guerra Franco-Prusiana y la de Crimea dan cuenta de cómo siguieron gobernando gentes que no cumplían con los ideales.

La misma independencia de los países iberoamericanos no resultó la panacea. Al poco tiempo nuestros pueblos encuentran que se hallan empobrecidos por la guerra, sujetos a caudillos y tiranos y enormemente endeudados. La administración de los nuevos países resulta desastrosa. Los flamantes estados gastan en burocracia y milicia más que todo el régimen colonial hispano. En vez de formar grandes federacio-

nes como la norteamericana, los pueblos hispanoamericanos forman una serie de pequeños estados que guerrearán entre sí. La corrupción y el favoritismo empieza como un cáncer tenaz y, más allá de la lírica de los textos, el caciquismo viene a ser el sistema político real.

En Europa, el industrialismo trae mejoras a la sociedad pero crea una nueva clase proletaria y acarrea grandes sufrimientos. La vida de los obreros es miserable, se obliga a trabajar a los niños y no hay límites razonables para la jornada de trabajo. Las miserias de la sociedad inglesa fueron plásticamente dibujadas en las célebres novelas de Charles Dickens. Más todavía, la revolución industrial se hace a fuerza de exprimir y explotar a las colonias. Europa hizo sus capitales con el sudor de los esclavos, esquilmando a los americanos, asiáticos y africanos

Por otro lado, los descubrimientos científicos comienzan a rememorar toda la concepción del mundo: Pasteur con los microbios, Mendel con las leyes de la Genética, Darwin con la evolución, Mendeleev con la Tabla Periódica de los elementos químicos, Freud con el subconsciente, Max Planck con los cuanta.

Jean Jacques Rousseau, que era más emotivo que sus contemporáneos, había sido un disidente dentro de la pléyade de pensadores de la Ilustración. Mientras la mayoría de estos exaltaba a la razón, la diosa de Robespierre y de los enciclopedistas, Rousseau exaltaba el sentimiento y la revolución. Rousseau es en realidad el primer romántico y el abuelo de los revolucionarios del los Siglo XIX y XX. “El hombre nace libre pero en todas partes está encadenado” es su denuncia y esta denuncia cala hondo en Mazzini, Víctor Hugo, Marx, Freud y los escritores y políticos de las épocas siguientes. Los románticos exaltan las ansias de liberación y de justicia y por todos los medios los pensadores buscan hacer más libre al ser humano.

Hegel trata de reemplazar la lógica natural o aristotélica con la lógica artificial del proceso dialéctico (tesis, antítesis, síntesis). No deja de tener razón al ver a la historia como un proceso. Carece en absoluto de razón al contradecir al sentido común. Su idealismo es una exageración y exagerar al Estado Prusiano.

En Alemania, Herder y Fichte teorizan sobre la nación. Pronto el nacionalismo se transforma en un culto, en una idolatría belicista que gusta a Bismark, al Kaiser y después, a los generales nipones y a Mussolini. El nacionalismo es una idolatría culpable de una serie de guerras, inclusive de las más dolorosas de los siglos XIX y XX. La concepción nacionalista sacralizó las fronteras y acentuó una visión que sólo ve diferencias entre los pueblos. Es una ceguera primitiva e irracional que ignora lo accidental de esos límites y lo irrelevante de tales diferencias. El nacionalismo quiso ver la gloria en la matanza de “extranjeros” e inventó la “moral” de que todo es permitido si se hace con una bandera local en la mano. Ayudó a este culto tan belicoso y primitivo la generalizada ignorancia acerca de los diferentes países y las distintas culturas, así como una “educación” militarista y de aldea repleta de resentimientos y prejuicios. Ahora recién se empieza a hablar en los EE.UU de la necesidad de una educación cosmopolita conforme con las realidades culturales, ecológicas y planetarias. El respeto a la vida, la geografía universal, la ecología y los idiomas tienen que ser la base de la educación en todo el planeta.

Carlos Marx le da la vuelta a Hegel y hace una dialéctica materialista y revolucionaria. Sus advertencias son todavía valederas; sus soluciones, en cambio, han resultado inútiles y han originando grandes sufrimientos.

Otro filósofo, Arturo Schopenhauer proclama la omnipresencia de la voluntad y se vuelve hacia el ascetismo budista en busca de una salida, pero esta salida en realidad es una negación, un ir a la nada. Schopenhauer hizo una serie de observaciones interesantes y útiles. Su enorme talento se ve reflejado en libros encantadores como “Arte del Buen Vivir”, pero Schopenhauer nunca logró integrar los elementos femeninos en su universo mental y por eso odió a la mujer y a su modo de ser. Alentó así, sin quererlo, un desbalance anímico que lleva a la negación de una parte primordial de la vida.

Un gran poeta y descontento incansable, Federico Nietzsche, quiso compensar sus debilidades con bravuconadas de valor. Trató por eso de superar al Cristianismo, que para él era una moral de esclavos, e inventó el mito del superhombre. Se dice que en su juventud y al calor del

alcohol hizo un brindis temerario: brindó por los demonios y así abrió sus alma al mal. Poco a poco se fue aislando de la gente y hasta abandonó la música. A la final terminó en la locura. Nietzsche hizo el elogio de la guerra y de las acciones de los más fuertes. Para él sólo importaban los sentimientos de los fuertes. Nietzsche era un gran escritor y un gran intuitivo pero resultó ejerciendo un papel destructor. Como admite un admirador suyo, Stefan Zweig, Nietzsche nunca se quedó en una convicción sino que vivió siempre a la caza de una nueva idea. Le taladraba el descontento, le consumía la soberbia intelectual y al fin cayó al abismo.

Marx veía el futuro en las masas. Nietzsche, en el superhombre, en la minoría superior. Hegel había dicho que el Estado encarnaba la idea ética y la idea era el Absoluto. Una mezcla de elementos de Hegel, Nietzsche y Schopenhauer, más la música de Wagner y las teorías racistas de Gobineau permitió darle cierto contenido al sadomasoquismo nazi. Ya deberíamos tener presente que el culto hegeliano al Estado ha originado numerosas guerra; que Nietzsche no debe haber estado en lo cierto, pues acabó loco; que Adolfo Hitler se suicidó. Que el racismo es una corriente irreal en un mundo en el que no hay razas puras y todo tiende al mestizaje. Y el neonazismo, es una regresión a la brutalidad. Lo hemos visto en la “limpieza étnica” practicada en la ex -Yugoslavia.

En realidad Hegel, Nietzsche y Marx como Rousseau, Robespierre y Comte, levantaron diferentes ídolos: el Estado, el superhombre, el partido, la revolución, el sentimiento, la ciencia, la razón, etc, etc. El valor de una doctrina se conoce por sus frutos. Ninguno de estos personajes trajo salud o paz a ninguna persona.

Esos pensadores de los Siglos XVIII y XIX eran todo menos humildes. Contrastan notablemente con Santo Tomás de Aquino y Santo Tomás Moro, que reconocían bien lo limitado de sus fuerzas, o con Erasmo de Róterdam, que sonreía con benevolencia ante la debilidad humana. Gentes como Hegel, Marx o Comte creían tener las principales respuestas a todas las grandes cuestiones humanas. En el fondo practicaban una egolatría soberbia que ha creado una serie de ídolos e idolatrías.

En 1914 la ambición, el culto idolátrico al Estado Nacional y la política maquiavélica de alianzas y maniobras finalmente producen la I Guerra Mundial. Henry Marie Remarque, en su novela “Sin Novedad en el Frente”, señala el absurdo de esta infame guerra. Ya a fines del Siglo XIX la pluma de Bertha Von Suttner había escrito “Abajo las armas” sobre cuatro guerras anteriores. Obra elocuente que generó toda una corriente pacifista. Pero todavía faltaba lo peor. La II Guerra Mundial despedaza las ilusiones ¡Sesenta millones de víctimas!. Ya no se puede ser optimista como en la época de la Ilustración. Ya ni siquiera se puede replantear ese optimismo como en el Siglo XIX lo hicieron ciertos teorizantes y en 1918 lo hace Woodrow Wilson al promover la Sociedad de las Naciones. Asoman las armas atómicas, los nuevos totalitarismos, la “guerra fría”, el terrorismo, las guerrillas, el equilibrio del miedo y más genocidios. Se cae rápidamente en el escepticismo. “El escepticismo dice Carlyle, es una enfermedad del alma”. Un ser humano necesita creer en algo.

Algunos filósofos parten entonces de las ideas del pensador danés Soren Kierkegaard, una persona conflictiva y desdichada que se centró en la angustia. El existencialismo francés aconseja vivir con autenticidad y libertad este breve momento del presente, que sería todo lo que tenemos. Se trata de una visión plana, chata, sin ilusiones, sin un horizonte de trascendencia. Aparece un escritor magnífico: Albert Camus y en “El Extranjero” nos plantea un hombre exiliado de sus semejantes. Pero el pontífice máximo del Existencialismo es Sartre, ateo y alcohólico. Sartre fue un tipo acomplexado por su fealdad y para escapar de ella rechaza todo lo corporal, hasta el punto de hacerse daño a sí mismo con el alcohol y vivir en la más horrenda falta de higiene. En su obra, enormemente aburrida, no asoma nada luminoso, pleno, sano, feliz sino la náusea, el vómito, los excrementos. El mérito de Sartre y del Existencialismo es recalcar la importancia de la libertad individual pero a la final no sabe qué hacer con su subjetivismo y se vuelve hacia el Marxismo. Sartre cae en el error de muchos intelectuales del Siglo XX: creer en la panacea de la revolución, cuando el sentido común enseña que el mundo realmente avanza cuando se hacen reformas inteligentes y benéficas. Marx, Lenin, Stalin, Mao, divulgaron la idea inmoral de que se podía ir al bien universal por el camino de la violencia. La revolución lo justificaba todo. Incluso sirvió para justificarse al Khmer Rouge; qué

en Cambodia causo la muerte a dos millones de personas!. El Marxismo resultó una versión dialéctica de Maquiavelo.

La mayor parte de la literatura revolucionaria del Siglo XX adolece de esta contaminación nociva cuyo último fruto es el terrorismo. Se sacralizaron la guerra de las guerrillas, las llamadas “guerras de liberación”, la Revolución Cultural China, que hizo tanto daño. Hace algún tiempo leí una biografía de Stalin escrita por Barbusse en la que el tirano georgiano aparece como un santo benefactor de la humanidad. El comunismo ha tenido sus santos, sus dogmas, sus pontífices y sus libros sagrados. Fue una religión sin trascendencia, la fe sin Espíritu. No podemos comulgar con esos ídolos. Es cierto, tampoco podemos hacer el elogio del Fondo Monetario Internacional, pero no cabe propiciar la violencia, el sojuzgamiento y la destrucción, pues “lo que importa es la vida”. Mahatma Gandhi, uno de los seres humanos más nobles del Siglo XX, es el antimachiavelo. El nos dice: el fin no justifica los medios. Y hasta llega a afirmar: “Si los medios son malos, desecha el fin”.

Pero las denuncias de Marx y otros socialistas tenían base cierta. Extenso es el testimonio de la literatura social. Ya en el Siglo XIX, el siglo de los grandes novelistas, Charles Dickens había descripto las miserias de la sociedad inglesa de la época y Víctor Hugo, Flaubert y Balzac retrataron a la sociedad francesa. En EE.UU Enriqueta Beecher Stowe conmovió a la opinión pública con su denuncia de la esclavitud (“La Cabaña del Tío Tom”) Y en Rusia, Gogol, Dostoyeski, Tolstoi y Gorki habían revelado las injusticias del país y de la época. En las primeras décadas del siglo XX, en América Latina, el realismo social y el relato indigenista denunciaron a su vez la suerte de indio, del campesino y de los marginados. Es la literatura prefigurada ya en las valerosas páginas del padre Bartolomé de Las Casas. En Gales, Richard Llewellyn, en “Cuán verde era mi Valle” narra la tragedia de las sencillas gentes de las zonas fértiles arrasadas por la inmisericorde minería. Otra vez en Rusia, Boris Pasternak y Solchenitsyn dan a conocer al mundo las miserias de la Revolución, del sistema soviético y de la represión en el sistema de prisiones o “Gulag”. En los Estados Unidos, Ernest Hemingway, John Steinbeck, Tennessee Williams, Sinclair Lewis, revelan los conflictos sociales y el vacío individual de la sociedad norteamericana. No

puede haber sociedad sana sin una cierta medida de justicia social y sin sentido de trascendencia.

A finales del siglo XX y del milenio, la incertidumbre y la falta de valores son desconcertantes y evidentes. Lo que se ha dado en llamar “postmodernidad” en realidad disfraza un vacío. La postmodernidad es una fragmentación del pensamiento con palabras rebuscadas: ya no existen grandes sistemas. Todo es relativo y nada está claro. “No hay hechos, sólo interpretaciones”, decía Nietzsche. Grandes decepciones ideológicas han introducido la confusión y la incertidumbre en el mundo actual. Ahora abundan especialistas encargados de desmoronar lo que dicen sus colegas. Carlyle nos advertía ya que “el escepticismo es una enfermedad del alma”. Se necesita creer en algo, seguir unos principios. De otra manera los niños, los jóvenes deambulan sin norte. No saben lo que es malo y lo que es bueno: simplemente reciben montones de información y estímulos de la televisión, el rock, los video juegos y el movimiento incesante de una sociedad competitiva. Creo que se debería hacer algo respecto de estas cosas.

Ahora se difunde en el mundo la sola receta de la eficiencia económica. Cualquier receta puede estar bien siempre que se combine con el sentido de humanidad. El mercado es importante pero más importantes son los niños, los pobres y los enfermos. Las familias. La eficiencia está bien, pero también debemos saber apreciar el sabor del tiempo. “Time is money”, se dice. Pero el tiempo es más que el dinero: el tiempo es nuestra vida y a la vida hay que saborearla. Tenemos que rescatar la sabiduría de los pueblos mediterráneos y orientales de vivir con más calma y placer y dialogar tranquilos en las calles y plazas. En este punto se impone una revisión de los horarios, de los medios de transporte y en general de la vida en las grandes ciudades.

Otros fenómenos de fines de siglo son el fundamentalismo y las luchas étnicas.

El fundamentalismo es un aferrarse a la letra de una ley religiosa frente a la incertidumbre y al modelo occidental liberal, que arrasa con todo. El miedo lleva a aferrarse al pasado. El fundamentalismo es un totalitarismo con pretextos religiosos. Es una reacción de temor e ignorancia, y un refugiarse en el pasado medieval.

En cuanto a las luchas étnicas, suelen ser reediciones de viejos resentimientos y traumas. A veces son también resistencia frente al advenimiento de gente distinta, de personas de otro color y otras costumbres, que llega a competir en la sociedad. Hay un racismo que es expresión del miedo frente al inmigrante, de odio y recelo frente al que es diferente. Lo extranjero inunda la vida cotidiana. Las civilizaciones cerradas han desaparecido. Las fronteras son superadas por los innumerables viajes y las comunicaciones.

Esta es una época de grandes cambios que suscitan mucha confusión, muchos miedos, muchos fantasmas que pueden llevar a actos locos, violentos y excesivos. Necesitamos hablar de esos miedos, de esos fantasmas peligrosos, de las confusiones de la época. No necesitamos una mera reacción sino una creación que combine lo bueno y lo útil del pasado con lo bueno y lo útil de la modernidad y la postmodernidad. Una futura época de paz presupone un modo de pensar armónico. La proliferación de sectas denuncia la confusión, la soledad, la desubicación y la falta de afecto que experimenta la gente. El escritor y el profesor están llamados a poner claridad, a denunciar la tontería y el fraude, a diferenciar lo útil de lo nocivo, el bien del mal, a descubrir lo trascendental en lo cotidiano.

Teilhard de Chardin, Henri Bergson, Alexis Carrel y Carl Jung abrieron el camino hacia la confluencia de la fe y la ciencia. Este camino tiene que ser explorado más. La Física Cuántica nos lleva a pensar ya no en leyes rígidas sino en probabilidades, en la influencia del observador sobre lo observado, en la Providencia y la sincronicidad. Ya no se trata de querer liberar al hombre inventando sustitutos de Dios, como lo hicieron Hegel y Marx. Ahora se trata de superar la estrecha visión positivista. El evolucionismo de Darwin resulta asimilado y proyectado hacia el espíritu. Exagerado o confundido en ciertos temas pero muy intuitivo, Teilhard supera la dialéctica hegeliana con la comprensión del avance en espiral en que la vida viaja al encuentro con Dios. Henri Bergson, por su parte, plantea una moral creativa, superior a la moral estática o represiva. Jung halla en la dimensión síquica el nivel de lo sagrado y explora las coincidencias cósmicas y síquicas. Víctor Frankl penetra en el sentido trascendente de la vida y Federik Perls, con la Gestalt, trata de llevarnos a la experiencia de la vida completa, hu-

mana, integrada. Pero toda esta riqueza todavía no se revela en una nueva literatura popular, pues las publicaciones de la New Age, se quedan en un optimismo que no reconoce el mal, el realismo mágico solamente es anecdótico, y la ciencia-ficción es un subproducto de diversión, como la novela policial. La ciencia-ficción inclusive puede llegar a la esfera de la locura y la explotación, como lo prueban la Dianética y otras sectas.

Hemos llegado a una sociedad de vacío y violencia, de necesidades insatisfechas y adicciones, de falta de afecto y familias débiles. La desorientación actual deja generaciones enteras a la deriva y conduce a la droga y la alienación. La sociedad esta enferma. El creciente auge de las publicaciones religiosas y esotéricas demuestra que la gente quiere encontrar el sentido de la existencia y hacer algo que la llene.

No habrá futuro realmente humano, sin humildad, sin respeto a la vida, sin cariño y sin visión del Misterio. La vida es más que las teorías, el desarrollo es más que la simple acumulación de riquezas y las vivencias fundamentales son más importantes que los dogmas sociales. Tenemos que despertar al común de los hombres a una nueva conciencia. Requerimos integrar lo femenino con lo masculino, lo pragmático con lo estético, lo industrial con los ecológico, lo utilitario con lo ético, y lo mágico con lo racional. Necesitamos que el alma esté entera. El papel del profesor y el intelectual tiene que ser semejante al de los grandes profetas de Israel, que denunciaban las idolatrías del poder, el dinero y los vicios y proclamaban la hermosura y el bien de la verdad y la libertad del espíritu inmortal.